



71665584

SISTEMA
DE LA NATURALEZA.

TOMO II.

AMSTER
IMPRIMERIE STÉRÉOTYPE DE COSSON.
DE LA NATION
M OROT

SISTEMA
DE LA NATURALEZA

6
DE LAS LEYES
DEL MUNDO FÍSICO
Y
DEL MUNDO MORAL,

Por el Baron de Holbach;

CON NOTAS Y CORRECCIONES
POR DIDEROT;

Traducido por F. A. F***.

~~~~~  
TOMO II.  
~~~~~

Fondo bibliográfico
Dionisio Pizarrojo
Biblioteca Pública de Sorta

PARIS, 10215

MASSON Y HIJO, CALLE DE ERFURTH, N.º 3.

1822.

SISTEMA
DE LA NATURALEZA

DE LAS LEYES
DEL MUNDO FISICO
DEL MUNDO MORAL

Por el Sr. D. Juan de S. J. de S.

Cada uno por 2 rs.

TOMO II

PARIS,

1827

SISTEMA DE LA NATURALEZA.

CAPÍTULO XI.

DEL SISTEMA DE LA LIBERTAD DEL HOMBRE.

Los que han dicho que el alma era distinta del cuerpo é inmaterial, que sacaba sus ideas de sí misma, que obraba del mismo modo y sin necesidad de ningun socorro exterior, y enfin, por una consecuencia de su sistema, no han hecho mas que eximirla de las leyes físicas; por las que todos los seres que conocemos tienen que obrar, han creído tambien que esta alma era dueña de sí misma, podia regular sus propias operaciones, determinar sus voluntades con su energía sola, y en una palabra han querido darnos á entender que el hombre era enteramente libre.

Nos parece haber demostrado ya, con bastante madurez, que el alma no es mas que el mismo cuerpo considerado con relacion á sus funciones ocultas ó visibles, como tambien que, aun cuando supusieramos que el alma es inmaterial, no por eso dejaria de tener las

nismas modificaciones que el cuerpo, y de seguir sus movimientos, porque de otro modo se quedaria inerta y muerta; por consiguiente está sometida á la influencia de las causas materiales y físicas que conmueven estos cuerpos cuyo modo de ser, habitual ó no, depende de los elementos materiales que forman su tegido, que constituyen su temperamento, que se introducen en él con los alimentos, y en fin que le penetran y rodean. Hemos tambien explicado de un modo puramente físico y natural el mecanismo que constituye las facultades que llamamos intelectuales, y las calidades que se llaman morales. Tambien se ha demostrado últimamente que todas nuestras ideas, sistemas, afecciones, y las nociones verdaderas ó falsas, son debidas á nuestros sentidos materiales y físicos: de lo que se infiere que el hombre es absolutamente un ser físico y que de cualquier modo que se le considere, pertenece á la naturaleza universal, y está sometido á las leyes necesarias é inmutables que esta impone á todos los seres que en sí encierra, segun la esencia particular ó las propiedades que les dá sin consultarles. Nuestra vida es como una linea que la naturaleza nos manda seguir sobre la superficie de la tierra, sin que nos sea permitido el apartarnos de ella un solo instante. Nacemos sin saberlo, nues-

tra organizacion no depende de ningun modo de nosotros mismos, nuestras ideas se forman involuntariamente, nuestras costumbres dependen de los que dirigen nuestra infancia, y nos vemos continuamente modificados por unas causas visibles ó invisibles que deciden sin que lo sepamos de nuestro modo de ser, de pensar y de obrar: somos dichosos ó desgraciados, buenos ó malos, sabios ó insensatos sin que nuestra voluntad tenga nada que hacer con todos estos estados. ¿Y querran decirnos aun que somos libres, y que está en nuestro poder el determinar nuestras acciones y nuestra suerte, sin embarazarnos de las causas que nos conmueven?

A pesar del poco fundamento que esta opinion tiene y de lo desengañosos que debiamos de estar de ella, no faltan un gran número de personas de un merito muy distinguido en otros ramos, que la siguen ciegamente. Esta es la base de la religion, que, como supone que hay unas relaciones muy intimas entre el hombre y el ser desconocido que hace superior á la misma naturaleza, necesita que el hombre sea libre para que pueda esperar castigo ó recompensa segun que sus acciones han sido buenas ó malas. Esto es lo que ha hecho creer que este sistema era necesario para la sociedad, porque dicen ellos: si todas las acciones

del hombre fuesen necesarias, ¿que derecho tendríamos para castigar las que pueden dañar á sus asociados? En fin la vanidad humana se quedó muy satisfecha con una hipótesis que contribuía con tanta fuerza para separar al hombre de todos los demas seres fisicos, dando á su especie una independenciam total de toda otra causa; pero, por poco que reflexionemos echaremos de ver la imposibilidad de este sistema.

Como el hombre no es mas que una parte subordinada del *gran todo* que compone la naturaleza, tiene necesariamente que hallarse bajo su influencia. Para que fuese libre, seria necesario que él solo, fuese mas poderoso que toda ella, ó que se hallase fuera de ella; porque de otro modo, como la naturaleza está en una accion continua, y hace que todos los seres que tiene en su seno obren y concurren á su accion general, ó, como ya llevamos dicho, conserven su vida con las acciones y movimientos que todos hacen en razon de su energia particular, sometida á unas leyes fisicas, eternas é inmutables, es claro que, á menos de estar fuera de ella, obraria como los demas seres. En fin, para que el hombre fuese libre, seria necesario que todos los demas seres perdiesen su esencia, que se acabase toda sensibilidad fisica, y que no conociese ni el bien

ni el mal, ni el placer, ni el dolor. Pero, si así fuese se vería en la imposibilidad de conservarse ni de contribuir á la felicidad de su vida ; como todos los demas seres le serian indiferentes, cesaria de escoger, y no sabria ni lo que habia de amar ó temer, ni lo que habia de evitar ó buscar. En una palabra, el hombre no seria mas que un ser desnaturalizado, ó totalmente incapaz de obrar del modo que obra.

Si es de la esencia del hombre el que mire por su bien estar y su conservacion ; si todos los movimientos de su máquina son la consecuencia necesaria de este impulso primitivo ; si el dolor le enseña lo que debe evitar, y el placer lo que debe apetecer, es claro que debe amar lo que excita, ó lo que cree poder excitar en él algunas sensaciones agradables, y aborrecer lo que le procura ó le hace temer las impresiones contrarias. Es preciso que sienta en sí una atraccion particular hácia los objetos que le parecen útiles, y un aborrecimiento para aquellos que pueden perjudicarle. La experiencia es la sola que puede enseñar al hombre lo que debe amar ó temer : si sus órganos estan sanos y limpios, sus experiencias tendrán el fruto que se propone, y le ayudarán á adquirir la razon, la prudencia y la precaucion ; estas harán que

pueda prever los efectos mas lejanos, y saber que lo que muchas veces cree ser un bien puede cambiarse en un mal por sus consecuencias necesarias ó probables, y que lo que sabe no ser mas que un mal pasajero puede en lo sucesivo volverse en un bien sólido y estable. La experiencia nos hace conocer que la amputacion de uno de nuestros miembros nos causa una sensacion dolorosa, que por consiguiente tememos esta operacion y quisieramos evitar el dolor que nos debe causar; pero si sabemos que el dolor pasajero que esta amputacion nos causa puede salvar nuestra vida, como nuestra conservacion nos es mas agradable que todo lo demas, nos someteremos sin resistencia á este dolor momentaneo con la esperanza de obtener los bienes que de él pueden dimanar.

La voluntad, como llevamos dicho, es una modificacion del cerebro, que le dispone á la accion, ó á poner en movimiento los órganos que estan á su disposicion. Esta voluntad es invariablemente determinada por la calidad buena ó mala, agradable ó desagradable del objeto ó del motivo que obra sobre nuestros sentidos, y cuya idea nos queda y nos es representada por la memoria. Por consiguiente obramos, y nuestra accion dimana de un impulso que hemos recibido de este motivo á

objeto que ha modificado nuestro cerebro, y dispuesto nuestra voluntad : cuando no obramos, es porque hay alguna nueva causa, algun motivo, alguna idea que modifica nuestro cerebro de un modo diferente, que le dá un nuevo impulso ó nueva voluntad, y que hace ó que obre de otro modo, ó que no obre absolutamente. Cuando vemos algun objeto agradable, ó que tenemos alguna idea de él, nuestra voluntad se halla inmediatamente determinada á obrar para procurarsele : pero un objeto ó idea nueva puede hacernos perder de vista nuestra primera determinacion, y hacer que no obremos. Esto es lo que hace que la reflexion, la experiencia y la razon detengan ó suspendan necesariamente los actos de nuestra voluntad : sin estas, seguiriamos ciegamente los primeros impulsos que sentieramos, para apoderarnos de un objeto deseable. Por ejemplo, cuando, devorado de una sed ardiente, me represento en mi imaginacion la idea de una fuente, cuyas aguas puras y cristalinas podrian en aquel omento colmarme de felicidad, ¿ soy yo dueño de desear ó no desear el encontrar un medio de poder remediar á la necesidad viva que siento en el estado en que me hallo ? Me parece que todo el mundo convendrá en que no puedo dejar de querer satisfacer mi deseo. Bien ve

que me podrán argüir que, si se me dijese que esta agua estaba envenenada, mi sed se apagaria inmediatamente; y como responderé que esto es verdad, me diran que en este caso mi voluntad es libre: pero este razonamiento es falso, porque, del mismo modo que la vista del agua habia modificado mi cerebro de un modo que me hacia desear el beber de ella, del mismo modo, cuando supe que estaba envenenada, mi cerebro, modificandose de otro modo perdio enteramente la idea que antes tenia; y este segundo motivo triunfó del primero porque el temor de la muerte es necesariamente mas fuerte que el dolor que me causa la sed que me devora. Pero me diran tambien, que, si la sed fuese muy ardiente, un imprudente, sin tener ninguna consideracion por el peligro que le amenaza, podrá beber de esta agua; á esto respondo que en este caso el primer impulso volverá á tomar su ventaja, y la hará obrar necesariamente, porque será mas fuerte que la segunda. No obstante en uno y otro caso, que se beba ó no de esta agua, ambas acciones serán absolutamente necesarias, y producirán los efectos del motivo mas poderoso, y que tiene por consiguiente mas fuerza sobre nuestra voluntad.

Este ejemplo basta para explicar todos los fenómenos de la voluntad, pues que esta, ó

por mejor decir, el cerebro se halla entonces en el mismo caso que una bola, la cual, aunque haya recibido un impulso que la haga moverse en línea directa, pierde su dirección así que una fuerza mayor que la primera, la obliga á tomar otra. El que bebe de un agua, á pesar que sabe que está envenenada, nos parece un insensato; pero nos engañamos, porque la acción de un insensato es tan necesaria como la de un hombre prudente. Los motivos que los voluptuosos y lujuriosos tienen para arriesgar su salud, son tan poderosos como los que un sabio tiene para no exponer la suya. Sin duda se me dirá que un libertino puede muy bien reformar su conducta; demos, que así sea, esto probaría no que sea libre, sino que las razones que puede tener para hacer esta reforma son bastante poderosas, y por consiguiente que su cerebro, diferentemente modificado, dispondrá su voluntad á seguir los segundos motivos con mas vigor que los primeros.

Se dice que deliberamos cuando nuestra voluntad se halla indecisa, y esto sucede cuando dos motivos ó causas obran alternativamente en nuestra imaginación, y que hacen que deseemos y temamos al mismo tiempo. Cuando deliberamos, es porque no conocemos bastante bien las calidades de los objetos que nos con-

mueven, ó bien porque no tenemos experiencia suficiente para conocer los efectos mas ó menos lejanos, que estos motivos son capaces de producir sobre nosotros. Supóngamos que quiero salir á dar un paseo, pero que el tiempo está incierto; entonces delibero conmigo mismo sobre las diferentes causas que impelen mi voluntad á salir, ó á no salir. Al fin el motivo mas probable vence, y me saca de mi irresolucion, determinándome á pasearme ó no. Esta causa proviene siempre de la ventaja que creo me podrá resultar de ejecutar la accion á que me he resuelto.

La voluntad está indecisa siempre que hay dos objetos, cuya presencia ó idea nos conmueve alternativamente: entonces no esperamos para obrar mas que hasta haber hecho las reflexiones que nos parecen necesarias con el fin de saber lo que nos tiene mas cuenta de hacer. Para esto comparamos estas ideas ú objetos; pero, aun durante nuestra deliberacion, la comparacion y las alternativas de amor y aborrecimiento que nos atacan sucesivamente, y á pesar de la velocidad con que se efectuan, nunca podemos decir que somos libres un solo instante. El bien ó el mal que creemos hallar en los objetos que se nos presentan, son los motivos necesarios de voluntades momentaneas, y de los movimientos rapidos de amor y

de temor que sentimos todo el tiempo que dura nuestra incertidumbre: lo que nos demuestra que la deliberacion es necesaria, como tambien la irresolucion, y que, cualquiera que sea el partido que esta deliberacion nos haga tomar, nunca será mas que el que hayamos mal ó bien juzgado mejor conducente á nuestra felicidad.

Cuando al alma se siente conmovida por dos motivos que obran alternativamente sobre ella, ó que la modifican, entonces se pone á deliberar, y el cerebro se halla en una especie de equilibrio junto con ciertas vibraciones perpetuas que le empujan tan pronto hácia un objeto, tan pronto hácia otro, hasta que al fin el mas poderoso le saca de esta suspension, que constituye la indecision de nuestra voluntad. Pero, cuando el cerebro se halla impelido á la vez por dos causas de igual fuerza que le empujan hácia dos direcciones opuestas, entonces siguiendo la regla general de todo cuerpo movido de dos modos diferentes, se para, se queda en *nisu*, sin poder ni querer obrar, y espera hasta que una de estas causas haya tomado bastante fuerza para determinar su voluntad, y atraerle de un modo capaz de hacerle salir de la inaccion en que la otra fuerza le retiene.

Este mecanismo, tan simple y tan natural

como es, basta para hacernos conocer porque la incertidumbre es tan penosa, y la suspension un estado tan violento para el hombre. El cerebro, que es el órgano mas delicado y susceptible, sufre entonces una infinidad de modificaciones diferentes que le fatigan; y cuando se halla conmovido por dos causas que le inclinan hácia dos distintos puntos, sufre una especie de compresion que le impide el obrar con la actividad que le conviene para la conservacion de su conjunto, como tambien para procurarse lo que le es mas ventajoso. Este mecanismo explica tambien la irregularidad, la inconsecuencia y la inconstancia de los hombres, y nos hace ver los motivos de su conducta, que algunas veces es para nosotros un misterio inexplicable, como efectivamente lo es en los sistemas conocidos. Pero si consultamos la experiencia, conoceremos que nuestras almas estan sometidas á las mismas leyes físicas que los cuerpos materiales. Si la voluntad de un individuo no fuese por algun tiempo movida mas que por una sola causa ó pasion, no habria cosa mas facil que la de prever sus acciones; pero su corazon se vé casi siempre agitado por unos motivos ó fuerzas contrarias que obran todas juntas ó sucesivamente sobre él, y entonces su cerebro se halla ó impelido hácia diferentes direcciones que le fatigan, ó en un

estado de compresion que le oprime y priva de toda actividad. Hay veces que se encuentra en una inaccion total, y otras que tiene que someterse á las alteraciones que ha de seguir; este sin duda debe ser el estado en que se vé aquel que sus pasiones inducen á cometer algun crimen , mientras que el temor del castigo impide el que se decida; lo mismo que aquel á quien los remordimientos impiden gozar de lo que el crimen y el trabajo de su alma despedezada le han hecho adquirir.

Si las fuerzas ó causas que obran sobre el entendimiento del hombre, ya sea interior, ó ya exteriormente, tienen diferentes objetos, su alma ó su cerebro tienen que tomar una direccion que seguirá el termino medio de la una y otra fuerza. Sucede entonces que el alma se halla conmovida con tanta violencia que hace que la sensacion que el hombre experimenta sea la mas dolorosa, y que hasta su misma existencia se le haga importuna : desde aquel momento pierde toda gana de conservar su ser, y busca la muerte como un asilo contra sí mismo, y el único termino de su desesperacion. Este es el motivo porque vemos tantos hombres desgraciados y descontentos de si mismos, que se dan voluntariamente la muerte, porque la vida se les hace insoportable. El hombre no amaría su existencia sino

encontrase en ella algunos atractivos; pero, cuando estos se vuelven en las sensaciones mas penibles, entonces pierde su inclinacion natural, y sigue un camino diferente que le conduce hácia su fin, y que se presenta como el bien mas deseable. Esta es la única explicacion que se puede dar de la conducta de estos melancólicos que su temperamento viciado, su conciencia extravagante, y en fin que el sentimiento y el fastidio de todo determinan algunas veces al suicido. (1)

Las fuerzas diversas, y algunas veces complicadas que obran sucesivamente sobre el entendimiento de los hombres, y que le modifican con tanta variacion en los diferentes periodos de su existencia, son las verdaderas causas de la obscuridad en que está la moral, y de las dificultades que se nos presentan siempre que queremos buscar los resortes ocultos de se conducta enérgica. El corazon del hom-

(1) Véase capítulo 14. Las penas del entendimiento, mucho mas que las del cuerpo, son las que determinan á darse la muerte. Mil causas pueden hacer soportar el dolor del cuerpo; en igual que con el del entendimiento el cerebro se halla como absorto con las ideas que encierra en sí mismo. Por el mismo motivo los placeres llamados intelectuales son los mas grandes que puede haber.

bre nos parece un laberinto, porque no somos capaces de juzgarle ; si lo fuésemos, veríamos que su inconstancia y su conducta bizarra é inopinada no son mas que el efecto de los motivos que determinan sus voluntades, que dependen de las freqüentes variaciones que se hacen en su máquina, y que son las consecuencias necesarias de las mudanzas que se hacen en su interior. Estas variaciones son la causa que los motivos, aunque los mismos, no tienen siempre la misma influencia sobre la voluntad; los mismos objetos no le son del mismo agrado, su temperamento ha cambiado para un instante ó para siempre; y por consiguiente es preciso que sus deseos y sus pasiones cambien, y ofusquen toda uniformidad en su conducta, y nos quiten la certidumbre que podíamos tener de sus efectos

El que un hombre pueda escoger no quiere decir que sea libre, pues que no delibera mas que cuando no sabe cual escoger entre los muchos efectos que le conmueven, y su indecision no cesa hasta que su voluntad se halla determinada en favor del objeto que le promete mas ventajas. Lo que nos prueba que su preferencia es enteramente necesaria, pues que no se hubiera determinado por un objeto ó por otro á menos que hubiese visto en él alguna apariencia de provecho. Para que el

hombre pudiese obrar con libertad, seria necesario que pudiese escoger sus motivos, e impedir el que estos tuviesen ningun efecto sobre su voluntad. Como la accion no es mas que el efecto de esta determinada, y como no puede serlo mas que por un motivo que no depende de nosotros; es evidente que no somos nunca los dueños de la determinacion de ella, y por consiguiente que no somos libres. Se ha creido que eramos libres porque teniamos una voluntad y que podíamos escoger; pero no se ha reflexionado que esta proviene de algun objeto que obra sobre nuestro cerebro, pero que no nos pertenece de ningun modo, y sobre el que no tenemos ningun poder: luego es claro que ni tenemos voluntad ni somos libres. (1) ¿Seria yo capaz de no querer retirar mi mano del fuego que la

(1) No solo esto, sino que el hombre pasa la mayor parte de su vida sin querer nada, y que su voluntad no espera mas que algunos motivos que la determinen; es evidente que si un hombre se diese cuenta á sí mismo de todo lo que hace todos los dias, desde que se levanta hasta que se acuesta, hallaria que todas sus acciones, lejos de ser voluntarias, no son mas que maquinales, habituales y producidas por causas que no ha podido prever, y á las que ha tenido que obedecer; veria tambien que el motivo de su trabajo, de sus diversiones, de sus discursos y pensamientos, ha sido necesario.

quemar, ó de quitar al fuego la propiedad de quemar? ¿ Soy acaso dueño de no escoger con preferencia un manjar que conozco ser análogo á mi paladar, y de no preferirle á aquel que le es ó desagradable ó dañoso? Mis sensaciones, mis experiencias y mis suposiciones son las que me hacen juzgar bien ó mal de las cosas; pero, cualquiera que sea mi juicio, siempre ha de depender de mi modo de sentir, y de las calidades que se encuentran á mi pesar en la causa que me conmueve ó que mi entendimiento supone.

No hay causa que obre sobre nuestra voluntad, que no haya obrado antes sobre nuestro cerebro de un modo suficientemente fuerte para darnos alguna sensación, percepción ó idea completa ó incompleta, falsa ó verdadera. Para que mi voluntad se determine, es preciso que haya sentido antes fuerte ó debilmente; porque sino se hubiera determinado sin motivo, lo que no puede ser. De modo que, hablando con propiedad, diremos que la voluntad no tiene causas indiferentes; por debiles que sean las impulsiones que recibimos, ó bien de la parte de los objetos mismos, ó de la de sus imágenes ó ideas, si nuestra voluntad obra, estas impulsiones deben haber sido suficientes para determinarla; si la impulsión fuese ligera y debil, nuestra voluntad lo será;

esta debilidad es lo que se llama *indiferencia*. Si nuestro cerebro percibe apenas la impulsión que ha recibido, tendrá que obrar por consiguiente con poco vigor para obtener el objeto ó idea que le ha modificado. Si la impulsión hubiese sido fuerte, la voluntad lo sería también, y nos obligaría á obrar vigorosamente para obtener ó alejar el objeto que nos parece agradable ó desagradado.

Se ha creído que el hombre era libre porque nos hemos imaginado que su alma era capaz de acordarse de unas ideas que bastarian para poner un freno á sus mas fogosos deseos, (1) y este es el motivo por que la idea de un mal lejano nos impide algunas veces el aprovecharnos de un bien presente, y porque una memoria, una modificación insensible de nuestro cerebro, bastan para combatir en nosotros las modificaciones de los objetos presentes; pero, como no somos los dueños de acordarnos de nuestras ideas, su asociacion es independiente de nosotros; por decontado se forman en el cerebro sin que lo podamos impedir, y hacen en él una impresion mas ó menos fuerte: nuestra memoria misma depende de nuestra organizacion y su facilidad del estado en que nos hallamos

(1) Dice San Agustin: *Non enim cuiquam in potestate est quid veniat in mentem.*

Cuando nuestra voluntad está fuertemente determinada por algun objeto ó idea que excita en nosotros una pasion muy viva, los objetos que podrian detenernos desaparecen de nuestro entendimiento; entonces cerramos los ojos sobre los peligros que nos amenazan, y que deberian reternernos, y nos echamos á cuerpo perdido sobre los objetos que nos atraen: la reflexion pierde todo su poder, porque no consideramos mas que el objeto de nuestros deseos, y hasta las ideas que podrian detenernos huyen de nuestro entendimiento, ó se presentan con demasiada debilidad para que puedan ser de alguna eficacia. En este caso se hallan todos los que, cegados por sus pasiones, no pueden acordarse de los motivos cuya sola idea bastaria para detenerlos y salvarlos; la confusion en que se encuentran les impide el juzgar sanamente, el prever las consecuencias de sus acciones, el aplicar su experiencia y servirse de su razon; operaciones que suponen un metodo en el modo de asociar las ideas que nuestro cerebro, arrastrado por el delirio momentaneo en que se encuentra, no es capaz de tener.

Nuestro modo de pensar depende necesariamente de nuestro modo de ser, de nuestra organizacion natural, y de las modificaciones independientes de nuestra voluntad que nuestra máquina recibe; lo que nos obliga á

inferir que nuestro pensamiento, nuestras reflexiones, nuestro modo de ver, de sentir, de juzgar, y de combinar las ideas, no puede ser ni voluntario ni libre. En una palabra, el alma no es dueña de los movimientos que se excitan en ella, ni de representarse, en caso de necesidad, las imágenes ó ideas que pueden contrapesar las impulsiones que recibe por otro lado. Este es el motivo por que, cuando estamos poseidos de alguna pasion, cesamos de raciocinar : la razon es tan imposible de escuchar en este caso, como en el de la embriaguez. Los que se llaman malos son los hombres delirantes ó borrachos ; y si alguna vez llegan á reflexionar, no es sino cuando la tranquilidad se ha restablecido en su máquina, porque entonces la idea que se representa en su entendimiento , aunque tardía , les hace ver las consecuencias de sus acciones ; idea que les turba, y que ha sido llamada *vergüenza , sentimiento y remordimiento*.

El error en que los filósofos se hallan, con relacion á la libertad del hombre, proviene de que han considerado su voluntad como el principal móvil de sus acciones ; y que, por no haber buscado mas lejos, no han podido llegar á las causas multiplicadas y complicadas de esta voluntad, que disponen y modifican el hombre, que dan el movimientos á su cerebro,

que se queda siempre meramente pasivo en medio de todas las modificaciones que recibe. ¿Como puedo yo menos de desear un objeto que parece convenirme? Es verdad, me diran; pero. puede vmd, aunque con dificultad, reprimir su deseo. A esto preguntaré yo entonces : ¿ si soy dueño de reflexionar sobre las consecuencias, siempre que mi alma sigue las impulsiones de alguna pasion que depende absolutamente de mi organizacion natural, y de las causas que la modifican ? ¿ si soy capaz de dar á estas consecuencias toda la fuerza de que necesitan para contrapesar mis deseos, ó de impedir que las calidades que la hacen un objeto deseable residan en ella ? Pero vmd ha debido, me diran, aprehender á resistir á sus pasiones, y contraer la costumbre de poner un freno á sus deseos. Convengo : pero, ¿ acaso mi naturaleza es susceptible de ser modificada de este modo ? mi sangre, mi imaginacion fogosa, el fuego que circula en mis venas, no me han permitido servirme de las verdaderas experiencias que puedo haber adquiridas para moderar estas pasiones; y aun cuando mi temperamento hubiese sido capaz de eso, la educacion, el ejemplo, y las ideas que me he formado de la fecilidad lo hubieran contrariado, y me hubieran impedido el servirme de esta experien-

cia. Todas estas cosas no han hecho mas que contribuir à hacerme seguir los deseos que se me dice de reprimir. Quieren, dirá el ambicioso, que yo resista á mi pasion dominante; pues entonces, ¿para que me han repetido tantas veces que el rango, las riquezas y los honores son de desear? ¿porque mis conciudadanos las envidian, y los grandes sacrifican todo por obtenerlas? y aun la misma sociedad en que vivo, ¿no me hace ver que seré despreciado si me faltan todas estas calidades? El avaro dirá: ¿porque quieren que no ame el dinero, y que no busque todos los medios posibles de hacerme con él, pues todo cuanto veo me anuncia que el dinero es suficiente, y el solo que me puede dar la felicidad? ¿que todos mis conciudadanos no aspiran mas que á obtenerle, sin embarazarse del modo con que lo han de adquirir, y que cuando llegan á poseer riquezas, son amados, bien vistos y gozan de la consideracion de todo el mundo? Eso es querer que renuncie á mi felicidad. El voluptuoso dirá: ¿que quieren? ¿que resista á mis inclinaciones? ¿acaso puedo yo corregir mi temperamento que me arrastra continuamente hácia el placer? Dicen que mis placeres son vergonzosos; pero yo veo que en todas las naciones los hombres de la conducta mas desarreglada gozan algunas veces

de la mayor consideracion : nadie, sino el marido ultrajado se averguenza del adulterio, mientras que todos los demas tienen á vanagloria el ser libertinos y viciosos. ¿ Como, dirá el colérico, quiere vmd que ponga un freno á mi caracter, y renuncie al placer de vengarme? ¿ como hé de vencer mi naturaleza? Y aun cuando lo pudiese, ¿ que ventajas me acarrearía? El ser y vivir deshonorado en la sociedad, que exige que lave en la sangre de mis semejantes las injurias que puedo haber recibido. ¿ Para que, dirá el entusiasta, querer que sufra con dulzura é indulgencia las opiniones de mis semejantes, si mi temperamento es violento, y si tengo un amor ardiente á mi Dios, sobre todo cuando me aseguran que mi zelo le es grato, y que los perseguidores mas inhumanos y sangrientos han sido sus amigos? Yo tambien quiero del mismo modo serle agradable.

En una palabra las acciones de los hombres no son nunca libres ; al contrario son siempre las consecuencias necesarias de su temperamento, de sus ideas, de las nociones verdaderas ó falsas que se han hecho de la felicidad, y en fin de sus opiniones fortificadas con el ejemplo, con la educacion y con las experiencias diarias que se hacen. ¿ Porque vemos tantos crímenes sobre la tierra, sino porque todo

conspira á hacer que los hombres sean criminales y viciosos? Su educacion, su gobierno, su religion y los ejemplos que tienen delante de sus ojos, todo conspira á hacerlos malos. En vano la moral les predica continuamente la virtud; esta para ellos no seria mas que un sacrificio doloroso de la felicidad, sobre todo en unas sociedades en que el vicio y el crimen, son coronados, estimados y recompensados, y en la cual los desórdenes mas horrorosos no se castigan, á menos que los que los cometan sean demasiado débiles, para no poder hacer mal sin temer el ser castigados. La sociedad castiga en los plebeyos los excesos que respeta en los grandes, y algunas veces dá la muerte á aquellos que, las solas preocupaciones que autoriza, han hecho criminales.

De modo que definitivamente el hombre no puede ser libre un solo instante de su vida, porque está guiado continuamente por las ventajas reales ó no, que encuentra en los objetos que encienden sus pasiones. Estas pasiones son necesarias para todo ser que desca su felicidad, y su energía es igualmente necesaria pues que no depende mas que de su temperamento: este lo es tambien porque depende de los elementos físicos que entran en su composicion, y sus modificaciones son tambien necesarias porque no son mas que las consecuencias infali-

bles é inevitables del modo con que estos seres físicos y morales obran sobre nosotros.

A pesar de la evidencia de tanta prueba de la esclavitud del hombre, insistiran en lo contrario, y nos propondran por ejemplo que si se le dice á uno que mueva ó no la mano (que es una de las acciones que se llaman indiferentes), será dueño de hacer lo uno ó lo otro, lo que probará que está libre. Pero yo respondo que con este ejemplo, cualquiera que sea la acción á que el hombre se determine, no por eso estará libre, pues que el deseo mismo de dar una prueba de su libertad, excitado por la disputa, será un motivo necesario que decidirá su voluntad en favor del uno ó del otro de estos movimientos. La que hace que se engañe, es que no puede adivinar el motivo que le hace obrar, y así no puede persuadirme. Si en el calor de la disputa insiste en afirmar su libertad, y me dice : *¿ no soy yo dueño de echarme por la ventana, si me da la gana ?* Le diré que no; y que no hay apariencia que, mientras que conserve la razon, el deseo de manifestar su libertad sobrepuje en él el miedo de matarse; y si mi adversario á pesar de todo esto se echase por la ventana, no me convencerá de que es libre, sino que su temperamento le ha hecho cometer esta locura. La demencia depende del ardor de la sangre y no de la

voluntad. Un fanático ó un héroe, arrostran á la muerte por la misma necesidad que un cobarde la teme. (1)

Se dice tambien que la libertad es la ausencia de los obstaculos que pueden oponerse al ejercicio de nuestras facultades, y por consiguiente nos creemos libres siempre que, con el uso de estas, llegamos á hacer lo que queremos: pero para responder á esta objecion, basta el saber que no depende de nosotros el poner ó quitar los obstáculos que nos determinan ó nos detienen. La idea que viene á mi entendimiento, no depende en ningun modo

(1) La sola diferencia que hay entre un hombre que se arroja por la ventana, y otro que es arrojado, es que la impulsión que el primero recibe dimana de su misma máquina, en igual que la del segundo es exterior. Mucius Scevola que mantuvo su mano en un brasero ardiente, se veia tan necesitado á ello por unos motivos exteriores, como si dos hombres vigorosos se la hubiesen hecho meter por fuerza. El orgullo, el deseo de desafiar á su enemigo, de asombrarle, de intimidarle, y sobre todo la desesperacion fueron las cadenas invisibles que detuvieron su mano dentro del brasero. El amor de la gloria y de la patria fueron igualmente los que hicieron que Codrus y Decius se inmolasen por sus conciudadanos. El indio Colano y el filósofo Peregrino se vieron en la necesidad de quemarse por excitar el asombro de toda la Grecia.

de mí; todo al contrario ha sido excitada por alguna causa totalmente independiente de mí mismo.

Para desengañarse del sistema de la libertad del hombre no hay mas que buscar el origen de su voluntad, y veremos que este motivo está fuera de su poder: puede decirse que si naciese alguna idea en su entendimiento, y que no se opusiese ningun obstáculo á su ejecucion, podria obrar libremente. Pero, ¿ que es lo que hizo nacer esta idea en el entendimiento? ¿ Acaso puede uno hacer que esta idea no se presente ó se renueve en el cerebro? Esta idea no depende mas que de los objetos que conmueven á uno á su pesar, ó bien de las causas que sin que lo sepamos obran en nuestro interior. ¿ Quien podrá impedir el que si sus ojos caen sobre un objeto, que su cerebro reciba una idea de él? Y lo mismo sucede con los obstáculos que no son mas que los efectos necesarios de las causas existentes, ya sea dentro ó ya fuera, que obran segun sus propiedades. Un hombre insulta á un cobarde, este se irrita necesariamente contra él; pero su voluntad no puede vencer el obstáculo que su cobardía pone á sus deseos, porque su conformacion natural, que no depende de él, le impide el tener valor. En este caso el cobarde se vé insultado contra su vo-

luntad, y en la necesidad de sufrir, muy á pesar suyo, la injuria que le ha sido hecha.

Los partidarios del sistema de la libertad parecen haber confundido el temor con la necesidad. Esto proviene de que siempre que no vemos obstáculo que se oponga á nuestra voluntad, se nos figura que obramos libremente, y no nos acordamos que el motivo que nos hace querer, es siempre necesario é independiente de nosotros. Un prisionero cargado de cadenas tiene por fuerza que quedarse en la carcel; pero está igualmente obligado á desear la libertad; sus cadenas le impiden el obrar, pero no el desear: por consiguiente si se las quitan, se escapará, pero no libremente, pues que el temor del suplicio es motivo suficiente para determinar su voluntad.

El hombre puede cesar de ser esclavo, sin que por eso sea mas libre; porque de cualquier modo que obre, obrará necesariamente por algunos motivos que le determinen, y puede ser comparado á un cuerpo grave que se encuentra detenido en su caída por algun obstáculo: si este obstáculo se aparta, el cuerpo caerá; ¿y me diran aun que este cuerpo tiene la facultad de caer ó no, y que su caída no es el efecto necesario de su pesadez? Sócrates, ciudadano virtuoso y sometido á las leyes de su injusta patria, no quiere salvarse de la car-

cel á pesar de que se le abren las puertas; pero aun en esto no obra libremente : las cadenas invisibles de la opinion y de la decencia le retienen, y son unos motivos poderosos para que este entusiasta de virtud prefiera la esclavitud, y aun la muerte al deshonor. Por consiguiente este hombre no es dueño de escaparse, porque no lo es de cambiar los principios á que se ha acostumbrado desde su niñez.

Los hombres, se me dirá, obran frecuentemente contra su inclinacion y por consiguiente son libres: no señor, no hay consecuencia mas erronea; porque cuando se nos figura que obran contra su inclinacion, es porque se ven obligados á eso por algunos motivos mas fuertes que ella. Un enfermo por ejemplo llega á vencer, con la gana que tiene de vivir, la grande repugnancia que creia tener por los remedios mas amargos : en este caso el temor del dolor ó de la muerte se le hace un motivo mas que suficiente, y por consiguiente este enfermo no goza de la libertad de obrar.

El que el hombre no sea libre, no quiere decir que sea un cuerpo simple movido por una causa impulsiva; el hombre al contrario tiene en si mismo una infinidad de causas peculiares de su ser ; es movido por un órgano interior que tiene sus propias leyes, y que se

determina segun las ideas, percepciones y sensaciones que recibe de los objetos exteriores. Le suponemos libre porque no conocemos el mecanismo de las percepciones de estas sensaciones, como tampoco el modo con que estas ideas se gravan en nuestro cerebro, y porque nos vemos en la imposibilidad de percibir la cadena de operaciones de nuestra alma, ni el principal motor que nos dirige: esto traducido al pié de la letra, quiere decir, que el hombre se mueve por sí mismo, y se determina sin causa; ó por mejor decir, que ignoramos el como y el porque obra como vemos. Es verdad que se dice que el alma goza de una actividad que le es propia; convengo; pero lo cierto es, que esta actividad no se desplegará jamas, á menos que no tenga algun motivo ó causa que se lo haga hacer; á menos que se nos diga que el alma puede amar ó aborrecer sin haber sido conmovida, sin conocer los objetos ni sus calidades. La pólvora goza sin ninguna duda de una actividad particular, pero nunca la podría ejercer si no se la pegase fuego.

Lo que nos persuade que somos libres, es la grande complicacion de nuestros movimientos, la variedad de nuestras acciones, y la multiplicidad de causas que nos conmueven junta ó separadamente. Si todos los movimientos del hombre fuesen simples, si las causas no se con

fundiesen entre sí, y si nuestra mecánica fuese menos complicada, entonces conoceríamos que todas nuestras acciones son necesarias, porque buscaríamos y hallaríamos su margen. Por ejemplo, un hombre que supiese que había de caminar siempre hácia occidente, desearía seguir continuamente esta direccion; pero no por eso dejaría de conocer que no era libre; y si tuviesemos un sentido mas, como nuestras acciones y movimientos aumentados de una sexta parte serian mucho mas complicados, nos creeríamos mas libres entonces, que ahora con los cinco sentidos que tenemos. De modo, que solo por buscar las causas que nos hacen obrar, y por no analizar y descomponer los movimientos complicados que se pasan en nosotros mismos, nos llegamos á creer libres. Nuestra sola ignorancia es el fundamento de este sentimiento tan profundo, pero tan romanesco, que tenemos de nuestra imaginada libertad, y es la única prueba que nos dan para decantarla. Por poco que un hombre quisiese darse el trabajo de reflexionar sobre sus acciones, buscar sus motivos, y estudiar su encadenamiento, se convencerá completamente que la idea que nos hemos formado de la libertad no es mas que una ilusion, que la experiencia hará tarde ó temprano desaparecer.

No obstante es preciso confesar que la multiplicidad y la diversidad de las causas que obran sobre nosotros, casi siempre sin que lo sepamos, hace que nos sea muy difícil, y algunas veces imposible, el poder llegar á los verdaderos principios de nuestras acciones, y por de contado á los de las de otros: el motivo es porque dependen algunas veces de unas causas tan fugitivas, tan alejadas de sus efectos, y que parecen tener tan poca analogía con ellos, que se necesita una sagacidad muy particular para descubrirlos. Esto es lo que hace que el estudio del hombre moral sea tan difícil, como tambien el que su corazon sea un abismo demasiado profundo para poder ser examinado. Por consiguiente tenemos que contentarnos con conocer las leyes generales y necesarias que regulan el corazon humano; estas en los individuos de nuestra especie son siempre las mismas, á menos que su orgarnizacion particular y las modificaciones que tiene, que no pueden nunca ser exactamente las mismas, no las haga variar. Contentémonos pues con saber que la esencia del hombre hace que todo su anhelo sea de conservarse y hacerse una existencia dichosa. Siendo esto así, no podemos nunca engañarnos sobre los motivos de sus acciones, siempre que busquemos el primer principio, ó el mobil necesario y general de

todas nuestras voluntades. El hombre por falta de experiencia y de razon se engaña muy a menudo sobre los medios que debe emplear para llegar á lo que desea, ó bien de que se sirve; nos desagradan porque tal vez son contrarios á nuestras propias miras, ó enfin nos parecen insensatos porque se apartan visiblemente del objeto al cual aspiran. Pero cualquiera que sean las medidas, todas ellas no tienen otras miras mas que las de una felicidad permanente análoga á su modo de sentir y de obrar. Si la mayor parte de los moralistas hubiesen conocido esta verdad, no hubieran hecho la novela, en vez de la historia del corazon humano, y no hubieran atribuido sus acciones á las causas mas pueriles, en igual de atribuir las á los motivos necesarios de su conducta. Los políticos y los legisladores se han quedado en la misma ignorancia, ó mas bien los impostores han creído que lo mejor que podian hacer era el emplear unos móviles imaginarios, en lugar de verdaderos que no les tenian tanta cuenta, prefiriendo el hacer que los hombres temblasen de unas fantasmas incomodas, en igual de guiarlos á la virtud por el camino de la felicidad tan conforme á las inclinaciones de nuestras almas. Esto nos prueba que el error, digan lo que quieran, no puede nunca ser de la menor utilidad para el genero humano.

La física nos hace ver, (ó á lo menos lo creemos así) mas facilmente que el corazon humano, la union necesaria de los efectos con las causas: á lo menos vemos en ella que las causas sensibles producen siempre efectos sensibles y siempre los mismos, á menos que las circunstancias no sean distintas. Esto nos hace decir sin reparo que los efectos físicos son necesarios; pero no por eso queremos reconocer como tales los actos de la voluntad humana, solo porque han sido sin ninguna razon atribuidos á un movíl capaz de obrar con su propia energia, capaz de modificarse sin necesidad de las causas exteriores, y distinto de todos los seres físicos y materiales. La agricultura está fundada sobre la certeza que la experiencia nos ha dado, de que la tierra cultivada y sembrada puede producir los granos y frutos necesarios para nuestra subsistencia, ó gratos á nuestro paladar. Si se considerase todo sin preocupacion, se veria que moralmente la educacion no es mas que una especie de agricultura del entendimiento que, semejante á la tierra, produce segun sus disposiciones naturales y la cultura que se le dá, los frutos que se siembran en él; que las sazones mas ó menos favorables que le conducen á la madurez contribuyen mucho á hacer que el alma produzca vicios y virtudes, ó frutos morales buenos

ó malos para la sociedad. La moral es la ciencia que hay entre el entendimiento, las voluntades y las acciones de los hombres, como la geometria lo es de las relaciones que existen entre los cuerpos. La moral no seria mas que una ciencia imaginaria si no tuviese por base el conocimiento de los motivos que deben necesariamente influir sobre las voluntades humanas y la determinacion de las acciones de los hombres.

Si tanto en el mundo moral como en el físico, una causa cuya accion no es turbada produce necesariamente un efecto, una educacion sensata y fundada sobre la verdad, unas leyes sabias y buenos principios inspirados en la juventud, junto con el buen ejemplo y las alabanzas y estimacion dadas á la virtud, deben tener el mejor efecto, sobre todo si se añade la verguenza, el desprecio y el castigo de toda mala accion. Pero si, al contrario, la política, el ejemplo y la opinion pública contribuyen á hacer los hombres viciosos, todos los buenos principios que pueden haber recibido con su educacion seran infructuosos; ¿y que será si la misma educacion no sirve mas que á llenarlos de vicios, de preocupaciones y de opiniones falsas y arriesgadas, y si no hace mas que avivar en ellos las pasiones mas incómodas para sí como para los demas? Es claro

que la voluntad de la mayor parte no tendrá otro objeto sino el de hacer mal. (1) Esta sin duda es la margen de la corrupcion universal, de la que los moralistas se quejan con tanta razon, sin que por eso se atrevan ó puedan decirnos cual es su causa, contentándose con echar la culpa á la naturaleza humana, (2) llamándola corrompida, y condenando el hombre por amarse á sí mismo y buscar su felicidad; queriendo por fuerza que necesite algun *socorro sobrenatural* para poder hacer bien, y

(1) Muchos autores han reconocido la importancia de una buena educacion; pero no se han acordado que esta es imposible, mientras que dure la supersticion, que no hace mas que darles las ideas mas falsas, los gobiernos arbitrarios que los hace viles y esclavos, é incapaces de ninguna ilustracion, las leyes casi siempre contrarias á la equidad, las costumbres generales contrarias á la razon, la opinion pública enemiga de la virtud, y en fin la incapacidad de nuestros maestros, que no pueden imbuir en sus discipulos mas que las ideas que ellos mismos tienen, y que en general son falsas y erroneas.

(2) No hay peor doctrina que la que nos dice que nuestra naturaleza está corrompida, y necesita de una ayuda sobrenatural para hacer bien. Esto no hace mas que desesperar á los hombres, y echarles en una especie de abandono esperando esta gracia. Si los hombres fuesen bien criados y bien gobernados, nunca les fal-

asegurando (sin acordarse de la libertad que le atribuyen) que solo el autor de la naturaleza puede corregir las malas inclinaciones de su corazon. Pero, por desgracia, este autor de la naturaleza no tiene ningun poder sobre las malas inclinaciones que la fatal constitucion de cosas hace que los móviles mas poderosos den al corazon de los hombres, ni contra las direcciones desgraciadas que se dan á sus pasiones. A cada instante nos dicen que debemos resistir á estas pasiones, y apagarlas en nuestro corazon. ¿Como no ven, que nos son naturales, y aun necesarias, pues que no tienen otro objeto mas que el de apartarnos de lo que es dañoso, y procurarnos lo que es util? Las pasiones del hombre son como el fuego, que es tan indispensable para las necesidades de la vida, como capaz de producir los efectos mas terribles.

Para la voluntad todo es impulsion, y una sola palabra basta algunas veces para modificar á un hombre para el resto de su vida, y decidir su inclinacion. Si un muchacho se ha

taria esta gracia. No hay moral mas extravagante que la de los teólogos que atribuyen todo mal original y todo bien á esta gracia, y no hay de que sorprehendernos al ver que una moral tan ridicula no tenga ninguna eficacia. Véase tom. 2, esp. 8.

quemado un dedo por haberlo acercado demasiado del fuego, esto le basta para no volverlo á hacer en todos los dias de su vida. Si se castiga un hombre por haber cometido una mala accion, rara vez la volverá á cometer. De cualquier modo que consideremos el hombre, nunca lo veremos obrar mas que segun la impulsión dada á su voluntad, ya sea por causas físicas ó por otras voluntades. La organizacion es la que decide de la naturaleza de estas impulsiones; las imaginaciones ardientes obran sobre las pasiones fuertes y faciles de encender; los progresos del entusiasmo, la contagion del fanatismo, la propagacion hereditaria de la supersticion, la transmision de los miedos religiosos, y el ardor con que acogemos lo maravilloso, todos son efectos tan necesarios como los que resultan de la accion ó reaccion de los cuerpos. (1)

A pesar de las ideas lisongeras que los hombres se han formado de su libertad; á pesar de las ilusiones del pretendido motor independiente que, contra toda experiencia, les quiere persuadir que son libres, todas sus ins-

(1) Los mismos teólogos han conocido la necesidad que tenemos de las pasiones. Véase un libro del padre Senault, intitulado : *Uso de las pasiones*.

tituciones estan fundadas sobre la necesidad; y en esta, como en una infinidad de otras ocasiones, la práctica se aparta de la especulacion. Efectivamente, si no se supusiese en los motivos que se dan á los hombres el poder necesario para determinar sus voluntades, ¿á que serviria la palabra? ¿que fruto podriamos sacar de la educacion, la legislacion, la moral y aun de la religion? ¿Para que nos sirve la educacion, sino para dar las primeras impulsiones á nuestra voluntad, hacernos contraer y persistir en ciertas costumbres, dándonos unos motivos falsos ó verdaderos para obrar de cierto modo? ¿Porque un padre amenaza de castigar á su hijo ó le propone una recompensa, sino porque está persuadido que ambas cosas tendran un efecto sobre su voluntad? ¿Para que sirve la legislacion, sino para presentar á los ciudadanos de una nacion, los motivos que cree necesarios para determinarlos á hacer algunas acciones y á impedirles otras? ¿Que objeto es el de la moral, sino el de convencer á los hombres que su interes exige el que repriman sus pasiones momentaneas, para poder obtener una felicidad mas cierta y duradera? ¿Que supone la religion de todas las naciones, sino que el hombre y todas sus pasiones estan sujetos á los decretos de un ser omnipotente que dirige y determina todo?

¿No es este Dios que los hombres adoran el dueño absoluto de sus necesidades? ¿No es él, el que castiga y recompensa? Y hasta las amenazas y recompensas que la religion substituye á los móviles que una política bien entendida debería presentar, ¿que son, sino la idea de los efectos que estas ilusiones deben producir sobre el entendimiento de unos hombres ignorantes, temerosos y amigos de lo maravilloso? Y finalmente esa divinidad bienhechora que dá la existencia á las criaturas, ¿que hace, sino forzarlas á obrar de un modo de que puede resultar su felicidad ó su desdicha? (1)

La educacion no es mas que la necesidad enseñada á los niños, y la legislacion la misma enseñada á los miembros de un cuerpo político. La moral es la necesidad de las relaciones que subsisten entre los hombres, enseñada

(1) Toda religion está incontestablemente fundada sobre el fatalismo. Los Griegos hacian que se castigasen las acciones necesarias, como las de Orestes, OEdipo, etc., que habian sido todas predichas por los oráculos. En vano los cristianos han querido justificar la divinidad, atribuyendo lo malo á la libertad que el hombre tiene de escoger; esto no se puede conciliar con la predestinacion que hace tambien que sigan el dogma del fatalismo. El sistema de la gracia divina no puede tampoco sacarles de esta dificultad, pues que Dios no

á los seres inteligentes, y la religion no es otra que la ley de un ser necesario, ó la necesidad enseñada á los ignorantes y pusilánimes. En una palabra, los hombres en todo lo que hacen suponen la *necesidad* cuando creen tener una experiencia segura de ella, y la *probabilidad*, cuando no conocen la union de causas y efectos. Si no estuviesen convencidos, ó si no creyesen que sus acciones serán seguidas de ciertos efectos, no obrarian como obran. El moralista habla de la razon porque la cree necesaria al hombre, y el filósofo escribe porque cree que la verdad triunfará tarde ó temprano de la impostura. El teólogo y el tirano aborrecen y persiguen la razon y la verdad, porque las juzgan contrarias á sus intereses. El soberano, que hace que sus leyes aterren el crimen ó que le utilizen, cree que los móviles que emplea bastan para contener sus

la dá mas que á aquellos que quiere. La religion de todas las naciones no tiene otro fundamento mas que los fatales decretos de un ser irresistible que decide la suerte de sus criaturas. Todas las hipótesis teológicas dimanán de aquí; pero los teólogos que consideran como falso y dañoso el sistema del fatalismo no se aperciben de que la caída de los ángeles, el pecado original, el sistema de la predestinacion y de la gracia, el corto número de justos, etc, todo nos prueba claramente que la religion no es mas que un fatalismo.

vasallos. Todos cuentan poco ó mucho sobre la fuerza ó la necesidad de los motivos de que se sirven y se lisongan de poder influir sobre los hombres. Su educacion no seria tan mala si no fuese dirigida por la preocupacion, y si no fuese contradicha, y corrompida con el ejemplo de lo que pasa en la sociedad. La legislacion y la política son por lo regular falsas iniquas, y no se emplean mas que en encender unas pasiones que no pueden luego reprimir. El gran arte del moralista seria el de persuadir á los hombres y á los que dirigen sus voluntades que sus intereses son los mismos, que su felicidad recíproca depende de la harmonia de sus pasiones, y que la seguridad, el poder y la duracion de los imperios dependen absolutamente del genio que se dá á las naciones, y de las virtudes que se siembran y se cultivan en los ciudadanos. La religion seria solo admisible en caso que contribuyese para estos fines, ó que fuese posible el que la impostura pudiese traer ventajas á la verdad. Pero, en el desgraciado estado en que el error universal ha puesto la especie humana, los hombres por la mayor parte se ven en la precision de ser malos. La religion los hace ó inútiles, despreciables y cobardes, ó fanáticos, crueles, inhumanos é intolerantes. El poder supremo les aterra y les obliga á

abrazar el vicio; y la ley no castiga el crimen sino cuando es demasiado debil para poder reprimir los excesos que dimanán del gobierno. En fin la educacion descuidada ó despreciada no depende mas que de unos impostores eclesiasticos, ó de unos parientes ignorantes y desmoralizados que nos transmiten los vicios que ellos mismos han contraido.

Todo esto nos demuestra que si queremos hallar los remedios que convienen para los males de los hombres, necesitamos buscar su causa desde un principio. Es inutil el pensar en curarlos mientras que no hayamos hallado las causas de que provienen sus males, y mientras no substituyamos unos móviles reales, útiles y seguros á los ineficaces, y aun peligrosos, que han sido adoptados hasta aqui. Esos que dominan las voluntades humanas, y deciden de la suerte de las naciones, son los que deben buscar estos móviles, que la razon les indicará: un buen libro que pudiese tocar el corazon de un monarca poderoso seria indubitablemente bastante para influir sobre la conducta de todo un pueblo, y sobre la felicidad de una porcion del género humano.

De todo lo que acabamos de decir en este capítulo resulta que el hombre no es libre un solo instante de su vida; que no es dueño de la conformacion que ha recibido de la na-

turaliza, ni tampoco de sus ideas, ó de las modificaciones de su cerebro, que son debidas á las causas que obran sobre él contra su voluntad; que no es dueño de no amar ni de no desear lo que le parece amable; de no deliberar cuando no está seguro de los efectos que los objetos produzcan en él; de no escoger lo que le parece mas ventajoso, y enfin que no es dueño de obrar de ningun otro modo sino del que obra. (1)

Lo que el hombre va á hacer es siempre una consecuencia de lo que ha sido, lo que es, y lo que ha hecho hasta el momento de la accion :

(1) La cuestión de la libertad del hombre no se puede reducir mas que del modo siguiente.

La libertad no puede atribuirse á ninguna de las funciones conocidas de nuestra alma, porque, cuando esta obra, no puede hacer otra cosa; cuando delibera, tiene que deliberar; cuando quiere, tiene que querer, porque una cosa no puede existir y dejar de existir al mismo tiempo. Luego mi voluntad es la que me hace deliberar, mi deliberacion escoger, y mi preferencia obrar. Mi determinacion, cualquiera que sea, me hace ejecutar lo que mi deliberacion me hizo escoger; no he deliberado sino porque he tenido motivos para deliberar, y porque no me fué posible el no querer deliberar. De modo que la libertad no está ni en la voluntad, ni en la deliberacion, ni en la preferencia, ni en la

nuestro ser actual y total, considerado en todas sus circunstancias, compone la suma de todos los motivos de la acción que vamos á hacer; principio á que ningun ser inteligente puede rehusarse. Nuestra vida compone una serie de instantes necesarios, y nuestra conducta buena ó mala, virtuosa ó viciosa, útil ó dañosa para nosotros y para los demas, se compone de un encadenamiento de acciones tan necesarias como todos los instantes de nuestra duracion. Vivir es existir de un modo necesario, durante los puntos de la duracion que se suce-

ccion. Es preciso que los teólogos no atribuyan la libertad á ninguna de las operaciones del alma, pues si así fuese habria una contradiccion evidente en las ideas. ¿ Si el alma no está libre cuando quiere, cuando delibera, cuando escoge, ni cuando obra, como puede ejercer su libertad? Los teólogos lo diran.

Es evidente que el sistema de la libertad no ha sido imaginado mas que para justificar la divinidad del mal que se comete en el mundo; pero este sistema no la justifica de ningun modo. En efecto, si el hombre ha recibido la libertad de Dios, es claro que la facultad de escoger el mal y apartarse del bien se ha recibido tambien de él; de modo que su inclinacion al pecado le viene de Dios, ó sino la libertad deberia ser esencial para el hombre, é independiente de Dios.

Véase, *Tratado de los sistemas*, pag. 124.

den necesariamente. Querer no es mas que conformarnos ó no á quedar como estamos. Ser libre es ceder á los movimientos que salen de nosotros mismos.

Si conociéramos la mecánica de nuestros órganos ; si pudiésemos acordarnos de todas las impulsionés y modificaciones que han recibido, y de los efectos que han producido, veríamos que todas nuestras acciones estan sometidas á la fatalidad, que rige tanto nuestro sistema particular como el de todo el universo : ni en nosotros ni en la naturaleza hay ningun efecto producido por casualidad ; esta palabra carece absolutamente de todo sentido. Todo cuanto se pasa en nosotros ó que es hecho por nosotros, como tambien todo lo que sucede en la naturaleza ó que le atribuimos, es debido á unas causas necesarias que obran por unas leyes precisas, y que producen tambien unos efectos necesarios de los cuales dimanán otros.

La fatalidad es el orden eterno é indispensable establecido en la naturaleza, ó la union fortuita de las causas que obran con los efectos que operan. Este orden es el que hace que los cuerpos densos caigan, que los ligeros se levanten, que las materias análogas se unian, y las contrarias se aparten. Por el los hombres forman sociedades, se modifican unos á otros, se hacen malos ó buenos, son desgraciados ó di-

chosos, y se aman ó se aborrecen segun el modo con que obran unos sobre otros, por lo que vemos que la necesidad que rige el mundo físico, rige tambien el mundo moral, y por consiguiente que todo es fatalidad. Cuando seguimos algunas veces sin que lo sepamos el camino que la naturaleza nos ha señalado, hacemos como un nadador que se vé en el caso de seguir por fuerza la corriente que le arrastra : nos creemos libres por que tan pronto consentimos y tan pronto nos oponemos á seguir la corriente que nos lleva ; y nos creemos los dueños de nuestra suerte porque nos vemos en la necesidad de menear los brazos de miedo de ahogarnos.

Volentem ducunt fata, nolentem trahunt.

(SENECA.)

Las ideas falsas que nos hemos formado de la libertad provienen de que hay muchos acontecimientos que juzgamos necesarios, porque vemos que son los efectos que nacen de ciertas causas de donde provienen las consecuencias de quien ignoramos el encadenamiento y el modo de obrar : pero en una naturaleza en que todo está unido, no puede haber efecto sin causa, y por consiguiente, tanto en el mundo físico como en el moral, todo lo que sucede es una consecuencia necesaria de las

causas visibles ó ocultas que se ven en la precision de obrar por sus propias esencias. En el hombre , la libertad no es mas que la necesidad que tiene dentro de si mismo.

CAPÍTULO XII.

EXAMEN DE LA OPINION QUE ALGUNOS TIENEN
DEL PELIGRO DEL SISTEMA DEL FATALISMO.

LA experiencia es indispensable para todos aquellos seres que estan obligados por su misma esencia á conservarse y hacerse dichosos, y sin ella es imposible el descubrir la verdad, que no es, como ya se ha dicho, mas que el conocimiento de las relaciones constantes que subsisten entre el hombre y los objetos que obran sobre él : la experiencia que hemos tenido hace que llamemos útiles los que nos procuran un bien estar sólido y permanente, y agradables los que no nos procuran mas que un placer mas ó menos estable. La verdad misma no es el objeto de nuestros deseos mas que porque la creemos util ; pero la tememos de que nos llegamos á persuadir que puede sernos dañosa. Ahora pregunto yo, ¿ si la verdad puede realmente dañarnos , como es posible que pueda resultar algun mal para el hombre

de un conocimiento exácto de las relaciones ó las cosas que por su dicha misma debe de conocer? Esto no puede ser: la verdad funda su valor y sus derechos sobre su utilidad: puede muy bien algunas veces ser desagradable á algunos individuos y aun contraria á sus intereses; pero no por eso dejará de ser útil á toda la especie humana, cuyo interes no es nunca el mismo que el de los hombres, que, alucinados por sus pasiones, se creen interesados en engañar á los demas. Luego la utilidad es el objeto de los sistemas, de las opiniones y de las acciones de los hombres; es tambien la medida de la estima y del amor que debemos á la última verdad. Las verdades mas útiles son las mas estimables: llamamos grandes las mas útiles para el género humano, y las que desdeñamos y llamamos estériles son aquellas que se contentan con divertir á algunos hombres que no tienen las mismas ideas, los mismos modos de sentir, ni las mismas necesidades que nosotros tenemos.

Esta es la regla que debemos seguir para juzgar de los principios que han sido establecidos en esta obra. Los que han llegado á conocer la inmensa cadena de males que los sistemas de la supersticion han llevado siempre consigo, conocerán tambien la utilidad de un

sistema opuesto, fundado sobre la naturaleza, la experiencia y la razon.

Los que estan ó que se creen estar interesados en las imposturas establecidas no podran menos de mirar con horror las verdades que les presentamos; y en fin todos aquellos que no sienten ó que sienten con indiferencia los males causados por las preocupaciones teológicas, mirarán como inútiles nuestros principios, ó bien como unas verdades estériles, capaces todo lo mas, de divertir la ociosidad de algun especulador.

Por estos motivos los diferentes juicios de los hombres no deben de asombrarnos; como ni sus intereses, ni sus nociones de utilidad, son las mismas, condenan ó desdeñan todo lo que no concuerda con sus ideas. Ahora pasemos á exâminar si el dogma del fatalismo es util ó dañoso para el hombre desinteresado, ó sensible á las desgracias de su especie, y véamos si es una especulacion estéril, sin influencia sobre la felicidad humana.

Ya hemos dicho que este dogma podia procurar á la política los móviles mas verdaderos y reales, que puede obrar sobre la voluntad del hombre, como tambien que puede explicar del modo mas sencillo el mecanismo de las acciones y los fenómenos del corazon humano.

Por otra parte, ¿para que nos sirven las ideas, sino son mas que unas especulaciones estériles? que este sea libre ó que reconozca la necesidad de las cosas, siempre seguirá las inclinaciones de su alma. El hombre para ser bueno necesita de una educacion sensata, de costumbres honestas, de sistemas sabios, de leyes equitativas, de recompensas y penas distribuidas con acierto, y no de especulaciones espinosas, que no pueden influir mas que sobre los pocos que estan acostumbrados á pensar.

Todo lo que llamamos dicha nos servirá para destruir con facilidad las dificultades del sistema del fatalismo, que tantos ignorantes, cegados con los suyos religiosos, quisieran hacernos mirar como peligroso, digno de castigo, capaz de turbar el orden de la sociedad, de desenfrenar las pasiones, y de confundir las ideas que tenemos del vicio y de la virtud.

Es verdad que nos dicen que si todas las acciones de los hombres son necesarias no tendremos ningun derecho para castigarlos; que las leyes serian injustas si diesen alguna contra ellos que de nada se les puede culpar, y en una palabra que el hombre en este caso no puede ni merecer ni desmerecer. Yo digo que el imputar una accion á alguno es como si se le atribuyese, y por consiguiente, aun cuando supiesemos que esta accion era el efecto

de un agente de la necesidad, no por esto se perderia el derecho de hacer la imputacion. El merito ó demerito que atribuimos á una accion no es mas que una idea formada sobre los efectos favorables ó perniciosos que resultan; y aun cuando fuese verdad que el agente fuese necesitado ó que no pudiese menos de hacerlo, no por eso dejaria la accion de ser buena ó mala, estimable ó no, y enfin capaz de excitar el amor ó la cólera de aquellos que se hallan bajo su influencia. El amor y la cólera son en nosotros unos modos de ser que nos sirven para modificar los seres de nuestra especie: cuando me irrito contra alguno es porque deseo inspirarle el temor, apartarle y aun castigarle si hace algo que me puede desagradar; ademas que mi cólera es necesaria, porque es una consecuencia de mi naturaleza y de mi temperamento. La sensacion penible que una piedra que cae sobre mi brazo produce en él, no es menos dolorosa por provenir de una causa privada de voluntad, y que obra por la necesidad de su naturaleza. Si consideramos los hombres como obrando por necesidad, distinguiremos en ellos un modo de ser y de obrar que nos aflige y nos irrita, y que nuestra naturaleza nos obliga á castigar é impedir; por lo que vemos que el sistema del fatalismo no cambia en nada el estado de

cosas, y no puede de ningun modo contribuir á que se confundan las ideas del vicio y de la virtud. (1)

Las leyes no tienen otro objeto mas que el de sostener la sociedad, é impedir el que los hombres que la componen se dañen ; luego pueden castigar los que la atacan, ó los que cometen alguna accion contraria al bien estar de sus semejantes. Que estos asociados sean unos agentes necesitados ó libres, á nosotros nos basta el saber que pueden ser modificados. Las leyes penales son los medios que la experiencia nos ha hecho conocer capaces de servirnos para contener, ó tal vez borrar enteramente las impulsiones que las pasiones dan á la voluntad de los hombres. Sea cual fuese la causa, necesaria ó no, de que provie-

(1) Nuestra naturaleza aborrece siempre todo lo que se opone á su inclinacion : hay hombres tan coléricos que entran en furor hasta con los objetos insensibles é inanimados. Pero la reflexion de la imposibilidad en que estamos de modificarlos, deberia volvernos á la razon. Los parientes hacen muy mal en castigar con rabia á sus hijos, que no son mas que unos seres no aun modificados, ó que lo han sido muy mal por ellos mismos. No hay cosa mas comun en el curso de la vida, que la de ver á los hombres castigar sus semejantes por las faltas que ellos mismos han ocasionado.

nen estas pasiones, todo lo que el legislador se propone es de reprimirlas ; y siempre que los medios que emplee sean los verdaderos, está seguro de que produzcan su efecto. Cuando este señala la horca, los suplicios, y el castigo, hace lo mismo, que el que se pone á edificar una casa, cuyo el primer cuidado es poner sus goteras y canelones para que la lluvia no degrade los fundamentos.

Cualquiera que sea la causa que hace obrar á los hombres, la sociedad tiene el derecho de detener y corregir los efectos de sus acciones; lo mismo que aquel que vé su pradera expuesta á ser anegada por un rio tiene el derecho de cortarle, y aun de hacer que mude de curso, si lo puede. En virtud de este derecho, tiene la sociedad el poder de asustar y castigar por su propia conservacion todos aquellos que traten de dañarla, ó que cometan algunas acciones que sean verdaderamente contrarias á su tranquilidad , su seguridad y su dicha.

A esto me diran que la sociedad en general no castiga las faltas que son involuntarias ; por que no se castiga mas que la voluntad : esta es la que decide del crimen y de su atrocidad, y por consiguiente, si la voluntad no es libre, ¿ porque se la ha de castigar ? Pero respondo yo: la sociedad es una reunion de seres sensibles, susceptibles de razon, que desean su bien

estar, y temen el mal ; luego no hay cosa mas facil que la de obligarlos por estas mismas disposiciones á modificar su conducta, y á concurrir al objeto del conjunto. La educación, la ley, la opinion pública, el ejemplo, la costumbre y el temor, son las causas que deben modificar á los hombres , influir sobre sus voluntades, hacerles concurrir al bien general, regular sus pasiones, y contener los que pueden dañar á la asociacion. Estas causas son por su naturaleza dignas de hacer impresion sobre todos los hombres que por su esencia, y por su organizacion son capaces de contraer las costumbres y los modos de pensar y de obrar que se les quiere inspirar. Todos los seres de nuestra especie son susceptibles de tener miedo ; luego el miedo de ser castigados, ó de perder la felicidad á que aspiran, es un motivo que debe influir mas ó menos sobre sus voluntades y sus acciones. Si hay algun hombre que esté constituido bastante mal para resistir ó para ser insensible á los motivos que obran sobre todo los demas, este tal no podria vivir en sociedad, porque iria contra el único intento de la asociacion ; seria su enemigo, seria un obstáculo para su marcha, y sus voluntades rebeldes é insociables no habiendo podido ser modificadas segun los intereses de sus conciudadanos, estos se rean-

rian contra él ; y la ley, que no es mas que la expresion de la voluntad general, les daria los castigos que pueden merecer unos seres sobre quien los motivos que bastan para modificar los demas, no son suficientes para hacerles tomar el mismo camino ; y la consecuencia es que estos hombres insociables se ven castigados y desterrados fuera de la sociedad como unos monstruos incapaces de entrar en sus miras.

Si es verdad que la sociedad tiene el derecho de conservarse, debe tambien tener el de tomar sus medidas para ello. Estos medios son las leyes, que presentan á la voluntad de los hombres los motivos mas capaces de apartarles de toda mala accion, y si estos motivos no tienen fuerza, entonces la sociedad, por su propia seguridad, tiene que quitarles por fuerza el poder de dañarla. Cualquiera que sea el motivo de las acciones de los hombres, si las razones que les fueron dadas por la sociedad no fueron suficientes para hacerles obrar con justicia, esta pasa al castigo, y lo hace con justicia siempre que sus acciones puedan dañarla. Pero, por otro lado, la ley no tiene derecho para castigar aquellos á quienes no ha dado los motivos capaces de influir sobre su conducta, ni aquellos que, por la negligencia de la sociedad, se hallan

sin subsistencia y en la imposibilidad de ejercer su industria y su talento, y de trabajar para ella. Sobre todo es injusta cuando castiga á aquellos á quien no ha dado ni educacion, ni buenos principios, ni las costumbres necesarias para el mantenimiento de la sociedad. Es injusta é insensata cuando los castiga por haber seguido unas inclinaciones que la misma sociedad, el ejemplo, la opinion pública, y hasta las instituciones conspiran á darles: y en fin, la ley es inicua, cuando no proporciona el castigo al mal hecho á la sociedad, y el último punto de injusticia y de locura es cuando se ciega hasta castigar á los que la sirven mejor.

Este es el motivo por que la ley penal sostiene á los hombres en la virtud, modificando su cerebro para este fin, con las ideas del castigo, que llevaria una infraccion de su deber. Las ideas del dolor, de la privacion de libertad, y de la muerte, son para unos seres bien constituidos, y que gozan de sus facultades, unos obstáculos poderosos que se oponen á las impulsiones de sus desenfrenados deseos: á los que todos estos motivos no pueden detener son unos seres insensatos, frenéticos y mal organizados, contra quien los demas deben precaverse para su seguridad. La locura es sin ninguna duda un estado involuntario, y

no obstante nadie se opone á que un loco sea encerrado, á pesar de que sus acciones no pueden atribuirse mas que al desorden de su cerebro. Los malos son unos hombres cuyo cerebro se halla turbado, pasajero ó continuamente: luego se les debe castigar para que muden de conducta, ó á lo menos, si no se tiene ninguna esperanza de esta mudanza, se les debe apartar de la sociedad, para que no puedan dañarla.

Yo no me meto en determinar hasta que punto deben llegar los castigos que la sociedad puede dar. La razon misma nos indica que la ley debe tener, para los crímenes necesarios de los hombres, toda la humanidad compatible con la seguridad de la sociedad. El sistema de la fatalidad no quiere decir, como hemos visto, que no se deben castigar los crímenes, solo sí que se debe moderar en mucho la crueldad con que algunas naciones castigan las víctimas de su venganza. Sobre todo, no hay cosa mas absurda que esta crueldad, cuando la experencia nos dá á conocer la inutilidad de ella; lo que sucede ordinariamente cuando la costumbre de ver los suplicios mas atroces familiariza los criminales con ellos. Si fuese verdad que la sociedad tiene el derecho de quitar la vida á uno de sus miembros, ó que la vida de un criminal, inutil

para él, puede serlo á la masa general; si esto es verdad, aunque lo dudo, á lo menos la humanidad exige que esta muerte no sea acompañada de tanto tormento como la ley hace regularmente sufrir á un reo antes de darle la muerte. Esta crueldad no sirve mas que para hacer sufrir la víctima de la sociedad, sin que de esto pueda resultarle ninguna ventaja; al contrario, no hace mas que enternecer los espectadores en favor del criminal, y no sirve de nada para el facineroso, que la vista de las crueldades que le esperan hace mas feroz, mas cruel y mas enemigo de sus asociados. Si el ejemplo de la muerte, aun cuando no fuese acompañado de ningun dolor, fuese menos comun, no hay duda que haria mucha mas impresion sobre los animos. (1)

¿Y que se puede decir de la crueldad de algunas naciones, en que las leyes, que debieron ser hechas para todos, no tienen otro objeto mas que el de la seguridad de los pode-

(1) La mayor parte de los facinerosos contemplan la muerte como un cuarto de hora desagradable. Viendo un ladron que uno de sus camaradas perdia todo su animo á vista del suplicio, le dijo : *oyes, no te habia yo dicho que en nuestro oficio, habia una enfermedad mas que para los demas hombres?* Todos los dias vemos robar al pie de la horca ¿ Que poeo, todas

rosos, y en las que, por los castigos mas barbaros y menos proporcionados á los crímenes, quitan la vida á unos infelices que la necesidad ha forzado á ser culpables? Asi es que en la mayor parte de naciones civilizadas la vida de un ciudadano se pone en la misma balanza que el dinero: ¡el desgraciado que moría de necesidad y miseria, es condenado á muerte por haberse apoderado de la mas minima porcion de un rico que veia nadar en la abundancia! ¡Esto es lo que se llama justicia!

Esta abominable iniquidad es aun mucho mayor, cuando las leyes y los usos dan las penas mas crueles para los crímenes que provienen freqüentemente de las malas instituciones. Vuelvo á repetir que todo concurre para que los hombres sean adictos á todo lo malo. En la mayor parte de los estados no reciben ninguna educacion, sobre todo, el hombre comun no recibe otra mas que los principios de una

estas naciones que castigan con tanto rigor, han reflexionado que todos los años privan á la sociedad de un gran numero de miembros que por su trabajo forzado podrian pagar con su utilidad los daños que la han hecho? La facilidad con que se quita la vida á un hombre, prueba la incapacidad de los legisladores, que prefieren el quitar un hombre del mundo á buscar los medios de corregirle.

religion ininteligible, que entonces es un freno muy debil para el vicio. En vano le dirá la ley que se abstenga del bien ageno; sus necesidades, que son siempre mas poderosas, le diran que debe vivir á cargo de la sociedad, que no ha hecho otra cosa por él, mas que condenarle á vivir con hambre y miseria : como muchas veces no tiene ni aun lo necesario, se venga robando y asesinando, y trata, á peligro de perder su vida , de satisfacer sus necesidades verdaderas, ó las que todo conspira á hacerle desear. La educacion que no ha recibido no ha podido enseñarle á reprimir la fuga de su temperamento ; no teniendo la menor idea de decencia, ni ningun principio de honor , cree que le es permitido el dañar á su patria, que no ha sido para él mas que la mas cruel madrastra : y en su arrebató se olvida hasta de la horca que le espera : ademas que sus inclinaciones se han arraygado demasiado , sus costumbres tambien inveteradas son invariables; la pereza le entorpece, la desesperacion le ciega , se echa él mismo en los brazos de la muerte, y la sociedad le castiga con rigor por las disposiciones fatales y necesarias que ella misma le ha dado, ó á lo menos que no ha desarraygado y combatido con los principios que podian haberles dado, para engendrar inclinaciones honradas. De modo que la sociedad

castiga con la mayor severidad las inclinaciones que provienen de su mal ejemplo y de que ella sola es la causa : muy parecida en esto á los padres injustos que castigan sus hijos por los defectos que ellos mismos les han hecho contraer.

A pesar de lo injusta que nos parece esta conducta, no por eso es menos necesaria, para la sociedad tal cual es ; y á pesar de su corrupcion y de sus vicios quiere subsistir, y no trata mas que de su propia conservacion : por consiguiente tiene que castigar los desafueros que ella misma ha engendrado, y á pesar de sus preocupaciones y vicios, conoce que su seguridad requiere que destruya las conjuraciones de los que le declaran la guerra : si estos, arrastrados por sus inclinaciones naturales, turban y dañan su tranquilidad, ella por su parte, con el deseo de conservarse, les separa de sí, y les castiga con mas ó menos rigor, segun la importancia que dá á sus delitos. No hay duda que muy á menudo se engaña, no solo en los objetos, sino en los medios de que se vale ; pero su equivocacion es necesaria, y proviene de que no conoce las luces que podrian ilustrarla sobre sus mismos intereses, porque los que regulan sus movimientos no tienen ni bastante vigilancia, ni bastantes virtudes y talento ; lo que nos demuestra que las

justicias de una sociedad ciega y mal constituida son tan necesarias como los crímenes de los que la turban y dañan. (1) Un cuerpo político es tan capaz de errar, como un simple individuo de él, cuya cabeza se halla enteramente turbada.

Muchos dicen que si sometemos todo á la necesidad, perdemos todas las nociones que podíamos tener del bien, del mal, y de lo justo é injusto. Pero yo niego esto; aunque el hombre obra necesariamente, en todo cuanto hace, sus acciones son justas, buenas y meritorias, siempre que concurren á la felicidad y á la utilidad de sus semejantes. La sociedad es justa, buena, digna de nuestro amor siempre que dá á sus miembros la seguridad, la libertad y la posesion de sus derechos naturales; esto es lo que constituye toda la felicidad de que el estado social es susceptible; y es injusta, mala é indigna de nuestro amor, cuando es parcial para con unos cuantos, y cruel para con todos los demas: entonces no hace mas que multiplicar sus enemigos, (y

(1) Una sociedad que castiga los excesos que causa, no puede ser comparada mas que á los que estan atacados de la enfermedad llamada *pedicular*, que se ven en la precision de matar los insectos que les atormentan, aunque no provienen mas que de su constitucion viciada.

obligarlos á que se vengan de ella con sus acciones criminales) que se vé en la necesidad de castigar. Las nociones verdaderas ó falsas de lo justo y de lo injusto, y del bien ó del mal moral, no dependen de ningun modo de los caprichos de la sociedad política; estos no dependen mas que de la utilidad y de la necesidad de las cosas, que haran siempre que los hombres sientan, que hay un modo de obrar, que tienen por fuerza que amar ó aborrecer en sus semejantes. Nuestra misma esencia es la base de todas las ideas que tenemos del placer, del dolor, de lo justo, de lo injusto, del vicio y de la virtud; la sola diferencia que hay, es que el placer y el dolor se hacen sentir inmediatamente en nuestro cerebro, en igual que las ventajas de la justicia y de la virtud, no se dejan conocer de nosotros mas que á la favor de una serie de reflexiones y de experiencias multiplicadas y complicadas, que, por el vicio de su conformacion y de sus circunstancias, impiden el que los hombres puedan hacerlas, ó á lo menos que las hagan con la exáctitud que se necesita.

La consecuencia necesaria de esta misma verdad es, que el sistema del fatalismo no contribuye de ningun modo á internarnos en el crimen, ni á hacer desaparecer los remordimientos como algunos dicen. Nuestras incli-

naciones son debidas á nuestra naturaleza, y el uso que hacemos de nuestras pasiones no depende mas que de nuestras costumbres, ideas y opiniones, que hemos recibido con nuestra educacion, y que nos han sido inculcadas por la sociedad en que vivimos. Por consiguiente estas son las cosas que deciden de nuestra conducta. De modo que nuestro temperamento nos hace susceptibles de las pasiones mas fuertes, y por consiguiente nuestros deseos serán siempre violentos á pesar de todas nuestras especulaciones. El remordimiento es una sensacion dolorosa, excitada en nuestro interior por el sentimiento que nos causan los efectos presentes ó futuros de nuestras pasiones. Si estos efectos son siempre útiles para nosotros, nunca conocemos el remordimiento; pero si sabemos que nuestras acciones nos deben hacer aborrecibles ó despreciables para los demas, ó si tememos el ser castigados de un modo ó de otro, nos hallamos inquietos y descontentos de nosotros mismos, nos echamos en cara nuestra propia conducta, y tememos el juicio de los seres, cuya estima, favor y afecto, nos son de toda necesidad. La experiencia demuestra que los malos son un objeto de odio para todos los testigos de sus acciones, y por mucho que se quieran ocultar estas acciones, al fin se han de descu-

brir. La menor reflexion nos hará conocer que no hay hombre malo que no tenga vergüenza de su misma conducta, que no esté poco satisfecho de sí mismo, que no envidie el destino de un hombre de bien, y que no se vea en la dura necesidad de conocer que ha pagado muy caro las ventajas de que no puede gozar sin hacer las mas penibles reflexiones; se siente cubierto de vergüenza, se desprecia, se aborrece, y tiene siempre su conciencia en un hilo. Para convencernos de este principio, no tenemos mas que considerar hasta que punto los malos y tiranos, que son bastante poderosos para no temer la justicia de los hombres, temen la verdad, y cuanta precaucion y crueldad emplean contra aquellos que podrian presentarla al juicio del público: luego conocen sus iniquidades, al aborrecimiento y al desprecio que inspiran; tienen remordimientos, y finalmente su destino no es dichoso. Las personas bien criadas adquieren estos sentimientos con la educacion que reciben, y se fortifican ó debilitan en ellos segun la opinion pública y el ejemplo. El remordimiento no existe ó cesa de existir en las sociedades corrompidas, pues el hombre dirige todas sus acciones por la opinion de sus semejantes. Nunca tenemos ni vergüenza ni remordimiento de las acciones que vemos

aprobadas por todo el mundo. Bajo un gobierno corrompido, las almas venales, avariciosas y mercenarias, no se avergüenzan ni de la bajeza, ni el robo, ni la rapiña autorizada por el ejemplo; en las acciones licenciosas nadie hace caso del adulterio, y en el supersticioso nadie cree que el asesinar á un hombre por una opinion sea una mala accion. Vemos pues que nuestros remordimientos, las ideas falsas ó verdaderas que tenemos de la decencia, de la virtud, de la justicia, etc., no dependen mas que de nuestro temperamento modificado por la sociedad en que vivimos. Los asesinos y los ladrones, cuando estan juntos, no tienen ni vergüenza ni remordimiento.

De modo que vuelvo á repetir que todas las acciones de los hombres son necesarias; las que son siempre útiles, ó que contribuyen á la felicidad verdadera y durable de nuestra especie, se llaman *virtudes*, y agradan necesariamente á todos los que las sienten, á menos que sus pasiones falsas no les obligen á juzgar de ellas de un modo poco conforme á la naturaleza de las cosas. Cada cual obra y juzga necesariamente segun su modo de ser, y segun las ideas falsas ó verdaderas que se ha hecho de la felicidad. Hay algunas acciones que tenemos por fuerza que aprobar; pero hay

otras que, á pesar de nosotros mismos, tenemos que condenar, y cuya idea nos obliga á condenar cuando nuestra imaginacion hace que las véamos del mismo modo que los demás. Tanto el hombre de bien como el picaro obran por necesidad; su única diferencia consiste en la organizacion y en las ideas que se hacen de la felicidad: lo uno, lo amamos por necesidad, y lo otro lo detestamos por la misma razon. La ley de nuestra naturaleza, que quiere que un ser sensible trabaje constantemente en su conservacion, no ha podido dejar á los hombres el poder de escoger, ni la libertad de preferir, el dolor al placer, el vicio á la utilidad, y el crimen á la virtud. De modo que la esencia misma del hombre le obliga á distinguir las acciones ventajosas para sí mismo, como tambien las que le son dañosas.

Esta distincion subsiste aun en las sociedades mas corrompidas, en donde las ideas de virtud, las que aunque no parezcan en la conducta, existen siempre en los entendimientos. Efectivamente, supongamos un hombre picaro por naturaleza, que se dijese á sí mismo que era una tontería el ser virtuoso en una sociedad corrompida: supongámosle tambien bastante habil y dichoso, para poderse escapar por muchos años á la vergüenza y á los castigos: pues este hombre, á pesar de la ventaja de las cir-

cunstances, no es, ni ha sido feliz un solo instante, y no ha tenido mas que combates y agitaciones continuas ; ¡ cuantas precauciones, trabajos, y cuidados debe de haber tenido que sufrir en su lucha contra sus semejantes, de quien temia hasta las miradas ! preguntémosle lo que piensa ; acerquemonos al lecho de muerte de un malvado, y preguntémosle si querría volver á empezar su vida con las mismas agitaciones ; y si está de buena fé, nos responderá que no ha tenido un momento de tranquilidad y de dicha en toda ella ; que cada crimen le ha costado una infinidad de inquietudes y desvelos, que este mundo no ha sido para él mas que una escena continua de penas, y que mas quisiera vivir en paz con pan y agua, que volver á adquirir riquezas y honores á semejante precio. Y si este picaro, á pesar de su buen resultado, encuentra que su suerte es deplorable, ¿ que será para aquel que no ha tenido , ni las mismas proporciones, ni su buen éxito ?

Luego el sistema de la necesidad es no tan solo verdadero y bien fundado, sino que tambien establece la moral sobre una base cierta é inmutable. Lejos de minar los fundamentos de la virtud, no hace al contrario mas que hacer ver la necesidad de ella, como tambien los sentimientos invariables que nos

debe dar, que son tan necesarios y tan fuertes, que todas las preocupaciones y los vicios de nuestras instituciones, no los han podido desarraygar de nuestros corazones. Si alguna vez nos olvidamos de las ventajas que nos acarrea la virtud, no nos debemos quejar mas que de los errores y preocupaciones que se han identificado con nosotros. No imputemos pues á nuestra naturaleza el que seamos tan malos; las opiniones funestas que mamamos con la leche, y que nos hacen ambiciosos, avaros, envidiosos, orgullosos, libertinos, intolerantes y obstinados en nuestras preocupaciones, incómodos para nuestros semejantes, y dañosos para nosotros mismos, son las á que debemos atribuir nuestra propension al vicio: lo que proviene todo de la mala educacion que recibimos.

Dicen que el fatalismo hace que los hombres se desanimen, enfria sus almas, las echa en una especie de insensibilidad, y rompe los lazos que debian unirlos á la sociedad. Si todo es necesario, dicen, no hay mas que dejar andar las cosas sin incomodarnos por nada. Pero, ¿acaso depende de mí el ser ó no sensible? ¿Soy yo dueño de sentir ó de no sentir el dolor? Si la naturaleza me ha dotado de una alma sensible y humana, ¿como hé de poder menos de interesarme en el bien estar

de los seres que conozco ser necesarios para mi felicidad? Todos mis sentimientos son necesarios, y dependen de la naturaleza que la educacion ha cultivado en mí. Mi imaginacion, pronta á conmovirse, hace que mi corazon se compunja, y se entristezca á la vista de los males que sufren mis semejantes, del despotismo que les embrutece, de la supersticion que turba su entendimiento, de las pasiones que los dividen, y de las locuras que les ponen en una guerra continua. A pesar de que conozco que la muerte es el termino fatal y necesario de todos los seres, no por eso puedo menos de sentirme vivamente conmovido, por la perdida de una esposa querida, de un hijo que me prometia ser el baculo de mi vejez, y de un amigo que era necesario para mi felicidad. A pesar de que sé muy bien que es de la esencia del fuego el quemar, no por eso dejaré de hacer todos mis esfuerzos para apagar un incendio. A pesar de que conozco que los males que veo son la consecuencia infalible de los errores primitivos que mis conciudadanos han embebido, no por eso dejaré, si tengo algun valor, de enseñarles la verdad: si la escuchan, encontrarán casi inmediatamente un remedio para sus males, por que producirá los efectos de que su esencia es susceptible.

Si las especulaciones de los hombres influye-

sen sobre su conducta, ó que fuesen capaces de cambiar su temperamento, nadie dudará que el sistema de la necesidad tendrá sobre ellos la mas ventajosa influencia; no tan solo sería este capaz de calmar la mayor parte de sus inquietudes, sino que tambien contribuiría á inspirarles una sumision muy util, una entera resignacion para con los decretos de su hado, que muy á menudo les oprime de la manera mas insoportable, lo que no es causado mas que por su sensibilidad. La indiferencia que resultaria de esta impresion seria la cosa mas dichosa para aquellos que, por tener un corazon demasiado tierno, son el juguete de su destino, ó que, por la debilidad de sus órganos, se ven expuestos á fallecer bajo el peso de la adversidad.

Pero de todas las ventajas que indudablemente resultarian para el genero humano si admitiese el sistema de la fatalidad, la mayor seria la de la indulgencia y tolerancia universal, que seria la consecuencia de la opinion de que *todo es necesario*. Este principio haria que el fatalista, que tuviese el alma sensible, tendria lastima de sus semejantes, compadecería sus extravios, y trataría de desenganarlos, sin irritarse contra ellos, ni insultarlos en su desgracia. Efectivamente, ¿que derecho tiene nadie para aborrecer ni despreciar á los

hombres? ¿De donde, sino de sus malas instituciones, provienen sus preocupaciones, sus debilidades, sus vicios y sus pasiones? ¿Bastante castigados se ven por una infinidad de males que llueven sobre ellos! Los despotas mismos, que oprimen á los demas, se ven tambien oprimidos hasta el último extremo por sus inquietudes y desconfianzas ¿Donde se hallará un picaro que goze de alguna tranquilidad? Las naciones enteras sufren por sus preocupaciones y locuras; la ignorancia de sus gefes, y el aborrecimiento en que tienen la razon y la verdad, reciben su castigo con la debilidad y la ruina de las naciones que gobiernan. En una palabra, el que siga este sistema gemirá de ver la necesidad ejercer á cada momento sus sentencias sobre los mortales, sin que estos quieran, ni reconocer su poder, ni apercibir la mano de quien reciben su castigo; pero se convencerá que la ignorancia es necesaria, que de esta nace la credulidad, que la esclavitud es la consecuencia indudable de la ignorancia credula, que la corrupcion de las costumbres proviene de la esclavitud, y finalmente que la desgracia de la sociedad y de sus miembros, dimanen únicamente de su corrupcion.

De modo que el hombre que tenga estas ideas no será ni un misántropo incomodo, ni un

ciudadano indómito; al contrario perdonará fácilmente á sus hermanos los extravíos que su naturaleza viciada les ha hecho cometer; les consolara, animara, y sacara de su error, y jamas les reprehenderia, con una amargura que es mas capaz de ensoberbecerles que de hacerles volver á la razon. Un hombre así, es incapaz de turbar la tranquilidad pública, ni de levantar los pueblos contra la autoridad soberana; verá que la perversidad y la ceguedad en que se hallan tantos soberanos, no proviene mas que de tanta lisonja como han recibido en su niñez, de la malicia de los que les rodean y corrompen para aprovecharse de su debilidad, y en fin que todo proviene de la ignorancia en que se hallan de sus verdaderos intereses.

El fatalista no puede vanagloriarse, ni de sus talentos, ni de sus virtudes, porque sabe que ambas calidades provienen de su organizacion natural, modificada de un modo totalmente independiente de su voluntad. Tampoco tendrá ni rabia ni desprecio, para con aquellos que, ó la naturaleza ó las circunstancias, no han favorecido como á él; de modo que el fatalista, mas que ningun otro, debe ser humilde y modesto por principios, pues que no puede menos de confesarse á sí mismo, que no posee mas que lo que le han dado.

En una palabra, para aquel que la experiencia ha convencido de la necesidad de las cosas, todo inclina á la indulgencia. Por consiguiente se apercibe con sentimiento que es de la esencia de una sociedad mal constituida, mal gobernada, sujeta á preocupaciones y á los usos mas insensatos, degradada por el despotismo, corrompida con el lujo, y llena de las opiniones mas erroneas, el llenarse de ciudadanos viciosos é inconstantes, viles esclavos que se felicitan de las cadenas que les oprimen, de ambiciosos que no tienen la menor idea de lo que es la verdadera gloria, y en fin de avaros, pródigos, fanáticos, y libertinos. Convencido de la union necesaria de las cosas, no se asombrará al ver la pereza ó la opresion, llenar de desesperacion las campiñas, de verlas despobladas por las guerras mas sangrientas, empobrecidas por las contribuciones, y en fin que todos estos excesos reunidos hagan que las naciones no consistan mas que en unos hombres sin felicidad, sin luces, sin costumbres y sin virtud. En todo esto no verá mas que la accion y la reaccion necesaria de lo fisico sobre lo moral, y de lo moral sobre lo fisico. En una palabra, todo hombre que reconoce la fatalidad, se convencerá que una nacion mal gobernada es como un suelo que abunda en plantas venenosas, y que crecen en

tal abundancia que se aprietan y se dañan unas á otras. Solo en un terreno cultivado por las manos de un Licurgo se ven los ciudadanos intrepidos, activos, desinteresados, y enemigos de todo placer; en igual que un Tiberio no producirá mas que bribones, almas bajas, delatores y traidores. El suelo y las circunstancias en que los hombres se encuentran, son lo que les hace útiles ó dañosos: el sabio evita los unos como aquellos reptiles cuyo instinto es de morder y de comunicar su veneno, mientras que ama á los otros, como á aquellos frutos deliciosos que tanto agradan su paladar; mira al malo sin ira; pero estima á los corazones bienhechores; sabe muy bien que el arbol que decae por falta de cultura, en un terreno arido, desierto y arenoso que le ha hecho disforme y torcido, hubiera tal vez dado los frutos mas deliciosos, si hubiese sido colocado en un terreno mas fertil, donde hubiese podido gozar de los cuidados de un cultivador.

Nadie puede decir que el reducir las acciones del hombre á un puro mecánismo es degradarle, ni que se le envilece comparándole á un arbol ó á una simple vegetacion; el filósofo despreocupado no entiende este modo de hablar, inventado por la ignorancia de lo que constituye la verdadera nobleza del hom-

bre. Un árbol es un objeto que en su especie goza de lo útil y agradable; merece nuestro afecto cuando nos ofrece su fruto delicioso, ó que nos presta la frescura de su sombra. Toda máquina verdaderamente útil es preciosa, y vuelvo á repetir y á afirmar que el hombre de bien virtuoso y sabio, es para la sociedad lo que es un árbol que les regala con su fruta y con su sombra. El hombre de bien es una máquina cuyos resortes estan todos dispuestos de un modo capaz de llenar sus funciones, de un modo que debe agradar. Lejos de no conocer esto, me vanaglorio yo mismo de ser una máquina de esta especie, y mi corazón saltaría de alegría si pudiese prever que algún día el fruto de mis reflexiones será consolador y agradable á mis semejantes.

¿Y que es la misma naturaleza, sino una vasta máquina, y nuestra especie uno de sus mas debiles resortes? Nada hay ni puede haber de vil en sus producciones, y todos los seres que salen de sus manos, con tal que cooperen para el bien y el orden de la esfera en que deben de obrar, son buenos, sublimes y nobles. De cualquiera naturaleza que el alma sea, ya sea mortal, ó ya un espíritu puro é inmortal, siempre será grande, noble y sublime en unos hombres como Sócrates, Aristides y Catón; y al contrario en un Claudio, Seiano, Neron, y en

otros aparecerá formada de barro. Admiraré su energía y su brillo en Corneille, Newton y Montesquieu, y gemiré de su bajeza cuando veo esos hombres envilecidos que inciensan la tiranía, ó que se arrastran vergonzosamente á los pies de la supersticion.

Todo cuanto hasta ahora se ha dicho en esta obra, demuestra claramente que todo es necesario, y que, con relacion á la naturaleza en que cada ser no hace mas que seguir las leyes que le han sido dadas, todo está en su orden; su plan ha sido que ciertas tierras produjesen los frutos mas deliciosos, mientras que otras no debien producir mas que espinas y vegetales dañosos; como tambien que algunas sociedades produjesen sabios, héroes, y hombres grandes de toda especie, en igual que otras no debieron producir mas que hombres bajos, sin energía y sin virtud. Las borrascas, tempestades, vientos, enfermedades, guerras, pestes, y la muerte, son tan necesarias para sus miras, como el calor vivificante del sol, la serenidad del ayre, las lluvias del primavera, las sazones fertiles, la salud, la paz y la vida: El vicio y la virtud, las tinieblas y la luz, la ignorancia y la ciencia, son igualmente necesarios: los unos son males y los otros bienes, solo para algunos seres particulares, á quien favorecen ó dañan, de modo que el gran todo

puede encerrar en sí algunos desgraciados; pero no puede de ningún modo serlo el mismo.

Así es que la naturaleza distribuye con la misma mano, lo que llamamos *orden y desorden, placer y pena*, ó por mejor decir, la necesidad de su ser, hace que derrame el bien y el mal en el mundo que habitamos: pero esto no quiere decir que tenga ni bondad ni malicia, y no nos debemos imaginar que, ni nuestros gritos ni suplicas, son capaces de parar su fuerza siempre activa. No hay mas que someternos á nuestra suerte, y cuando tenemos algun sentimiento, debemos dejarnos de las tonterias que nos representa nuestra imaginacion, y contentémonos con hacer por encontrar en la misma naturaleza el remedio que nos ofrece para los males que nos causa. Las plantas que cria en su seno pueden servir para curar las enfermedades que nos envia, y la experiencia y la verdad nos sirven de antidotos contra los funestos efectos del error. Si sufre el que la raza humana gima tanto tiempo bajo el peso de sus vicios y locuras, á lo menos le dá la virtud como el mejor remedio contra estos males; y si los males que algunas sociedades sufren son necesarios, no hay mas que esperar, y cuando hayan llegado á su colmo, ellas mismas tendrán que buscar un remedio contra ellos. Y si

esta naturaleza ha hecho insoportable la existencia de algunos seres, que parece haber formado para ser sus víctimas, no tienen mas que recurrir á la muerte, que es el termino seguro de sus males.

No la acusemos pues de ser inexorable; todo al contrario, no nos envia ningun mal sin facilitarnos los medios de curarle, siempre que tengamos bastante valor para tomarlos: nunca se aparta de las leyes generales y necesarias; el mal fisico y el moral no provienen de su maldad, sino de la necesidad de las cosas. El mal fisico es un desarreglo producido en nuestros órganos por las causas fisicas que vemos obrar, y el moral es el que ha sido producido en nosotros por unas causas que no conocemos. Estas causas acaban siempre por producir los efectos mas sensibles para nuestros sentidos, y el pensamiento y la voluntad de los hombres no se conocen sino por los efectos que producen, tanto en ellos mismos, como en todos los demas seres capaces de tener algun sentimiento. Sufrimos algunas veces porque la esencia de ciertos seres es de turbar la economia de nuestra máquina, y solo gozamos por las propiedades análogas á nuestro modo de existir que otros tienen: nacemos porque la naturaleza de algunas materias hace que se convinen de un modo determinado;

vivimos, obramos y pensamos solo porque la esencia de ciertas combinaciones es de mantenerse en su existencia por un cierto espacio; y morimos porque una ley necesaria é invariable hace que nada pueda ser eterno. De aquí resulta evidentemente que la naturaleza es imparcial con todas sus producciones, y que no hace mas que someternos, como á todos los demas seres, á una ley que no admite excepcion; pues si esto se verificase un solo instante, perderia su harmonia para siempre.

Solo aquellos que estudian la naturaleza, guiados por la experiencia, pueden llegar á adivinar sus secretos, y desenredar la trama imperceptible que fabrica para ejecutar sus fenómenos: la experiencia es la sola que puede hacernos descubrir las propiedades y modos de obrar que fueron desconocidos á nuestros antepasados. Los milagros y las maravillas de nuestros abuelos, no son para nosotros mas que los efectos mas simples. A puro estudiar la naturaleza se han llegado á conocer las causas de los temblores de tierra, del movimiento periódico del mar, de los fuegos subterranos, de los metéoros, que tanto asombraban nuestros antepasados, y que aun en el dia, el vulgo toma por una señal del furor del cielo.

No hay ninguna duda que á fuerza de recti-

ficar nuestras experiencias, la posteridad llegará á conocer los efectos mas desconocidos de nosotros. Los esfuerzos reunidos del género humano llegarán sin duda á penetrar hasta en el santuario de la naturaleza, y á descubrir los misterios que hasta ahora nos ha ocultado. Cuando consideramos el hombre bajo su verdadero aspecto, y que abandonamos la autoridad por no seguir mas que la experiencia y la razon, vemos que los fenómenos del mundo moral son los mismos que los del fisico, y que la mayor parte de los efectos considerados por la ignorancia como maravillosos é inexplicables, son en sí muy sencillos y naturales. Veremos tambien que tanto la erupcion de un *volcan*, como el nacimiento de un *Tamerlan*, son de muy poca monta para la naturaleza, y que si queremos buscar las primitivas causas de los acontecimientos que vemos con asombro operarse sobre la tierra, como son las revoluciones terribles y las horrorosas convulsiones que desgarran y destruyen las naciones, nos convenceremos que las voluntades que operan en este mundo estas mudanzas extraordinarias, provienen en su principio de unas causas físicas, cuya pequeñez nos las hace juzgar despreciables, y poco capaces de producir los fenómenos que tanto nos asombran.

Si por los efectos juzgamos las causas, ninguna habrá en el universo ; en una naturaleza en que todo está unido, en que todo se mueve y se altera, se compone y se descompone, se forma y se destruye, no puede haber un solo átomo que no haga un papel importante y necesario; y enfin, no hay partícula, por imperceptible que sea, que, hallandose en las circunstancias que la convienen, no opere los mas poderosos efectos. Si fuésemos capaces de seguir la cadena eterna que une las causas con sus efectos, sin perder de vista ninguno de sus eslabones, y si pudiesemos descubrir las puntas insensibles de los hilos que causan las pasiones de esos hombres que por sus acciones adquieren el renombre de poderosos; veriamos que no son mas que unos simples átomos ó palancas de que la naturaleza se sirve para mover el mundo moral : lo mismo sucede con el encuentro inopinado, pero necesario, de estas partículas ocultas, su agregacion, su combinacion, su proporcion, y la fermentacion que, modificando el hombre, poco á poco hacen sin que él lo sepa que piense, que quiera, y que obre de un modo determinado y necesario; y si por casualidad sus voluntades ó sus acciones tuviesen alguna influencia sobre los demas hombres, ya tenemos el mundo moral en la mas terrible combustion. La bilis exáltada de

un fanático, la sangre demasiado ardiente de un conquistador, la poca facilidad de la digestion en el estómago de un monarca, y hasta el capricho de una muger, son causas mas que suficientes para encender una guerra, para hacer degollar millones de hombres, para demoler muchas murallas, para hacer cenizas las ciudades, para poner las naciones enteras en el luto y la miseria, para suscitar la hambre y la peste, y para propagar durante muchos siglos la desolacion y las calamidades sobre la superficie de la tierra.

Las pasiones de un solo individuo, cuando dispone de las de sus semejantes, son capaces de reunir y decidir sus voluntades de un modo suficiente para trastornar toda la tierra. Este fué el modo con que el Arabe mas ambicioso, mas picaro, y mas lujurioso, dió á sus compatriotas un impulso que tuvo por efecto el desolar los payses vastos de Asia, Africa y Europa; como tambien de cambiar el sistema y las opiniones de la mayor parte de los habitantes de este mundo. Pero subiendo al margen primitivo de estas revoluciones, veamos cuales fueron las causas ocultas que influyeron sobre este hombre, que excitaron sus pasiones, y constituyeron su temperamento; cuales fueron las materias de cuya combinacion pudo resultar un lujurioso, un picaro, un ambi-

cioso, un entusiasta, en una palabra, un hombre capaz de influir sobre sus semejantes, y de hacerles seguir sus miras. Todo esto proviene de las partículas insensibles de su sangre, del tegido imperceptible de sus fibras, de las sales mas ó menos acres que pican sus nervios, y finalmente de la mayor ó menor cantidad de materia ignea que circula en sus venas. Pero, ¿de donde nacen todos estos elementos? del seno de su madre, de los alimentos que le han nutrido, del clima en que ha nacido, de las ideas que ha recibido, y del ayre que ha respirado, sin contar mil causas inapreciables y pasajeras que han modificado y determinado este hombre importante, que vemos capaz de cambiar la superficie del globo.

Si á causas tan débiles en su principio se hubiesen opuesto los menores obstáculos, se las hubiera exterminado totalmente; un poco de calentura, causada por una simple inflamacion de la bilis, hubiera bastado para hacer abortar los grandes proyectos del legislador de los Musulmanes; y por otra parte, un poco de dieta, un baso de agua fria, y una sangría hubieran sido suficientes para salvar toda una nacion.

Lo que nos demuestra que la suerte del género humano, como la de cada individuo, de-

pende á cada instante de las causas mas insensibles, desenvueltas y puestas en accion por las circunstancias mas extravagantes, y nosotros atribuimos siempre sus efectos á la casualidad, en vez de que son todos regulados por las causas mas invariables y seguras. Esto lo hacemos, porque casi nunca tenemos ni el talento ni la buena fé que se necesitan para llegar á los verdaderos principios, y tambien porque consideramos unos móviles tan débiles como incapaces de producir efectos tan poderosos. No obstante, estos móviles y estos resortes tan endebles, puestos en las manos de la naturaleza, bastan para conmover todo el universo. Nada hay de mas extraordinario en las conquistas de un Gengis-kan, que en la explosion de una mina causada en su principio por una chispa, que empieza por pegar fuego á un solo grano de pólvora, y que comunicado á otros varios millares de ella, llegan á componer una fuerza capaz de hacer saltar las murallas, las ciudades y hasta las montañas.

De modo que la suerte del género humano y la de cada hombre no depende mas que de las causas insensibles, ocultas en el seno de la naturaleza, hasta que encuentran medio de desplegarse. La felicidad ó la desgracia, la prosperidad ó la miseria de cada uno de nosotros, y de naciones enteras, depende de

una fuerza de que nos es el imposible precaver, apreciar ó detener la accion. ¿Quién sabe si en el momento en que hablamos, no se estan combinando unas partículas imperceptibles cuyo conjunto llegará á formar un soberano destructor del Universo? Nosotros mismos no podemos responder un momento de nuestra suerte, porque no conocemos ni lo que pasa en nosotros mismos, ni las causas que obran en nuestro interior, ni las circunstancias que las darán su accion, y que desenvolverán su energía, á pesar de lo cual la suerte de toda nuestra vida no depende mas que de ellas. ¿Cuántas veces sucede que un hallazgo imprevisto enciende en nuestra alma una pasion, cuyas consecuencias influyen necesariamente sobre nuestra felicidad? Este es el modo con que el hombre mas virtuoso puede, por la combinacion bizarra de las circunstancias mas inopinadas, volverse el mas criminal.

Esta verdad es sin duda terrible; pero, ¿como ha de serlo mas, que la que nos enseña que esta vida, que tanto amamos, puede perderse en un instante por una infinidad de accidentes tan irremediables como imprevistos? El fatalismo solo puede hacer que el hombre de bien muera con satisfaccion, porque le hace considerar la muerte como el medio mas seguro para evitar toda maldad, y aun enseña

al hombre dichoso á desearla, como un medio de evitar las desgracias que generalmente envenenan la vida mas dichosa.

Sometámonos pues á la necesidad, resignémonos á la naturaleza, aceptemos los bienes que nos presenta, y opóngamos á los males necesarios que nos hace sentir los remedios que nos concede. No turbemos nuestro entendimiento con inquietudes inútiles; gozemos con medida porque el dolor acompaña siempre al exceso; sigamos siempre el sendero de la virtud, porque todo nos prueba que, hasta en este mundo tan perverso, es necesaria para hacernos amar de nuestros semejantes, y contentos de nosotros mismos.

¿Como es posible que el hombre sea tan vano que quiera ser libre, y que no vea los hilos que le atan? ¿como es posible que no conozca que es formado por unos átomos, que estos le moven, y que unas circunstancias independientes de él, son las que deciden de su suerte? ¿Como puede creerse él solo, capaz de resistir á los decretos de la naturaleza poderosa que le rodea? y enfin ¿como puede figurarse que sus débiles quejas serán capaces de detener su marcha eterna, ni de cambiar su curso?

CAPITULO XIII.

DE LA IMMORTALIDAD DEL ALMA , DEL
DOGMA DE LA VIDA FUTURA, DEL TE-
MOR DE LA MUERTE.

Las reflexiones hechas en el curso de esta obra, sirven para hacernos ver claramente lo que debemos pensar del alma humana, como tambien de sus operaciones y facultades. Todo nos prueba que obra como los demas seres de la naturaleza, que no puede ser distinguida del cuerpo, que nace, crece y se modifica con él, y enfin todo debe convencernos que perece al mismo tiempo. Tanto el alma como el cuerpo pasan por un estado de debilidad, desde el cual empiezan sus experiencias, y se forma un sistema de conducta que sirve para hacerla obrar de un modo de que resulta su felicidad ó su desgracia, sus virtudes ó sus vicios. Llegada con el cuerpo á su madurez, no cesa un instante de sentir las

mismas sensaciones, las mismas penas y los mismos placeres, y por consiguiente es capaz de aprobar ó desaprobar su estado de estar sana ó mala, activa ó perezosa, despierta ó dormida. El hombre en su vejez se muda enteramente, sus nervios se resfrían, su vista se turba, sus oídos se endurecen, sus ideas se pierden, su memoria desaparece, y su imaginación se adormece; luego, ¿en donde está su alma? adormecida al mismo tiempo que su cuerpo, se ha resfriado con él, y no llena sus funciones mas que con el mayor trabajo; ¡y luego, querrán decir, que es diferente de el cuerpo!

A pesar de unas pruebas tan convincentes de la materialidad del alma y de su identidad con el cuerpo, no han faltado especuladores que hayan dicho que, aunque este es mortal, el alma no lo es, y que goza del privilegio especial de ser inmortal, ó exenta de la disolución, y de los cambios de formas que tienen todos los cuerpos que la naturaleza ha compuesto. La consecuencia de este razonamiento es que se han llegado á persuadir que el alma no moría. Sobre todo, para los que la suponen espiritual, su inmortalidad no admite replica, y despues de haberla hecho un ser diferente de todo cuanto conocemos, se atreven á sostener que no está sometida á las leyes que

rigen todos los demas seres, que la experiencia nos demuestra estar sujetos á una descomposicion continua.

Viendo los hombres que existía dentro de ellos una fuerza oculta que dirigia y producía el movimiento en su mecánica, creyeron que la naturaleza entera, de quien ignoraban la energía y el modo de obrar, debía sus movimientos á un agente análogo á su alma, que tenía el mismo poder sobre su máquina, que el que el alma tenía sobre el cuerpo. Como el hombre se creyó doble ó compuesto, se le figuró que la naturaleza lo era igualmente, y por consiguiente hizo una diferencia entre ella y su energía, separándola de su motor, á quien llegó á hacer espiritual. Este ser distinguido de la naturaleza fué considerado como el alma del mundo, y las almas de los hombres como unas partículas emanadas de esta alma universal. La opinion de este origen de las almas goza de la mayor antigüedad, pues que los Egipcios, los Caldeos, los Hebreos, y la mayor parte de los sabios de oriente la tuvieron. (1) Fereci-

(1) El mismo Moyses parece haber creído como los Egipcios en la emanacion divina de las almas. Segun él, Dios formó el hombre de la substancia de la tierra, y habiendo infundido en él un soplo de vida, el barro

des, Pitágoras y Platon se imbuyeron en estas escuelas de una doctrina que tanto lisongea la vanidad de los mortales. Esta ha sido la causa de que el hombre se crea una porcion de la divinidad; pero las religiones inventadas en lo sucesivo tuvieron que renunciar á estas ventajas incompatibles con sus sistemas, y sostubieron que el soberano de la naturaleza no nos hacia participes de su alma, solo si que en virtud de su poder creaba las almas al mismo tiempo que los cuerpos, y que estas por un privilegio extraordinario gozaban de la inmortalidad.

llegó á vivir, y fué animado. Véase el Génesis, cap. 2, v. 7. No obstante los cristianos del dia reprueban el sistema de la emanacion divina, alegando que en este caso la divinidad seria divisible, ademas que, siendo preciso para su religion el que haya un infierno en que las almas condenadas reciban su castigo, hubiera sido necesario el condenar una parte de la divinidad al mismo tiempo que las almas de las victimas sacrificadas á su venganza. Aun que, por las palabras que acabamos de citar, parece que Moyses consideraba el alma como una porcion de la divinidad, ninguno de sus libros trata de este sistema. Lo mas cierto es que, los Judios aprehendieron el dogma de recompensas y de castigos, enseñado entonces por Zoroastro, durante el tiempo de su captividad en Babilonia; pero esto fué ignorado por el legislador hebreo quien no lo enseñó á su pueblo.

Sean cuales fuesen las ideas sobre el origen de las almas, lo cierto es, que hasta los mismos que las han considerado como emanadas de Dios, han creído que despues de haber perdido el cuerpo en que estaban encerradas, volvian á su primer origen. Pero los que han adoptado la opinion de la emanacion Divina, de la espiritualidad y de la inmortalidad, tuvieron que imaginar algun lugar á que pudiesen ir á parar estas almas, y que conviniese á sus temores, sus deseos y sus preocupaciones.

No hay cosa mas popular que el dogma de la inmortalidad del alma, ni mas universal que la esperanza de la otra vida. Esto provino del deseo natural que todo hombre tiene de conservar su existencia, de que este deseo llega á convertirse en una certeza, y de que la naturaleza dá á todos el deseo de existir eternamente. *Nuestra alma*, dice Abadia, *no puede sentir inutilmente, al contrario, es muy natural el que desee vivir eternamente*; á lo que añade con un razonamiento muy extraordinario, que su deseo no puede menos de ser acomplido. (1) Estas opiniones han sido

(1) Ciceron tambien habia dicho: *Naturam ipsam de immortalitate animarum tacitam judicare; nescio quo modo inheret in mentibus quasi sæculorum quod-*

las que han hecho, que los hombres reciban con tanto gusto unos sistemas tan conformes á sus deseos. Guardemonos no obstante de creer sobre natural el deseo de existir que formó y formará siempre la esencia del hombre, y no nos asombremos al ver la precipitacion con que fué recibida una hipótesis que lisongeaba su deeso; pero evitemos el que este deseo sea una prueba indudable de la realidad de esta vida futura en que los hombres fundan toda su dicha. Nuestra pasion de existir proviene de la inclinacion que un ser sensible tiene para conservarse. Esta pasion es siempre en el hombre, conforme á la energia de su alma y á la fuerza de su imaginacion. Cada cual desea el mantener su vida, y su deseo es frustrado. Luego ¿porque el que tiene por su alma no lo seria tambien? (1)

dam augurium. Permanere animam arbitramur consensu nationum omnium. Hé aqui la idea de la inmortalidad de alma, considerada como innata. No obstante, el mismo Ciceron considera á Ferecides como el inventor de este dogma. (*Tusculan. Disput. lib. 1.*)

(1) Los partidarios del dogma de la inmortalidad dicen: *Todos los hombres desean vivir eternamente; por consiguiente viviran.* Pero á esto se les podrá decir: todo hombre desea naturalmente ser rico; por consiguiente lo será.

La reflexion mas simple sobre la naturaleza de nuestra alma bastará para convencernos que su inmortalidad no es mas que una ilusion. Efectivamente ¿ que puede ser nuestra alma mas que un mero principio de sensibilidad ? ¿ el gozar y el sufrir mas que el sentir ? ¿ que es la vida mas que el conjunto de estas modificaciones ó movimientos propios de un ser organizado ? Luego es evidente, que de que el cuerpo deja de existir, toda sensibilidad cesa, como tambien toda idea, y por consiguiente el pensamiento. Si, como se ha demostrado ya, las ideas no pueden venirnos mas que por los sentidos, ¿ como es posible que podamos, privados de estos, tener ninguna sensacion, perception ni idea ? Pues que el alma es un ser distinto del cuerpo, ¿ porque la vida no lo será tambien ? La vida es la suma de los movimientos de todo el cuerpo ; el sentimiento y el pensamiento constituyen parte de él ; luego en un hombre muerto, estos movimientos cesarán como todos los demas.

Y en efecto ¿ hay cosa mas ridicula que la de querer pretender que esta alma, que no puede sentir, pensar, querer y obrar, mas que por medio de sus órganos, pueda tener ni dolor ni placer, ni aun el conocimiento de su existencia, cuando dichos órganos hayan cesado de existir ? ¿ Hay cosa mas evidente que la de

que el alma depende del arreglo de las partes del cuerpo, y del orden con que estas partes hacen su deber? de modo que, si se destruye la organizacion de este, la del alma lo será tambien. ¿ Todo el curso de nuestra vida no nos prueba que el alma se altera, se desarregla y se turba segun la mudanza de nuestros órganos? ; y querrán que esta alma, obre, piense y subsista, despues que hayan desaparecido estos !

Un ser puede compararse á un reloj, que, si se llega á descomponer, no puede ejecutar el uso para que fué hecho. El decir que el alma sentirá, pensará y sufrirá despues de la muerte del cuerpo, es como si dijeseamos que un reloj hecho pedazos puede seguir dando las horas. Los que nos dicen que el alma puede subsistir despues de la destruccion del cuerpo, no dejarán de decir tambien, que su modificacion puede hacerse aun despues de haber cesado de existir , lo que seria la cosa mas absurda.

No faltarán algunos que nos digan , que el poder divino es capaz de hacer que el alma subsista sin el cuerpo ; pero esto no es una prueba. El poder divino, cualquiera que sea, no puede hacer que una cosa exista y no exista al mismo tiempo, ni el que una alma

piense y sienta sin los intermedios necesarios para ello.

Que no nos digan pues, que el dogma de la inmortalidad del alma no ataca nuestra razon : semejantes nociones no pueden servir mas que para acariciar la imaginacion del vulgo , pero de ningun modo para un entendimiento sano é ilustrado. La razon , exenta de preocupaciones, no puede admitir el que un alma pueda sentir, pensar, afligirse, regocijarse, y tener ideas, sin que tenga órganos que, son los solos medios conocidos y capaces de darla sus percepciones. Pero si se nos dijese que puede haber algunos medios sobre naturales y desconocidos, responderemos que estos medios no pueden ser conocidos mas por ellos que por nosotros. A lo menos es muy evidente, que todos los que no admiten las ideas innatas, no pueden sin contravenir á sus principios, admitir el dogma de la inmortalidad.

A pesar de los consuelos que tantas gentes hallan en la existencia de una vida eterna , y de la persuasion en que muchos dicen estar de la inmortalidad de su alma, no hay ninguno que no tiemble á la idea de la disolucion de su cuerpo ; lo que nos prueba evidentemente, que lo cierto y lo presente es

siempre mas agradable que lo incierto y lo venidero. Efectivamente, á pesar de la conviccion que algunos hombres religiosos tienen de la felicidad de que han de gozar en la otra vida, no por eso dejan de tener las mayores inquietudes en el momento de entrar en ella. La muerte ha sido siempre, para los que se llaman mortales, la perspectiva mas horrosa, como un fenómeno extraordinario y opuesto á la naturaleza, y como el efecto de la venganza celeste, y el pago del pecado. A pesar de que todo nos demuestra lo inevitable que es, nunca se han podido familiarizar con ella, y la inmortalidad de su alma no ha podido nunca sosegarles. Dos causas han contribuido á fortificar sus alarmas; la una fué, que esta muerte acompañada de dolores les arrebató una existencia que conocian, y á que estaban acostumbrados; y la otra, la incertidumbre de la futura.

El ilustre Bacon es dicho *que los hombres temen la muerte por la misma razon que los muchachos temen la obscuridad.* (1) Siempre desconfiamos de lo que no conocemos, porque

(1) *Nam veluti pueri trepidant, atque omnia cæcis
In tenebris metuunt; sic nos in luce timemus
Interdum, nihilo quæ sunt metuenda magis.*

Lucretius, lib. 3, v. 87, y los que siguen.

queremos guardarnos de lo que nos puede hacer mal, y buscar lo que nos puede ser útil. El hombre existente no puede formarse una idea de lo que no existe, y por consiguiente trata de hacerse una experiencia en su imaginacion; y acostumbrado á pensar, á sentir y á gozar de la sociedad, no vé mayor desgracia que la de una disolucion que le privará de unos objetos y de las sensaciones que la naturaleza le ha hecho indispensables. Y aun cuando quiera suponer que su vida futura será exenta de todo mal, no por eso podrá menos de considerarla como un abandono total, una soledad y unas tinieblas de las que no puede esperar ninguna salida. Un sueño profundo basta para darnos una idea verdadera de la nada: en él nada deseamos: el universo ha desaparecido para nosotros, y nosotros para él. La muerte es un verdadero sueño. Si el hombre se hiciese una idea verdadera de la muerte, no la temeria, pero el caso es, que no se puede figurar un estado en que cese de existir, y que cree que, aun despues de su muerte, tendrá el conocimiento de las cosas que tan tristes y lugubres le parecen al presente. Su imaginacion se emplea en la idea de su entierro, en su sepulcro y en los cantos lastimeros con que le acompañarán á su última morada; y tiene la tontería de

persuadirse que todos estos objetos le afectarán del mismo modo despues de su muerte que lo hacen ahora. (1)

El temor es el que causa la infelicidad de los mortales, porque les impide el entender que despues de su muerte cesarán de sentir, de temer, y de ser testigos de la escena que tanto horror les eausa durante su vida; que no tendrán nada mas que hacer con este mundo, y que hasta sus mismas cenizas les serán indiferentes. Morir es cesar de pensar y de sentir, de gozar y de sufrir. Las ideas perecen con la vida, y no hay sentimiento que pase de la sepultura. Debemos pensar en la muerte, no para alimentar nuestra melancolia, sino para prepararnos para su venida, y perder los temores que nos amedrentan.

El terror que nos inspira la muerte no es mas que una simple ilusion, siempre que la consideremos como ella es en sí. Un hombre grande ha dicho, *que la filosofia era la meditacion de la muerte* (2). Por esto no quiere

(1) *Nec videt in verâ nullum fore morte alium Se
Qui possit vivus sibi Se lugere peremptum,
Stansque jacentem, nec lacerari urive dolore.*

(Lucretius, lib.3, v. 898 y seguidz.)

(2) *Μετρε τῆ θανάτῃ.* Lucano dice:
Scire mori est sors prima viris.

decir que nos debemos ocupar tristemente de nuestro fin; todo al contrario que nos familiarizemos con un objeto que la naturaleza nos ha hecho necesario, en el fin de esperarle con rostro sereno. Si la vida es un bien, y si debemos amarla, no por eso podemos excusarnos de dejarla, y la razon natural debe enseñarnos á resignarnos á los decretos del hado. Nuestro bien estar exige que contraigamos la costumbre de contemplar con frialdad este caso, y que no envenenemos con nuestros temores ridículos una vida que puede aun tener algunos encantos para nosotros. La razon y nuestro interes concurren contra los terrores que la imaginacion nos inspira; si tanto temor nos causa es porque no la conocemos, ó porque la hemos visto desfigurada por la supersticion. Despojemos pues la muerte de estas vanas ilusiones, y la veremos como un sueño del cual no debemos nunca despertar. El morir es como el dormir, ó por mejor decir, es el entrar en el estado de insensibilidad en que nos hallabamos antes de nacer. Unas leyes tan necesarias, como las que nos han hecho nacer, nos haran volver á entrar en el seno de la naturaleza, hasta que podamos salir bajo una nueva forma; salimos al rango de los seres organizados sin nuestro consentimiento, y del mismo modo saldremos de él para ocupar otro.

No hay que quejarnos de su crueldad, pues que no hace mas que hacernos pasar por lo que todos los demas seres pasan. (1) Pues que todo nace y perece; que todo se destruye, y que el nacimiento de un hombre no es mas que el primer paso hácia su fin, ¿ como se puede jamas figurar que seria una excepcion de esta regla, que quiere que hasta la tierra solida que habitamos se cambie y que tal vez desaparezca enteramente? ; Y un debil mortal quisiera que la naturaleza cambiase su curso en su favor! ¿ porque no examina esos cometas excéntricos que se presentan á su vista, y que tan claramente le demuestran que hasta los mismos astros estan sujetos á la disolucion? que viva tranquilo mientras que la naturaleza se lo permite, y que muera sin terror si tiene bastante talento para ello.

A pesar de la simplicidad de estas reflexiones, no hay cosa mas difícil que la de encontrar á un hombre capaz de recibir la muerte con tranquilidad; el sabio mismo la vé llegar con espanto, y necesita de todo su entendi-

(1) *Quid de rerum naturá querimur? illa se benè gessit. Vitá si scis uti, longa est.* Véase Seneca, *de Breuitate vitæ*. Todo el mundo se queja de la brevedad de la vida y de la rapidez del tiempo, y no obstante, los hombres no saben que hacer ni de lo uno ni de lo otro.

miento para esperarla con serenidad. No tenemos pues que extrañar que su idea sea tan terrible para el vulgo ; el joven la teme, el anciano , á pesar de sus achaques, la recibe con horror, aun mucho mas que el joven , porque su entendimiento es mas debil y goza de menos energía : enfin, el enfermo devorado de tormentos, y el desgraciado lleno de miseria, se atreven rara vez á tener recuerdo de ella, aunque debian mirarla como el termino de sus males.

Si queremos saber la causa de esta pusilanimidad, no tenemos mas que buscarla en la naturaleza, que tanto nos hace amar la vida , y en la energía de nuestra alma que, lejos de fortificar, no hace mas que debilitarnos. Todas nuestras instituciones conspiran para hacernos considerar la muerte como el termino mas terrible y mas acerbo. Efectivamente la supersticion nos la demuestra como un instante horroroso, que no tan solo acaba con nuestros placeres, sino que nos entrega sin defensa á la crueldad inaudita de un ser sin misericordia, que nos dicen que el hombre mas virtuoso no está seguro de agradarle, que debe temblar de su severidad y de los suplicios horrorosos que tiene en reserva para las vietimas de su capricho, para las que han tenido algunas debilidades involuntarias, ó come-

tido algunas faltas necesarias que han encendido su furor. Este tirano implacable se vengará de sus flaquezas, de sus delitos momentáneos, de las inclinaciones que ha dado á su corazón, y de las opiniones, ideas y pasiones que la sociedad en que les habia puesto les ha dado. Sobre todo no les perdonará nunca el haber desconocido un ser incomprehensible, el haberse atrevido á seguir su opinion y el haber rehusado el escuchar los guias entusiastas ó hipócritas, y sobre todo el haberse atrevido á consultar la razon, á pesar de que les fué dada para regular la conducta de su vida.

Tales son las ideas afflictivas que la religion impone á sus desgraciados y credulos sectarios; tales son los temores que los tiranos de los hombres nos demuestran como saludables, a pesar del poco efecto que tienen sobre los que se dicen firmes creyentes de esta fé, y que la oponen á todos los desarreglos y vicios de los hombres, como el solo dique capaz de contenerlos. Pero, como lo veremos en breve, estos sistemas, ó por mejor decir, estas ilusiones no tienen poder alguno sobre la mayor parte de los hombres, particularmente cuando sus pasiones, sus intereses ó sus placeres, ó el ejemplo se oponen á ellos. Si en algunos obran, es solo en aquellos que no tendrian ninguna ne-

cesidad de ellos para evitar el mal y seguir el bien. Lo que hacen es, que los corazones buenos tiemblen, pero los perversos se rien de ellos; que las almas tiernas sean atormentadas sin que las endurecidas sufran; infestar los entendimientos dociles sin turbar los rebeldes. De modo que no amedrentan mas que los que ya estan amedrentados, y contienen á los que no necesitan ser contenidos.

Estas nociones no tienen ningun poder sobre los malvados, y si por casualidad lo tuviesen, no seria mas que para aumentar la maldad de su caracter, justificarla en sus mismos ojos, y darles pretextos para ejercerla sin escrupulo. Esto lo han experimentado un gran número de siglos, en los que se ha visto hasta que punto la malicia y la corrupcion pueden llegar, cuando estan cubiertas con la capa de la religion. Jamas han sido los hombres tan avaros, tan pícaros, tan crueles, tan sediciosos ni tan ambiciosos, como cuando se han imaginado que la religion se lo permitia y mandaba. Esta religion no era para ellos mas que un motor de sus pasiones naturales, y que bajo sus auspicios sagrados les permitia el ejercer toda suerte de excesos; y lo que es aun mas extraordinario, es que los hombres mas corrompidos dieron un libre curso á su

maldad y aun creyeron merecer el cielo por quien tan celosos estaban, y escapar á los castigos que sus malos hechos merecian.

Hé aquí las nociones tan saludables que la energía produce en los mortales: estas reflexiones pueden darnos las respuestas que necesitamos para los que dicen, *que si la religion prometiese el cielo tanto á los malos como á los buenos, no habria ningun incrédulo en la otra vida*. Responderemos pues que la religion no dá el cielo mas que á los malos(1), y que no hace mas que dar incremento á sus pasiones, legitimando los crímenes que sin ella no se atreverian á cometer. Y en fin los ministros, de la religion dan á los hombres mas perversos el medio de huir del castigo y de gozar de la felicidad eterna.

En punto á los incrédulos, no hay duda que puede haber entre ellos tantos malos como entre los crédulos; pero la incredulidad no supone mas maldad, que la credulidad bondad; muy al contrario, el hombre que

(1) Tales son Moyses, Samuel y David entre los Judios; Mahoma entre los Mahometanos; y entre los cristianos, Constantino, san Cirilo, san Atanasio, santo Domingo y otros tantos bandidos y celosos perseguidores que la iglesia venera; á los que pueden añadirse tambien los cruzados, los de la Liga, etc.

piensa y medita es mucho mas capaz de ser bueno, que el que se deja ciegamente guiar por las opiniones de los demas. Todo hombre sensato tiene el mayor interes en exáminar unas opiniones que le dicen ser capaces de influir sobre su felicidad eterna, y á pesar de que se convenza de que esto no es así, no por eso seguirá el curso de sus pasiones, porque sabe que ó le son dañosas, ó que pueden ser castigadas por la sociedad. El hombre que no cree que hay otra vida, se interesa mucho mas en la conservacion de la que tiene, y dá el mayor paso en favor de la felicidad, arrojando fuera de sí todo terror importuno de la muerte.

Efectivamente la supersticion se empeñó en hacer que el hombre fuese cobarde, credulo y pusilanime, se hizo un deber de afligirle y de doblar los terrores de la muerte; y, no contenta con eso, extendió sus inquietudes aun mas allá de su existencia conocida, é hizo que sus ministros, para estar mas seguros de él, inventasen otro mundo, y se reservasen el poder de hacer entrar en él á solos aquellos esclavos que ciegamente siguiesen sus consejos, asegurando que los que les fuesen rebeldes serian cruelmente castigados. Lejos de consolar los mortales, de formar su razon y de enseñarlos á recibir la necesidad, la re-

ligion en casi todos los payses se ha esforzado en hacer la muerte mas acerba, su yugo mas pesado, en acompañarla de las mas horribles fantasmas, y en hacer que su llegada fuese mucho mas terrible que ella misma. De este modo ha llenado el mundo de entusiastas y contenido algunos hombres débiles con el miedo del castigo que les esperaba, y de persuadirles que esta vida no es mas que un pasage para la otra. El dogma insensato de una vida futura les impide el pensar en su propia dicha; sus instituciones, sus leyes, su moral y sus ciencias se someten á gemir bajo la tirania política y religiosa, bajo el error y el infortunio, con la esperanza de ser algun dia mas dichosos por medio de su paciencia estúpida, creyendose bajo el poder de una divinidad cruel, que quiere que la sacrifiquen sus mas caras afecciones en este mundo. Esta idea proviene de que les han hecho considerar Dios, como el enemigo implacable del género humano, que castigará cruelmente cualquier esfuerzo que hagan para salir de sus penas. Este es el motivo por que el dogma de la vida futura ha sido el mas dañoso para la sociedad. Este dogma echó las naciones en la debilidad y la indiferencia de su bien estar, ó las precipitó en un entusiasmo furioso que las hizo despedazarse á sí mismas.

Tal vez se nos preguntará, ¿ como los hombres han llegado á formarse unas ideas tan extraordinarias del otro mundo? á esto responderemos que, aunque no tenemos una certidumbre de que no haya una suerte verdadera para nosotros, nuestras ideas futuras no provienen mas que de las que tenemos de lo pasado y de lo venidero. Hobbes dice, que creemos que lo que es será siempre, y que las mismas causas tendrán siempre los mismos efectos. (1) El hombre en su estado actual tiene dos modos distintos de pensar; el uno que aprueba, y el otro que desaprueba; pero, estando persuadido que estos deben sobrevivir á su existencia, ha hecho dos distinciones de la vida eterna; la una para la felicidad, y la otra para la desgracia; es decir, una para los amigos de su Dios, y otra destinada á vengar los ultrajes que le han sido hechos.

Este es el verdadero origen de las ideas que los hombres se han hecho de la vida futura; en todas partes vemos un Eliseo, un tártaro, un paraíso y un infierno; en

(1) Cuando nuestros razonamientos son por analogia, los fundamos siempre sobre la idea de que lo que se ha hecho se hará siempre, y que miramos como una cosa indudable el que lo que ha de suceder será como lo que ha sucedido.

una palabra, dos moradas distintas, análogas á las ideas de los hipócritas que las compusieron, para dar esperanzas y temor al pueblo. Los Indianos creían que una de estas moradas era la de la inacción, porque como habitaban un clima demasiado ardiente, consideraban la ociosidad como la felicidad suprema. Los Musulmanes la atribuyeron los placeres corporales, semejantes á los que ahora forman toda su dicha; y los cristianos, mas tontos que los demas, la atribuyeron toda especie de placeres espirituales, y una dicha de que no tenían la menor idea.

Cualquiera que fuese la naturaleza de estos placeres, los hombres conocieron que era necesario un cuerpo para que su alma pudiese gozar ó sufrir las penas que le eran reservadas. De aquí nació el dogma de la resurrección, que supone que un cuerpo que vemos podrir y disolverse se volverá á componer para poder encerrar el alma que le animaba, y poder con ella recibir los castigos que merecieron. (1) Esta opinion incomprehensible, inventada por los magos, tiene aun muchos adherentes que no

(1) El dogma de la resurrección es cuando menos inútil para aquellos que creen que el alma puede existir, gozar, pensar y sufrir despues de haber sido separada del cuerpo. Estos deben de suponer con Berckley que

la han examinado nunca á fondo; y otros, incapaces de tanta sublimidad, se han imaginado que el alma habitaria sucesivamente diferentes cuerpos de animales, y que por consiguiente no saldria nunca de la tierra. Esta fué la opinion de la metempsicosis.

En cuanto á la morada desgraciada de las almas, la imaginacion de los impostores que querian esclavizar el pueblo, se esforzó en darla la figura mas terrible. El fuego, entre todos los elementos, es el que nos causa mas terror; por consiguiente atribuyeron á la venganza de Dios este castigo. (1) Para esto nos dieron la idea de los dolores de las victimas encerradas en unos calabozos ardientes, rodando entre los torbellinos de llamas, nadando en mares de azufre y de betun, y haciendo estremecer las concavidades infernales con sus gritos y aspavientos.

Pero se me dirá: ¿ como pudieron los hombres creer en estos castigos eternos, siendo así

la alma no necesita del cuerpo para tener sensaciones é ideas. Los Malebranchistas deben suponer que una alma condenada verá el infierno en Dios mismo, y se sentirá abrasada sin tener necesidad de cuerpo.

(1) Esto es sin duda lo que hizo inventar las expiaciones por el fuego, usadas por un gran número de pue-

que la mayor parte de los mas religiosos de entre ellos no estaban seguros de sí mismos? Muchas han sido las causas que han podido hacerles adoptar semejante opinion ; han sido pocos los hombres sensatos que la hayan creido, porque su razon les indicaba que un Dios de misericordia no podia cometer semejante crueldad. (1) En segundo lugar, los pueblos, atolondrados con el temor, no se metieron jamas á indagar los dogmas que les fueron dados por sus abuelos. En tercer lugar todo hombre consideraba á lo lejos el objeto de sus terrores ; ademas que la supersticion le prometia los

blos orientales , y aun por los cristianos, por los sacerdotes del dios de paz, que tienen la crueldad de hacer perecer en las llamas todos los que no tienen su mismo modo de pensar. Este mismo delirio hacia que los magistrados condenasen al fuego los sacrilegos, blásfemos, ladrones de iglesia, y en general todos los que no hacian mal á nadie; en igual que se contentaban con castigar mucho mas dulcemente los que hacian el mayor daño á la sociedad. Este es el modo con que la religion disipa toda idea.

(1) Si, como los cristianos dicen, los tormentos venideros seran infinitos, debemos concluir que, pues que el hombre es un ser eterno, el castigo debe serlo tambien : Dios mismo, á pesar de su poder, es incapaz de hacer que los castigos sean eternos, pues que las culpas fueron de la mas corta duracion. El mismo razona.

medios de eximirse de los suplicios que creyó merecer. En fin, semejantes á estos enfermos que vemos amar la existencia mas dolorosa, el hombre prefirió siempre una vida desgraciada y conocida, á una muerte que consideró como el mayor de todos los males, ó porque no tenia ninguna idea de ella, ó porque la miraba como el conjunto de todo mal. Una cosa conocida, por mala que sea, agrada mucho mas al hombre que lo que le es desconocido, y de lo que su imaginacion no puede formarse ninguna idea.

Esto nos demuestra que la supersticion, lejos de consolar los hombres de la muerte, no hace mas que acrecentar su horror por medio de los castigos que les predice. Estos terrores son tan fuertes que los infelices que los creen pasan sus ideas en lagrimas y dolor. ¿Y que diremos de la opinion adoptada por tantas naciones que pretenden que Dios puede echarse sobre nosotros de repente como un ase-

miento puede servirnos para contradecir la felicidad del paraíso, pues es evidente que un ser que no es eterno no puede jamas formarse una idea de la eternidad; y por otro lado si Dios, como el cristianismo nos le dice, perpetúa la existencia de los condenados, perpetuará tambien la del pecado, lo que no cuadraria con el amor del orden que se le supone.

sino, y ejercer su mas terrible venganza? ¿Que idea puede haber mas capaz que esta de asustar y desanimar á los hombres, y quitarles todo deseo de mejorar su suerte? ¿Hay idea mas terrible que la de un Dios reposando sobre las ruinas del universo para juzgar á los mortales? Tales son no obstante las opiniones funestas que han regido los hombres durante tantos siglos; estas son tan peligrosas que á no ser, por una casualidad tan dichosa, harian que los hombres cayesen en la brutalidad mas vergonzosa. ¿Como pueden estas ocuparse de un mundo que amenaza ruina á cada instante? ¿como trabajar en ser dichosas, pues que la tierra no es mas que el vestibulo del reyno eterno? ¿Que hay de extraordinario en que la supersticion, que tiene semejantes dogmas por base, haya prescrito á sus sectarios una indiferencia total por las cosas de este mundo, y un renuncio completo de los placeres mas inocentes, una pusilanimidad, una debilidad de alma, una insociabilidad que les hace inútiles y aun peligrosos para los demas? Si la necesidad no hiciese que los hombres abandonasen sus sistemas insensatos; si sus necesidades no les volviesen á la razon, á pesar de su religion, el mundo entero no seria en breve, mas que un vasto desierto habitado por unos cuantos salvages

que no tendrían ánimo, ni aun para multiplicarse. ¿Que significan unas nociones que tenemos que olvidar para que la asociación humana pueda subsistir.

Sin embargo, el dogma de la vida futura y de sus recompensas y castigos, ha sido por muchos siglos mirado como el mas poderoso para retener las pasiones de los hombres, y hacerles virtuosos. Lo malo es que este dogma se ha hecho poco á poco la base de todos los sistemas políticos y religiosos, de modo que parece imposible atacarlos sin descomponer la sociedad. Los fundadores de religiones se han servido de él, para grangearse el amor de sus crédulos sectarios, y los legisladores como el freno mas capaz de retener sus vasallos bajo su yugo. Aun los mismos filósofos han creído de buena fé, que este dogma era necesario para asustar á los hombres é impedirles el seguir el crimen. (1) No se puede efectivamente dejar

(1) El dogma de la inmortalidad del alma, inventado por Platon, se extendió sobre toda la Grecia, y causó las mayores desgracias, pues que fué la causa de que muchos hombres, descontentos de su suerte, se diesen la muerte. Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto, viendo los funestos efectos que este dogma causaba sobre sus vasallos, le prohibió bajo pena de muerte. Véase el argumento del diálogo de Fedon, en la traducción hecha por M. Dacier.

de convenir, que este dogma haya sido de la mayor utilidad para los fundadores de religiones que querian hacerse sus ministros, pues que sobre él se fundaron su poder, sus riquezas, y la causa permanente de la ceguedad en que su interes pedia que se hallase el género humano. El fué el que hizo que un simple cura llegase á ser el émulo, y aun el dueño de los reyes; las naciones, por él, se llenaron de entusiastas religiosos que estaban siempre mas inclinados á escuchar sus amenazas, que los consejos de la razon, los órdenes del soberano, la voz de la naturaleza, y las leyes de la sociedad. Hasta la política se vió sometida á los caprichos de un cura; y el monarca temporal tuvo que someterse al yugo del monarca eterno, porque el uno no disponia mas que de un mundo pasajero, en vez de que el otro extendia su poder hasta sobre la otra vida mucha mas interesante para los hombres que la tierra, en que no eran mas que unos peregrinos. De modo que el dogma de la otra vida puso el gobierno en la dependencia de los sacerdotes; el monarca desde entonces no fué mas que su primer ministro, que no era nunca obedecido, sino cuando ambos estaban acordes para tiranizar el mundo. En vano la naturaleza decía á los hombres que pensasen en su felicidad presente; los curas mandaban que fue-

sen desgraciados para poder disfrutar de una dicha futura. En vano la razon les dictaba que fuesen pacíficos; sus curas infundian en ellos el fanatismo y el furor, y los obligaban á turbar la tranquilidad pública, siempre que esto podia convenir á los intereses del monarca invisible de la otra vida, y de sus ministros en esta.

Tal es el fruto que la política ha recogido del dogma de la vida futura; las regiones del mundo venidero han servido al sacerdocio para conquistar el presente. La esperanza de una felicidad celeste, ó el temor del castigo eterno, no sirvió mas que para despojar á los hombres de toda idea de felicidad actual. El error, cualquiera que sea su aspecto, será siempre margen de una infinidad de males, y el dogma de la vida futura, que presenta á los mortales una dicha ideal, les hará entusiastas, y si les llena de miedo les hará inútiles, cobardes, atribulados, y facinerosos; que perderán de vista su demora presente, por no ocuparse mas que de los males que les vendrán despues de su muerte.

Cuando nos dicen que el dogma de recompensas y de penas es el mayor freno que se puede dar á las pasiones de los hombres, no hay mas que apelar á la experiencia diaria, y se verá que es dementida, como tambien la

maravillosas especulaciones que la acompañan, y que son todas incapaces de cambiar el temperamento de los hombres, corregir sus pasiones, disminuir el número de los malos, y quitar los vicios que la sociedad misma imbuye en nuestros corazones. En las naciones mas empedernidas en esta creencia, es justamente en las que mas abundan los asesinos, los ladrones, los pícaros, los opresores, los adúlteros, y los lujuriosos; todos ellos creen en el otro mundo; pero el torbellino de la disipacion, los placeres y la fuga de sus pasiones, hacen que se olviden de él totalmente.

En una palabra, los payses en que este dogma ha tomado mayores raices, abundan mas que en otros principes injustos, desidiosos y corrompidos, en cortesanos avaros, en cochedores que se alimentan insolentemente de la substancia de los pueblos, en mugeres sin pudor, en una caterva de libertinos y viciosos, entre los cuales hay muchos de los curas mismos, que no tienen otro deber mas que el de anunciar la venganza del cielo. Y si se les pregunta, ¿como se han atrevido á cometer unas acciones que debian conocer ser criminales? responderan desvergonzadamente que la fuga de sus pasiones, el torrente de la costumbre, el contagio del ejemplo, la fuerza de las circunstancias, les han hecho olvidar las terribles

consecuencias que estas acciones podian acarrearles. Ademas, diran ellos, los tesoros de la misericordia divina son tan inagotables, que un arrepentimiento verdadero basta para hacernoslas perdonar. (1)

En medio de la infinidad de facinerosos que dañan á las sociedades, hay muy pocos, que por el temor de la otra vida, detengan sus pasiones. Pero, ¡qué digó! sus pasiones son demasiado débiles, y no necesitarian del dogma de la inmortalidad para detenerlas.

Es verdad que hay algunas almas temerosas y timoratas en quien los terreros de la otra vida causan una profunda impresion. Los hombres de esta especie han nacido con las pasiones moderadas, con una organizacion quebradiza, y una imaginacion sin fuego; de modo que no es nada extraordinario que estos

(1) La idea de la misericordia divina conviene sobre todo á los pícaros, porque la justicia y la misericordia, que se atribuyen á Dios, estan de tal modo contrapuestas que no pueden obrar una con otra. Por esto los malos cuentan con este Dios inmovil, y se lisonjean de poder escapar á su justicia por medio de su misericordia. La esperanza de morir ahorcados hace decir á los ladrones, que todo se compone con una buena muerte. Los cristianos creen que un buen *peccavi* nos limpia de todos los pecados. Los Indianos dicen lo mismo de las aguas del Ganges.

seres, retenidos ya por su naturaleza , lo sean aun mas por el temor de lo venidero; Pero no sucede lo mismo con los pícaros determinados, acostumbrados al vicio, que nada puede detener, y que, en medio de sus arrebatos, cierran los ojos sobre los castigos de este mundo, y se burlan de los del otro.

No obstante, ¿cuantas personas dicen, y aun se creen retenidas por el temor de la otra vida, cuando no hacen mas que engañarnos? y esto porque atribuyen á los temores de un castigo futuro lo que no es mas que la debilidad de su máquina, la disposicion de su temperamento, la poca energía de sus almas, su timidez natural y las ideas de educacion. Estos son los verdaderos motivos que los retienen, y no el miedo de lo venidero, de que los hombres que mas lo conocen se acuerdan poco, cuando sus pasiones les incitan á pecar. Por poco que reflexionemos, conoceremos que lo que atribuimos al temor de Dios no proviene mas que de nuestra misma debilidad, del poco interes que encontramos en hacer mal, y de lo poco que obrariamos de otro modo, aunque no tuviesemos este temor; lo que nos demuestra que la necesidad es el móvil de todas las causas.

No hay hombre que pueda ser contenido á menos de que halle en sí mismo motivos sufi-

cientes para darse á la razon. No hay en este mundo ni en el otro, nada que pueda hacer un hombre virtuoso de aquel, que una organizacion desgraciada, un entendimiento mal cultivado, una imaginacion acalorada y unas costumbres inveteradas, inclinan por todas partes hácia el crimen. Nada puede detener aquel que se rie de la vindicta pública, que desprecia la ley y los gritos de la conciencia, y que por su poder se vé superior á los castigos de este mundo. (1) La idea de un castigo lejano no podra detenerle porque toda pasion viva nos ciega particularmente sobre su objeto. ¿ Que pueden hacer los temores de una vida futura con un pícaro que no teme el castigo de la ley, ni el desprecio de los que le rodean? Cada el que comete un crimen no tiene otro objeto mas que el de la ventaja que le puede resultar de él, y lo venidero le parece proble-

(1) No faltaria quien diga que el temor de los castigos venideros es á lo menos un freno util para los príncipes y los grandes, á quienes no se puede poner otro; pero la experiencia nos ha demostrado que esto es muy insuficiente. No obstante, hay uno que podria muy bien tener este efecto; este es el de someterlos á las leyes de la sociedad en igual de estas á sus caprichos. La buena constitucion política, fundada sobre la equidad natural y una buena educacion, es el mejor freno que se puede poner á los gefes de las naciones.

matico ó falso. Por poco que abramos los ojos, veremos que el temor de los castigos del Dios de la venganza no nos puede hacer fuerza, porque nuestro amor propio nos le hace considerar como capaz de ser mitigado; por consiguiente no puede influir sobre el malvado. El que se ha llegado á persuadir que no puede ser dichoso sin el crimen, no será detenido por ningun temor de un castigo futuro, ni por las amenazas de la religion. Un hombre bastante ciego para no leer su infamia en su propio corazon, y sobre el rostro de los que le rodean, la indignacion, la cólera y el desprecio pintados en los ojos de los jueces que le juzgan en este mundo, no temerá jamas el ver la faz ayrada del juez del otro. El tirano que con ojo injusto vé las lagrimas de un pueblo entero de quien ha hecho la desgracia, no temerá el ojo centelleante de un Dios ayrado. Cuando un monarca orgulloso dice, que no tiene que dar cuenta de su conducta mas que á Dios, es porque teme mas á su pueblo que á él.

Por otro lado la misma religion destruye los temores que nos anuncia como tan saludables, dando á sus discípulos los medios de salvarse del castigo que les habia profetizado, diciendoles que el arrepentimiento á la hora de la muerte, es suficiente para lavarnos de

nuestros pecados; y los mismos curas se abrogan el poder de perdonar á un moribundo las maldades que puede haber cometido durante su vida. En fin los hombres mas perversos se dejan llevar con la mayor facilidad de la iniquidad, el crimen y el desorden, porque se fían de los medios que la religion les enseña, como infalibles para grangearse la misericordia de Dios.

La consecuencia de estas nociones tan favorables para los pícaros, y tan capaces de tranquilizarlos, es que, lejos de corregirles, les hace persistir hasta la muerte en sus malos principios. Efectivamente, á pesar de la eficacia y las ventajas que nos dicen resultar de este dogma, los curas mismos, que tanto se interesan en él, se quejan de su insuficiencia porque reconocen que los mortales á quien han enseñado esta doctrina se dejan, á pesar de ella, llevar de sus malas inclinaciones, de la disipacion de los placeres, de la costumbre y de los intereses, olvidandose de las recompensas y castigos que les fueron prometidos en la vida futura; y en fin, los ministros del cielo convienen entre sí en que sus discipulos se conducen como si no tuviesen nada que esperar ni que temer.

En conclusion, supongamos que el dogma de la otra vida sea de alguna utilidad, y capaz de

retener algunos individuos en su deber, ¿ que comparacion puede haber entre estas débiles ventajas y los daños que acarrea? para un hombre tímido que esta idea contiene, hay un millon sobre quien no tiene la menor fuerza, y que hace sean facinerosos é hipócritas; millones que aparta de sus deberes para con la sociedad, y otros que aflige cruelmente, sin que de ello les resulte el menor provecho. (1)

(1) Hay muchos que, persuadidos de la utilidad del dogma de la otra vida, miran con desprecio y como dañosos los que no creen en ella. No obstante, es bien seguro que los hombres mas sabios de la antigüedad han creído no tan solo que el alma peracia con el cuerpo, sino es que han combatido fuertemente todo castigo futuro. Este modo de pensar no convenia á los Epicurios, pero sí á los Estoycos y á los Pitagoranos. Ovidio hace hablar á este filósofo del modo siguiente :

O genus attonitum gelidæ formidine mortis !

*Quid Styga, quid tenebras, et nomina vana timetis
Materiem vatum, falsaque pericula mundi ?*

Timeo de Locres, de la secta de Pitágoras, confiesa que la doctrina de la vida futura es fabulosa, inventada solo para contener al vulgo.

Aristóteles dice, que el hombre no tiene nada que temer ni desear despues de su muerte, y hasta el sistema de los Platónicos, que es el de la inmortalidad del alma, prueba que no puede ser castigada, pues que volverá á la divinidad. Ciceron dice, que Zenon creia el alma una substancia ignea, de lo que resulta que debia pere-

cer : *Zenoni stoico animus ignis videtur : si sit ignis, extinguetur; interibit cum reliquo corpore.*

Este filósofo, orador de la secta académica, no se halla siempre de acuerdo consigo mismo; pero en muchas ocasiones trata de disparate el infierno, y mira la muerte como un término total. Véase *Tusculan.* cap. 38.

Séneca está lleno de pasages en los cuales considera la muerte como el fin de todas las cosas : *Mors est non esse. Id quale sit, jam scio; hoc erit post me quod ante me fuit. Si quid in hac re tormenti est, necesse est et fuisse antequam prodiremus in lucem; atqui nullam sensimus tunc vexationem.* Hablando de la muerte de su hermano, dice : *Quid itaque ejus desiderio maceror, qui aut beatus, aut nullus est?* Pero nada hay de mas decisivo que lo que Séneca escribe á Marcia para consolarla: (cap. 19) *Cogita nullis defunctum malis affici; illa quæ nobis inferos faciunt terribiles, fabulam esse: nullas imminere mortuis tenebras, nec carcerem, nec flumina flagrantia igne, nec oblivionis amnem, nec tribunalia, et reos et in illâ libertate tam laxâ iterum tyrannos. Euserunt ista poeta, et vanis nos agitavere terroribus. Mors omnium dolorum et solutio est et finis, ultrâ quam mala nostra non exeunt, quæ nos in illam tranquillitatem, in quâ antequam nasceremur, jacuimus, reponit.*

Enfin, hé aquí un pasage muy decisivo de este filósofo que merece seguramente la atención del lector : *Si animus fortuita contempsit; si deorum hominumque formidinem ejicit, et scit non multum ab homine timendum, à Deo nihil; si, contemptor omnium quibus torquetur vita, è perductus est, ut illi liqueat mortem nullius mali esse materiam, multorum finem.* Véase

de *Beneficiis*, cap. VII, § 1. Séneca el trágico se explica del mismo modo que el filósofo.

Post mortem nihil est, ipsaque mors nihil;

Velocis spatii meta novissima.

Quæris quo jaceas post obitum loco?

Quò non nata jacent.

Mors individua est noxia corpori,

Nec parcens anima.

TROADES.

Epitecto tiene las mismas ideas en un pasage muy digno de atencion, traído por Arrian; hé le aquí traducido con exâctitud.

• Pero, ¿á donde vais? No puede ser sino á un lugar de dolor. No haceis mas que volver al parage de donde habeis salido; vais de nuevo á ser pacificamente asociados á los elementos que os han creado. Lo que en vuestra composicion era de la naturaleza del fuego, volverá al elemento del fuego; lo que era de la naturaleza de la tierra, va á reunirse con la tierra; lo que era del ayre, va á reunirse al ayre; lo que era agua, va á disolverse en agua. No hay Infierno, ni Aqueron, ni Cocyte, ni Phlegeton. • Véase *Arrian. in Epictet. lib. III, cap. 13.* En otro pasage, el mismo filósofo dice: • La hora de la muerte se acerca; pero no vayais á agravar vuestros males, ni á empeorar las cosas: representaoslas bajo su verdadero aspeto. El tiempo ha llegado en que los materiales de que estais compuestos van á resolverse en los elementos de que han sido originariamente sacados: ¿que hay en ello de terrible ó de doloroso? ¿hay algo en el mundo que perezca totalmente? • Véase *Arrian. lib. IV, cap. 7, § 1.*

Enfin el sabio y piadoso Antonin dice : « Aquel que teme la muerte, ó teme el ser privado de todo sentimiento, ó experimentar unas sensaciones diferentes es un ciego. Si perdeis todo sentimiento, no tendreis mas penas ni miseria ; si estais provisto de otros sentidos de una naturaleza diferente, llegareis á ser una criatura de una especie diferente.

Este grande emperador dice, en otra parte, que es necesario esperar la muerte con tranquilidad, *visto que no es mas que la disolucion de lo que cada animal está compuesto.* Véase las *Reflexiones morales de Marc-Antonin*, lib. 2, y lib. 8, § 58.

Se puede añadir á estos testimonios de tantos hombres grandes de la antigüedad pagana, el del autor del *Eclesiastico*, que habla de la muerte y del destino del alma humana como un Epicureo : *Unus interitus est hominis et jumentorum, et aqua utriusque conditio : sicut moritur homo, sic et illa moriuntur : similiter spirant omnia, et nihil habet homo jumento amplius,* etc. Véase *Ecclesiast. c. 3 v. 1.*

Finalmente, ¿ como pueden los cristianos conciliar la utilidad ó la necesidad del dogma de la otra vida con el silencio profundo que el legislador de los Judios, inspirado por la divinidad, ha guardado sobre un punto que se cree tan importante ?

CAPÍTULO XIV.

LA EDUCACION, LA MORAL Y LAS LEYES SON SUFICIENTES PARA CONTENER A LOS HOMBRES. DEL DESEO DE LA INMORTALIDAD, DEL SUICIDIO.

Es pues muy excusado el buscar en un mundo ideal, que no existe mas que en la imaginacion de los hombres, los móviles que necesitan para obrar bien en este: solo un mundo visible puede excitarles á la virtud. La naturaleza, la experiencia y la verdad, son las solas que pueden dar un remedio á los males de esta especie, y al corazon humano las inclinaciones que pueden ser útiles á sus asociados.

Si se ha leído esta obra con atencion, se habrá visto que la educacion sola es capaz de corregir nuestras malas inclinaciones; ella es la que debe sembrar en nuestros corazones, cultivar los gérmenes que puede haber puesto en ellos, hacer uso de las facultades que dependen de las diferente organizaciones, entre-

tener el fuego de la imaginacion, encenderle para algunos objetos y apagarle para otros, y enfin hacer que el alma contraiga unas costumbres que puedan ser ventajosas para el individuo y la sociedad. Educados de este modo, los hombres no tendrán ninguna necesidad de recompensas celestes para conocer el precio de la virtud, ni tampoco de ver volcanes abiertos bajo sus pies para tener en horror al crimen: la naturaleza, sin ninguna de estas fábulas, les enseñará lo que se deben á sí mismos, y la ley, por su parte, lo que deben á la sociedad. Este es el modo con que la educacion dará ciudadanos al estado. Los depositarios del poder distinguirán los que la educacion habrá formado, segun las ventajas que puedan procurar á su patria, y castigarán los que la sean dañosos; harán tambien de este modo ver á los ciudadanos que las promesas, que la moral y la educacion les han hecho, no han sido vanas; que en un estado bien constituido, la educacion y la virtud son los verdaderos medios de obtener gloria y felicidad; en igual que la inutilidad y el crimen, no pueden conducir mas que al infortunio y al desprecio.

Un gobierno justo, equitativo y virtuoso, cuyo el invariable cuidado es el de la felicidad pública, no tiene ninguna necesidad de fabulas y mentiras para gobernar sus ciuda-

danos, y aun que lo quisiera no lo podria, porque los ciudadanos conocerian demasiado sus deberes, estarian sometidos por interes, y serian capaces de conocer el bien ó el mal que se les podia hacer. Un gobierno semejante sabria muy bien que la estimacion pública tiene mas fuerza sobre el corazon de los ciudadanos bien nacidos, que no el terror de las leyes; que la costumbre sabe inspirarles horror aun para los crímenes ócultos á los ojos de la sociedad: sabe que los castigos visibles de este mundo, son mucho mas capaces de amedrentar á los hombres groseros, que los del otro que son desconocidos é inciertos; y enfin debe conocer que las recompensas y honores que el poder soberano puede distribuir, son mucho mas lisongeros para los hombres, que todas las maravillas que se les prometen en el otro mundo.

Los hombres son malos, rebeldes á la razon y corrompidos, solo porque no hay en ninguna parte un gobierno que les riga segun su naturaleza y su verdadera inclinacion. Todo se vuelve en ilusiones, y en todas partes se ven sometidos á unos tiranos que, lejos de darles una buena educacion, no tratan mas que de engañarlos. La superficie del globo no nos deja ver mas que unos soberanos injustos, incapaces, debilitados por el lujo, corrompidos por la

adulacion, reprobados por la licencia y la seguridad, sin talentos, sin costumbres y sin virtudes, indiferentes en cuanto á sus deberes, que casi nunca conocen; sin ocuparse del bien estar de sus pueblos, toda su atencion está absorta ó en guerras inútiles, ó en el deseo de encontrar campo para satisfacer su avaricia; todo esto hace que de nada se ocupan menos que de la tranquilidad de sus estados. Interesados ellos mismos en mantener las preocupaciones recibidas, no es extraño que no adopten los medios de curarlas; en fin, privados de las luces que hacen conocer al hombre que su interes es de ser bueno, justo y virtuoso, rara vez ó nunca recompensan mas que los vicios, que les son útiles, aunque muy á menudo castigan las virtudes que les incomodan. ¿Luego es algo extraño que, con semejantes maestros, el mundo se haya visto tantas veces perdido por unos pícaros que oprimian hasta los que los querian imitar? El estado de la sociedad es un estado de guerra del soberano contra todos, y de cada uno de los miembros contra los demas. (1) El hombre es malo, no

(1) Es preciso observar que yo no quiero decir, como Hobbes, que el estado de la naturaleza es un estado de guerra; lo que digo, es que el hombre de por sí, no es ni bueno ni malo, y que se hace uno ó

porque ha nacido tal, sino porque le hacen así. Los grandes y los poderosos oprimen á los indigentes y desgraciados, y estos, al riesgo de su vida, tratan de devolverles el mal que han recibido; atacan cubierta ó abiertamente una patria que no es para ellos mas que una mala madrastra, que dá todo á unos cuantos, y nada á los demas; la castigan de su parcialidad, y le demuestran que los móviles que provienen de una vida futura son insuficientes para reprimir las pasiones y el furor que una administracion corrompida hace nacer; que el terror de los castigos de este mundo son igualmente demasiado débiles contra la necesidad, las costumbres criminales, y una organizacion dañosa que no ha sido rectificada por la educacion.

La moral de los pueblos es muy poco considerada en todos los payses, y el gobierno no se ocupa mas que en hacerlos desgraciados. El

otro segun las modificaciones que recibe. Los hombres se hallan siempre dispuestos á dañarse solo porque todo conspira á dividir sus intereses, y los soberanos se aprovechan de esta division para mantenerles bajo su yugo. *Divide et impera*, esta es la maxîma que siguen por instinto todos los malos gobiernos. Los tiranos sacarían muy mal su cuenta si no tuviesen mas que hombres virtuosos bajo sus mandos.

hombre es en todas partes un esclavo, y por consiguiente es bajo, interesado, disimulado y sin honor; en una palabra, tiene los vicios de su condicion. En todas partes le engañan, tratan de mantenerle en la ignorancia, é impiden el que cultive su razon; de modo que no puede menos de ser estúpido y perverso; y como vé que en todas partes el crimen y el vicio reciben recompensas, cree que este es un bien, y que la virtud no puede ser mas que un sacrificio de sí mismo. Como se vé desgraciado en todas partes, todo su anhelo es el de salir de sus necesidades á costa de los demas. En vano le enseñan el cielo para contenerle; sus miradas en breve se vuelven á fijar sobre la tierra; quiere ser dichoso en ella, cueste lo que cueste, y las leyes que no han cuidado de su educacion le amenazan en vano, y al fin acaban por castigarle por la desidia de sus legisladores. Si la política fuese mas sabia, y se ocupase seriamente de la instruccion y del bien estar del pueblo; si las leyes tuviesen mas equidad; si cada sociedad, abandonando su parcialidad, diese á cada uno de sus miembros los cuidados, la educacion y los socorros que tienen derecho de exigir; si los gobiernos, menos ambiciosos y mas vigilantes, no tuviesen otro objeto mas que el de hacer sus subditos dichosos, no se verian en el mundo tantos mal-

hechores, ladrones, y asesinos como los que infestan la sociedad; las leyes no se verian en necesidad de quitarles la vida por unos crímenes mas debidos á la mala educacion que han recibido que á su perversidad; no habria precision de buscar fuera del mundo unas ilusiones que no pueden menos de perder su efecto, cuando quieren atacar las pasiones y las verdaderas necesidades. En una palabra, si el pueblo fuese mas instruido, y mas dichoso, la política no se veria obligada á engañarle para contenerle, ni á castigar tantos desgraciados, incitados freqüentemente por la necesidad á procurarse lo indispensable á costa de sus ciudadanos empedernidos.

Para ilustrar al hombre, no hay mas que enseñarle la verdad; y en igual de encender su imaginacion con la idea de los imaginados bienes futuros, socorrerle, aliviarle, ó á lo menos, dejarle que goce del fruto de su trabajo; no sacarle con impuestos lo poco que posee, porque esto le disgustaria del trabajo, le haria darse á la ociosidad, y por consiguiente á todos los vicios; hacerle que piense en su existencia presente y que se deje de la futura; excitar su industria y recompensar su talento para hacerle activo, laborioso, benévolo y virtuoso en este mundo; enseñarle que sus acciones puedan influir sobre sus semejantes, y no

que puedan tener alguna influencia para lo venidero; no hablarle de los suplicios que la divinidad le reserva despues de su muerte; hacerle ver solamente la sociedad armada contra él, y las consecuencias que pueden resultarle del desprecio de sus semejantes; que aprenda á estimar su cariño; que tenga la ambicion de merecer el buen concepto de los otros; que sepa que para obtenerle es preciso adorar la virtud, y que el hombre virtuoso en cualquiera parte en que se halle, no tiene nada que temer ni de los hombres, ni de los Dioses.

Si queremos formar ciudadanos útiles, virtuosos, valientes, industriosos y hombres de honor, no debemos inspirarles el temor de la muerte, no divertir su imaginacion con unas fabulas maravillosas, y no emplear su entendimiento en un mundo venidero, con el que nada tienen que hacer, y que no les puede ser de ninguna utilidad. Hablemos de la inmortalidad solo á las almas nobles y valientes, haciendosela ver como el precio de sus virtudes. Efectivamente hay una inmortalidad, á la que las virtudes, el ingenio y los talentos tienen derecho de pretender; no vituperemos pues, ni ahoguemos una pasion noble, fundada sobre nuestra naturaleza, de la cual la sociedad recoge los frutos mas ventajosos.

La idea de ser despues de su muerte sepultado en un olvido total , de no tener ya ninguna relacion con los seres de nuestra especie, de perder toda la posibilidad de influir todavia sobre ellos, es un pensamiento doloroso para todo hombre, y es sobre todo muy afflictivo para aquellos cuya imaginacion es muy ardiente. El deseo de inmortalizarse ó de vivir en la memoria de los hombres, fué siempre la pasion de las almas grandes, y el movíl de las acciones de todos aquellos que han figurado ú ocupado un alto rango sobre la tierra. Los héroes virtuosos, criminales, los filósofos, los conquistadores, los hombres de numen, los de grandes talentos, los personajes sublimes que han hecho honor á su especie, como tambien los ilustres málvados que la han envilecido y asolado, no han tenido por objeto mas que la posteridad en todas sus empresas, y se han lisongeadó con la esperanza de influir sobre las almas de los hombres, aun despues de su muerte. Si el hombre vulgar no dirige ó extiende mas lejos sus miras, es sensible á lo menos á la idea de renacer en sus hijos, destinados á sucederle, á transmitir su nombre, á conservar su memoria, y á representarle en la sociedad; fué para ellos que construyó su cabaña, que plantó un árbol que no verá jamas en su fuerza; es para ellos en-

fin que trabaja para que sean dichosos. La pesadumbre que tienen estos grandes tan inútiles regularmente para el mundo, cuando han perdido la esperanza de ver continuar su raza, no proviene mas que del temor de ser enteramente olvidados. Conocen que el hombre inutil muere para siempre; pero la idea de que su nombre se hallará en la boca de los hombres, que será pronunciado con ternura, y que excitará en ellos los sentimientos mas favorables para su memoria, son unas ilusiones útiles y lisonjeras aun para aquellos que saben que ningun bien les puede resultar de ello. No hay cosa mas agradable para el hombre que la de pensar que, aun despues de su muerte, tendrá alguna influencia sobre el universo, porque toma parte en la imaginacion, en las acciones, los discursos y los proyectos de las razas futuras, y porque seria muy desgraciado si perdiese la esperanza de revivir en la sociedad. Las leyes de casi todos los estados han entrado en estas miras, porque han querido recompensar á los hombres de la precision en que se hallaban de morir, dándoles el poder de ejercer sus voluntades despues de su muerte. Esta condescendencia ha llegado á tal punto, que los muertos deciden del destino de los vivos durante muchos años despues de su muerte.

Todo nos prueba que el hombre no tiene mayor deseo que el de sobrevivirse á sí mismo, y el de prolongar su existencia, como lo demuestran las pirámides, los mausoleos, los monumentos y los epitafios. El hombre no es de ningún modo insensible á la opinion de la posteridad ; el sabio no escribe mas que para ella ; el monarca edifica palacios suntuosos para que sean su asombro; el hombre grande se figura ya oír sus alabanzas ; el ciudadano virtuoso espera que ella juzgará de las injusticias de sus contemporaneos. ¡ Ilusion maravillosa ! cuan capaz eres de realizarte en las imaginaciones ardientes, y cuan capaz eres de dar el nacimiento y de sostener el entusiasmo, el ingenio , la valentia, la grandeza del alma, y los talentos que son algunas veces capaces de contener los excesos de los hombres poderosos, que algunas veces no pueden menos de estar inquietos, sabiendo que la posteridad vengará tarde ó temprano los males injustos que pueden haber hecho sufrir á sus semejantes.

No hay hombre que pueda consentir á ser totalmente olvidado por los siglos venideros, y hay muy pocos que se atrevan á desafiar los juicios del género humano futuro. ¡ Cual es le ser tan insensible que no sienta el mas vivo placer á la idea de hacer saltar las lágrimas

en los ojos que le sobreviviran, de obrar sobre su almas, de ocupar su pensamiento, y de ejercer su poder sobre ellos, aun desde su sepulcro! Impongamos pues un silencio eterno á los meláncolicos supersticiosos que tienen la temeridad de condenar un sentimiento del que tantas ventajas resultan para la sociedad; despreciemos los filósofos indiferentes que quieren que abandonemos este gran resorte de las almas, y no nos dejemos seducir por los sarcasmos de los libertinos que desprecian una inmortalidad de que ellos no pueden tener esperanzas de gozar. El deseo de agradar á la posteridad, y de hacer que nuestro nombre sea repetido con amor por las generaciones venideras, es un movil muy respetable, siempre que no nos haga emprehender mas que cosas que sean útiles para las naciones que no han existido aun. No demos el nombre indigno de insensato al entusiasmo de aquellos talentos vastos y bienhechores que nos han previsto, que han escrito para nosotros, que nos han enriquecido con sus descubrimientos, ó que nos han ilustrado sobre nuestros errores; todo al contrario, démosles las alabanzas que se merecen, y que sus contemporaneos les rehusaron. Paguemos á lo menos á sus cenizas el tributo de agradecimiento que los bienes que nos han

hecho merecen; bañemos con nuestras lagrimas las urnas memorables de Sócrates y Foción; lavemos con ellas la mancha que el suplicio que sufrieron ha echado sobre el género humano; expiemos con nuestro sentimiento la ingratitud ateniense; aprehéndamos por este ejemplo á desconfiarnos del fanatismo religioso y político, y tengamos buen cuidado en no combatir la virtud cuando perseguimos á los que combaten nuestras preocupaciones. Echemos con profusion las flores mas bellas sobre los sepulcros de Homero, Milton y Tasso, y respetemos los manes inmortales de estos ingenios sublimes que excitan en nuestro pecho las sensaciones mas dulces. Bendigamos la memoria de los bienhechores del pueblo que hicieron las delicias del género humano; adoremos las virtudes de Tito, de Trajano, de Antonino y de Juliano, merezcamos en nuestra clase los elogios de las generaciones futuras, acordandonos siempre que la virtud y el talento son los solos que nos los pueden procurar. Las procesiones fúnebres de los monarcas mas poderosos van rara vez acompañadas de las lagrimas de sus pueblos, porque las han agotado durante su vida. El nombre de un tirano no puede excitar mas que el horror en los que le oyen pronunciar; que tiemblen esos reyes crueles

que precipitan sus vasallos en la miseria, y que hacen de la tierra un vasto cementerio; que tiemblen á la idea de los caracteres sangrientos con que la historia escribirá sus hechos: ni sus monumentos suntuosos, sus grandes victorias, ni sus ejércitos innumerables, podrán impedir el que la posteridad insulte sus manes, y venga sus abuelos de las injurias que han recibido.

No tan solo todo hombre preve su disolución con dolor, sino es que aun desea que su muerte sea un objeto de sentimiento para los demas. Pero, como llevamos dicho, para que los demas se interesen en nuestra suerte, necesitamos de talentos, buenos hechos y virtudes. ¿Que hay pues de extraordinario en que la mayor parte de los hombres, ocupados unicamente de sí mismos, de su vanidad, de sus proyectos pueriles y del cuidado de satisfacer sus pasiones, á costa tal vez del bien estar y de las necesidades de una esposa, de una familia, de sus hijos, de sus amigos y de la sociedad, no exciten con su muerte ninguna pesadumbre? ¿Cuántos monarcas hay de quien solo sabemos que han vivido? A pesar de la inutilidad en que los hombres viven, el poco cuidado que se toman para hacerse amar de los que les rodean, y aun sus acciones desagradables, todo esto no impide el que

su vanidad les persuada que su muerte debe ser un acontecimiento extraordinario y cambiar el orden de las cosas ; Que vano, y que débil es el hombre ! ; Como es posible que no vea que los *Sesostris*, los *Alejandros* y los *Césares* han muerto, y que no por eso ha cambiado el universo ! Todo al contrario, la muerte de estos tiranos de la humanidad no fué sentida mas que de unos cuantos esclavos favorecidos, y dió al mundo la esperanza de respirar un poco. ¿ Como puede figurarse que sus cortos talentos sean capaces de hacer que el género humano se ponga de luto á su muerte ? Ha ! los *Corneille*, los *Locke*, los *Newton*, los *Bayle*, los *Montesquieu* murieron, y su muerte fué sentida de un corto número de amigos, que se consolaron en breve con las distracciones del mundo. Su muerte fué muy indiferente para la mayor parte de sus conciudadanos : luego, ¿ como puede un hombre lisongearse que su crédito, sus títulos, sus riquezas, sus banquetes y sus placeres diversificados, puedan hacer que su muerte sea un acontecimiento memorable ? Dos dias todo lo mas, durará su memoria. Sabe que en otros tiempos murieron en Babilonia, en Sardapolis, en Cártago, y en Roma una infinidad de ciudadanos mas ilustres, mas poderosos, mas opulentos y mas voluptuosos que él , y que nadie

ha pensado en transmitirnos sus nombres. Sé pues virtuoso, y seras dichoso en esta vida; haz bien, y seras querido; adquiere talentos, y seras considerado; entonces la posteridad te admirará si son útiles para ella, y si le hacen conocer el nombre bajo el cual tu ser se denominaba; pero el universo no será turbado con tu pérdida, y á la hora de tu muerte tu vecino mas cercano estará nadando en la alegría, mientras que tu muger y tus hijos estarán sufriendo el dolor mas grande y cerrarán los ojos.

Olvidemonos pues de nuestra suerte futura, y no pensemos mas que en hacernos útiles á nuestros semejantes; hagámonos con nuestra propia felicidad agradables á nuestros parientes, amigos y criados; hagámonos estimar de nuestros conciudadanos; sirvamos con fidelidad la patria, que nos dá un bien estar. El deseo de agradar á la posteridad debe excitarnos al trabajo, é infundir en nosotros un amor propio que nos haga desear sus elogios. No consintamos jamas en que los vicios ócultos y los crímenes secretos nos envilezcan á nuestros propios ojos.

Si llegamos á hacer esto, miraremos la muerte con la misma indiferencia con que la miran la mayor parte de los hombres, la esperaremos con la mayor constancia, y no nos ame-

drentará ningun temor. Dejemos el entusiasmo á sus vanas esperanzas, la supersticion á los temores con que nutre su melancolia, pero hágamos que nuestros corazones, ayudados de la razon, miren con indiferencia una muerte que debe privarnos de todo sentimiento.

Cualquiera que sea el apego que los hombres tienen á la vida y el miedo de la muerte, los vemos todos los dias, guiados por la opinion, la ambicion ó la preocupacion, arrostrar los mayores peligros y poner sus dias en el mayor riesgo. La ambicion, el orgullo, la vanidad, la avaricia, el amor, los celos y el deseo de gloria, y sobre todo la opinion loca que ha sido llamada ó decorada del nombre de pundonor, bastan para cerrar los ojos sobre los peligros, y arrojarnos á la muerte. Las penas, las desgracias y las faltas de un buen exito en nuestras empresas nos ocultan su horror, haciéndonoslas considerar como el puerto mas seguro. La indigencia, las enfermedades y la adversidad nos familiarizan con este instante tan temible para los dichosos. El pobre, condenado al trabajo, y privado de las dulzuras de la vida, vé llegar su fin con indiferencia; el desventurado, cuando vé que no hay otro recurso, la abraza y acelera su venida.

Los hombres han considerado muy distintamente la accion de darse la muerte ; sus instituciones religiosas han influido considerablemente sobre su modo de pensar en este punto. Los Griegos y los Romanos, héroes y magnánimos por naturaleza, consideraban como unos semi-dioses los que se quitaban la vida. El Bramino sabe en el Indostan dar, hasta á las mismas mugeres, bastante valor para quemarse á la muerte de sus maridos ; y el Japon por la menor cosa se embayna el cuchilo en su seno.

Entre los pueblos de nuestros payses, la religion hizo á los hombres mas avaros de su vida, diciendoles que Dios queria que sufriesen, y, aunque consentia á que se la minasen poco á poco, era incapaz de aprobar el que se la quitasen de un golpe.

Algunos moralistas, dejando á parte las ideas religiosas, han creido que no le era permitido al hombre el romper el pacto que habia hecho con la sociedad ; otros han tomado el suicidio por la mayor cobardia, diciendo que no la habia mas grande que la de querer escaparse á su destino, y que seria mucho mas noble el soportar sus penas con valor.

Si consultamos la naturaleza sobre este punto veremos que las acciones de los hombres son indispensables, y no dependen mas que de

una causa oculta que les hace obrar á su voluntad. Si la fuerza misma que obliga todos los seres inteligentes á amar su existencia hace que la del hombre le sea tan odiosa y tan insoportable que no la pueda sobrellevar, entonces rompe todos los lazos, y, quitándose la vida, cumple con el decreto de la naturaleza, que durante una infinidad de años ha estado cultivando en el seno de la tierra el yerro que debia cortar la trama de sus días.

Si examinamos las relaciones que hay entre el hombre y la naturaleza, veremos que sus convenios no fueron ni voluntarios de parte de este último, ni recíprocos de parte de su autor: la voluntad del hombre no ha tenido parte ninguna en su nacimiento; acaba contra su inclinacion, y sus acciones, como hemos visto, no son dirigidas mas que por unas causas y efectos necesarios é ignorados. El hombre en las manos de la naturaleza es como una espada en las suyas, que puede caerse sin ingratitud de las del que la tiene. Nadie puede amar su ser sino con la esperanza de ser dichoso: de que la naturaleza entera le rehusa esta dicha, de que todo lo que le rodease le hace incómodo, de que sus ideas lúgubres no presentan á su imaginacion mas que objetos de sentimiento, tiene el derecho de salir de un estado que no le puede convenir; cesa de exis-

tir, y no puede ser útil ni para si ni para los demas.

Si consideramos el pacto que une el hombre á la sociedad, veremos que todo pacto es condicional, y debe traer ventajas á ambos. Un ciudadano no puede querer á su patria, á la sociedad ni á sus asociados, sino mientras tanto que le procuran un bien estar; sino lo hacen volver á adquirir su libertad. Si la sociedad le trata con dureza é injusticia, y le hace aborrecer su existencia; si se vé amenazado de la indigencia y de la verguenza; si sus perfidos amigos le vuelven la espalda en la adversidad; si una muger infiel le despedaza el corazon; si sus hijos ingratos le afligen en su vejez; si ha puesto su dicha en algun objeto imposible de obtener; si el sentimiento, la melancolia, el remordimiento y la desesperacion han cambiado para él el aspecto del universo, y en fin si no puede resistir á sus males, que se quite de un mundo que no puede ser desde entonces para él, mas que un horroroso desierto; que abandone para siempre una patria madrastra que no quiere contarle en el número de sus hijos; que salga de una casa que le amenaza de caer sobre su cabeza; que renuncie á una sociedad por quien nada puede hacer, y que de nada le puede servir.

si no contribuye á su felicidad. ¿Porque nos hemos de quejar de que un hombre que se encuentra triste y miserable en la ciudad que le vió nacer, se salga de ella para meterse en la soledad? Del mismo modo, aquel que ha perdido toda su felicidad puede quitarse la vida, porque con ello no hace mas que alejarse del mundo que le hace desgraciado. La muerte es el solo apoyo contra la adversidad, y un yerro el único amigo que le queda en ella; mientras que la esperanza le dura y que sus males le parecen soportables, siempre le queda alguna dulzura en la vida; por consiguiente puede titubear en quitarsela; pero, cuando nada le sostiene en el amor de su ser, el vivir es el mayor de todos sus males. (1)

Una sociedad que no puede ó no quiere procurarnos ningun bien, pierde todo derecho sobre nosotros. Otra que se obstine en hacernos nuestra existencia desgraciada nos obliga á salir de ella; muriendo llenamos uno de los decretos de la naturaleza, como lo hicimos al nacer. Para aquel que consiente en morir, no

(1) *Malum est in necessitate vivere; sed in necessitate vivere, necessitas nulla est: quid ni nulla sit? Patent undique ad libertatem viæ multæ breves, faciles. Agamus Deo gracias quòd nemo in vitâ teneri possit.*
 éneca, epist. 12

puede haber ningun mal en el mundo ; y el que no se atreve á darse la muerte es porque el mundo no le ha hecho aun bastante mal, en cuyo caso debe llamar sus fuerzas á su socorro, y oponer al destino que le oprime el valor que la naturaleza le ha dado, pudiendo estar seguro de que no le ha abandonado enteramente, pues que le ha dejado aun sus esperanzas. Los solos supersticiosos no pueden ver el termino de sus sentimientos (1) : si la religion le manda gemir, á lo menos le prohíbe el recurrir á la muerte, que no seria mas que el principio de penas eternas, justo castigo para aquel que ha contravenido á los órdenes de su criador.

Los hombres fundan siempre sus juicios sobre su modo de pensar ; llaman *debilidad* ó *delirio* lo que no concuerda con las causas que se imaginan, ó que creen ser capaces de

(1) Cuando el cristianismo y las leyes civiles de los cristianos condenan el suicidio, no pueden menos de ser inconsecuentes. El antiguo testamento nos dá dos ejemplos de ello en Sanson y Eleazar, ambos queridos de Dios. El Mesias, ó el hijo del Dios de los cristianos, cometió tambien un suicidio si es verdad, como dicen, que murió de plena voluntad. Lo mismo ha sucedido con una infinidad de mártires y otros tantos penitentes que se han hecho el mérito de matarse poco á poco.

privar de la dicha à un ser que segun ellos no puede menos de gozar de ella. Llamamos debil à un hombre quando no puede sobrellevar con la misma indiferencia que nosotros las penas que creeriamos poder soportar mejor que él. Acusamos de locura, de furor, de frenesí, aquel que sacrifica su vida, que por nosotros es mirada como el mayor de todos los bienes, sobre todo quando hace este sacrificio por unos objetos que nos parecen no merecerlo. Este es el modo con que siempre nos queremos erigir nosotros mismos, en jueces de la felicidad de los otros. El avaro que se mata despues de haber perdido su tesoro, parece un insensato à aquel que no ama las riquezas como él, sin acordarse que la vida sin dinero no es mas que un suplicio para el otro, y que nada en este mundo puede resarcirle aquella perdida : podrá decir que si se hubiese hallado en lugar del otro, no hubiera cometido la misma accion ; pero se olvida de que para hallarse en lugar de el otro, es preciso que tenga la misma constitucion, organizacion, el mismo temperamento, las mismas ideas y las mismas pasiones ; seria preciso que fuese otro él, y que se hallase en las mismas circunstancias, en cuyo caso todo hombre hubiera hecho lo que el avaro.

Ninguno que se quita la vida, lo hace sino

despues de haber perdido la mas remota esperanza de ser dichoso. Cualquiera que sea su desdicha, para él es muy cierta, su organizacion debil ó fuerte es suya y no de otro. Un enfermo por aprehension está tan verdaderamente enfermo, como aquel que está bajo la influencia de la mas terrible enfermedad. De modo que, cuando un hombre se mata, es evidente que la vida para él es mucho mas un mal que un bien; que su existencia ha perdido todo valor, y que la naturaleza entera no tiene nada que le pueda seducir; y en fin, que despues de haber comparado la existencia con la muerte, esta última le ha parecido mas ventajosa.

No faltarán muchas personas que digan, que este sistema es el mas peligroso que pueda haber, porque va contra todas las preocupaciones recibidas hasta aquí; no obstante, estos debian considerar que una simple opinion no es capaz de hacer que un hombre tome una resolucion tan violenta; para que lo haga es preciso que su constitucion sea muy biliosa, que su temperamento se haya viciado á puro sentimiento, y que la necesidad, y no una simple opinion, le haga tomar esta resolucion. Nada le puede llevar á semejante accion mientras que no haya perdido toda esperanza, que es el bálsamo soberano para todos los males;

pues en cuanto á el desesperado que no pierde de vista su desgracia, y su fastidio, de nadie se puede aconsejar sino de ellos. Por otra parte, ¿que ventajas ó que socorros puede la sociedad esperar de un desgraciado lleno de desesperacion, de un misántropo consumido por la tristeza, ó por el remordimiento, que no tiene motivo alguno para hacerse util á los demas, despues de haber perdido todo amor de su existencia? ¿no seria mas dichosa si pudiese lograr el persuadir á los malvados el quitar de delante de nuestra vista unos objetos que la son tan desagradables, y de este modo impedir el que las leyes lo tengan que hacer? ¿y quanto mas dichosos serian ellos mismos en evitarse de este modo los suplicios y la verguenza que les espera?

Pues que la vida es para los hombres en general el mayor de todos los bienes, es claro que cuando se la quitan deben tener los motivos mas poderosos; el exceso de la desgracia, la desesperacion y la revolucion total de nuestra máquina, causada por la melancolia, son solas capaces de hacer que el hombre se dé la muerte: agitado entonces por dos impulsiones contrarias, se vé en la precision de seguir el camino medio que le conduce al sepulcro, y si el hombre no es libre en un solo

instante de su vida, lo es mucho menos en el de su muerte. (1)

Esto nos demuestra que el que se mata no hace como dicen una injuria á la naturaleza ó á su autor, sino que solo sigue el único medio que le queda para poder salir de penas: sale de la existencia por la única puerta que se le ofrece, y no puede ofenderla cuando no hace mas que ejecutar su ley, pues que la mano de yerro de esta, ha roto el resorte que hacia que desease la vida, y que tratase de conservarla; es como si le dijera que se aparte del sistema de la clase en que estaba, pues que no puede ser dichoso en ella. La patria ó la familia no pueden quejarse de que un hombre tome esta resolucion, vista la imposibilidad de hacerla feliz. Enfin, para que el suicidio pudiese ser castigado en la otra vida, y que pudiese arrepentirse de su accion precipitada, seria necesario que le sobreviviese, y que disfrutase en su futura demora de sus órganos, de sus sentidos, de su memoria, de sus ideas, y de su modo de pensar actual.

(1) Dicen que el suicidio es muy comun en Inglaterra, porque el clima inclina á la melancolia; los que se matan en este pays son llamados *lunáticos*, y su muerte se cree causada por una especie de enfermedad.

En una palabra, no hay cosa mas útil que la de enseñar á los hombres á despreciar la muerte, y de apartar de sus entendimientos las falsas ideas que tienen de sus consecuencias. Este temor no constituiría nunca mas que cobardes, y sus consecuencias mas que fanáticos ó melancólicos, piadosos, inútiles para ellos mismos y para la sociedad, La muerte es un recurso que no debemos de ningun modo quitar á la inocencia oprimida , que la injusticia de los hombres reduce muchas veces á la desesperacion. Si los hombres no la temiesen tanto, serian menos esclavos y supersticiosos, habria mas defensores de la verdad ; los derechos del hombre serian mejor sostenidos, se combatirian mejor sus errores, y la tirania desaparecería para siempre de las naciones : la cobardia la nutre, el miedo la perpetua, y en una palabra, los hombres no pueden ni ser dichosos ni estar contentos mientras que sus opiniones les obliguen á temblar.

CAPITULO XV.

DE LOS INTERESES DE LOS HOMBRES, DE LAS IDEAS QUE SE HACEN DE SU FELICIDAD. EL HOMBRE NO PUEDE SER JUSTO SIN SER VIRTUOSO.

LA utilidad, como ya llevamos dicho, debe ser la única medida del juicio de los hombres. Ser útil es contribuir al bien de nuestros semejantes, lo contrario es serles dañoso. Sentado este principio, veamos si los que hemos establecido hasta aquí, son ventajosos ó nocivos, útiles ó inútiles á los seres de la especie humana. Si el hombre busca su felicidad en todos los instantes de su vida, no debe aprobar mas que aquellos que se la procuran ó le facilitan los medios de obtenerla.

Hemos dicho ya cuanto ha podido servir para fijar nuestras ideas sobre lo que constituye la felicidad, y hemos hecho ver que esta no consistía mas que en el goze de un placer

continuado. (1) Pero para que un objeto nos guste, es menester que las impresiones que hace sobre nosotros, las percepciones que nos dá, las ideas que nos deja, en una palabra, que los movimientos que excita sean análogos á nuestra organizacion, á nuestro temperamento, á nuestra naturaleza individual, modificados por la costumbre y por una infinidad de circunstancias ó causas que nos dan los modos de que sean mas ó menos permanentes ó pasajeras; es menester que la accion del objeto que nos mueve, cuya idea nos queda, lejos de debilitarse ó de anondarse, vaya siempre en aumento; y es menester que, sin fatigar, agotar ó descomponer nuestros órganos, este objeto dé á nuestra máquina el grado de actividad de que siempre necesita. ¿ Cual es el objeto que reúne todas estas calidades? ¿ Cual es el hombre cuyos órganos son susceptibles de una agitacion continua, sin molestarse, sin fatigarse y sin experimentar ninguna sensacion penible? El hombre quiere siempre estar advertido de su existencia lo mas vivamente posible, tanto cuanto puede estarlo sin dolor. Pero, ¡que digo! consiente con frecuencia á sufrir mas

(1) Véase el capítulo IX.

bien que á sentir; se acostumbra á mil cosas que en su origen han debido afectarle de un modo desagradable, y que llegan á cambiarse en necesidades ó á no hacer ninguna impresion sobre él. (1) Efectivamente, ¿ como hemos de encontrar en la naturaleza un objeto capaz de dar á nuestra imaginacion la dosis de actividad proporcionada á nuestra organizacion, que tan sujeta está por su movilidad á variaciones perpetuas? Los placeres mas vivos son siempre los menos durables, pues que son los que nos causan la mayor lasitud.

Para ser dichosos sin interrupcion seria necesario que nuestra fuerza fuese infinita, y que á nuestra movilidad se añadiese un vigor inalterable, ó á lo menos que los objetos que nos comunican sus movimientos pudiesen adqui-

(1) El ejemplo lo tenemos en el tabaco, el café, y sobre todo el aguardiente, que ha facilitado al Europeo el medio de subyugar los negros y salvages. Este sin duda es el motivo porque nos gustan tanto las tragedias, y porque el pueblo se precipita para ver la ejecucion de los criminales, que para él, no es mas que una tragedia. En una palabra, el deseo de sentir ó de ser fuertemente conmovido parece ser el principio de la curiosidad con la que acogemos lo maraviloso, lo sobrenatural, y todo lo que hace trabajar nuestra imaginacion. Los hombres aman su religion como los salvages el aguardiente.

rir ó perder sus calidades segun el estado en que nuestra máquina se hallase; seria necesario que las esencias de los seres cambiasen en la misma proporcion que nuestras disposiciones, que estan sometidas á mil causas que nos modifican á pesar nuestro. Si nuestra máquina se apercibe á cada instante de los grados de resorte, de pesadez del calor y del fluido de nuestra sangre , del orden ó de la armonía de las diferentes partes de nuestro cuerpo; si la tension de los nervios, el resorte de las fibras, la actividad del entendimiento y el calor de la imaginacion cambian , es evidente que, no conservando las mismas causas ni las mismas calidades, no pueden siempre afectarnos del mismo modo. Este es el motivo porque los objetos que antes nos agradaban, nos desagradan hoy, no por que hayan cambiado en sí, sino porque nuestros modos de pensar y de ver lo han hecho; este es el margen de la inconstancia

Pues que los mismos objetos no son constantemente capaces de hacer la felicidad del mismo individuo, es claro que gustarán mucho menos, ó que la misma felicidad no podrá convenir á todos los hombres. Unos seres que tanto varian en cuanto á su temperamento, su fuerza, su imaginacion, sus ideas, sus opiniones, sus costumbres, y una infi-

nidad de circunstancias físicas y morales que les modifican diversamente, deben necesariamente tener unas nociones de la felicidad. Esta para un avaro es muy distinta de la que es para un pródigo; la felicidad de cada hombre depende de cada organizacion natural, de las circunstancias, de las costumbres y de las ideas falsas ó verdaderas que le han modificado; y como esta organizacion y estas circunstancias no son nunca las mismas, es claro que lo que constituye el objeto de los deseos del uno, debe ser muy indiferente para los demas, y que, como acabamos de decir, ninguno puede conocer lo que es capaz de constituir la felicidad de sus semejantes.

Llamase interes el objeto en que cada hombre, segun su temperamento, fija sus ideas y su bien estar; lo que nos demuestra que el interes no es mas que lo que cada uno de nosotros cree necesario para su dicha. Esto nos dá á conocer que no hay hombre en este mundo sin interes; el del avaro es el de atesorar riquezas, el del pródigo de disiparlas, el del ambicioso de obtener poder, títulos, y dignidades; el del sabio de vivir con tranquilidad, el del libertino el de entregarse á toda suerte de excesos, que llama placeres; el del hombre prudente de apartarse de los que le podrian dañar; el del pícaro es el de satisfacer

sus pasiones á toda costa, y el del hombre virtuoso el de merecer por su conducta el amor y la aprobacion de los demas, y de no hacer nada que pueda degradarle á sus ojos.

De modo que cuando decimos que el interes es el único móvil de las acciones de los hombres, solo damos á entender que todo su anhelo es el de obtener una felicidad á su modo. De manera que ningun hombre puede ser justamente llamado desinteresado, y solo se puede dar este nombre á aquel de quien ignoramos los móviles ó de quien aprobamos el interes. Este es el motivo porque llamamos generoso, fiel y desinteresado, todo aquel que prefiere el hacer un favor á un amigo, al placer de acumular unos tesoros inútiles, y á otro que desea mas su gloria que su fortuna. En fin, llamamos desinteresado todo aquel que hace, al objeto en quien ha puesto su dicha, unos sacrificios que nos parecen costosos, porque no estimamos el objeto del mismo modo que él.

No hay cosa mas extraordinaria que la tontería que tenemos de querer juzgar de los intereses de los demas, lo que es imposible, porque para ello seria necesario tener los mismos órganos, los mismos ojos, las mismas pasiones y las mismas opiniones. Sin embargo, obligados á apreciar las acciones de los hombres se-

gun sus efectos, aprobamos el interes que les anima siempre que de el resulta alguna ventaja para la especie humana. Este es el motivo porque admiramos el valor, la generosidad, el amor de la libertad, el talento y la virtud, sin acordarnos que en ello no hacemos mas que aprobar los objetos en que estos hombres han puesto su felicidad; tambien admiramos sus disposiciones, aun cuando no podemos sentir sus efectos; pero, aun en este caso, no somos desinteresados; la experiencia, la reflexion, la costumbre y la razon, nos dan este gusto moral, lo que hace que tengamos tanta satisfaccion en ver una accion grande y generosa, como la que un hombre de gusto tiene al ver un buen cuadro aunque no sea suyo. El que se hace una costumbre de ser virtuoso, es el que no pierde de vista el interes que tiene en la afeccion, la estima y los socorros de los demas, como tambien el deseo de amarse á sí mismo. Lleno de estas ideas se abstendrá hasta de los crímenes ócultos, que le envilecerian á sus ojos, y se parece á un hombre que, habiendo contraido en su juventud la costumbre de la limpieza, se llenaria de sentimiento al verse puerco, aun cuando estuviese solo. El hombre de bien es aquel que halla su interes ó su felicidad en un modo de obrar que los otros tienen que aprobar.

Estos son los principios que forman las bases de la moral. Nada hay de menos fundamento que los móviles imaginarios fuera de la naturaleza, y los sentimientos innatos que algunos especuladores han considerado como anteriores á toda experiencia, y como independientes de nosotros. El hombre por su esencia tiene que amarse á sí mismo, tratar de conservarse y de hacer dichosa su existencia; (1) así es que el interes ó el deseo de esta dicha es el único móvil de todas sus acciones. Este interes depende de su organizacion natural, de sus necesidades, de sus ideas adquiridas, y de las costumbres que ha contratado; está sin duda en el error, cuando una organizacion viciada, ó unas opiniones falsas, le presentan su bien estar en unos objetos inútiles ó nocivos tanto á el mismo, como á los demas; y marcha con firmeza hácia la virtud, cuando sus ideas verdaderas hacen que su felicidad se fije en una conducta util á su especie, que esta merezca la aprobacion de los demas, haciendole un objeto interesante para la sociedad. La moral seria una ciencia vana si no probase á los hom-

(1) Séneca dice : *Modus ergo diligendi præcipiendus est homini, id est quomodo se diligit aut prosit sibi; quin autem diligit aut prosit sibi, dubitare dementis est.*

bres que su mayor interes es el de ser virtuosos. Ninguna obligacion puede ser fundada mas que sobre la probabilidad ó la certidumbre de obtener ó de evitar un mal.

En efecto, un ser sensible é inteligente no puede en ninguno de los instantes de su duracion perder de vista su conservacion y su bien estar, y se debe por consiguiente á sí mismo el ser dichoso; pero la experiencia y la razon le prueban en breve que exhausto de socorros, no puede solo procurarse todas las cosas necesarias para la felicidad; y como vive con seres sensibles é inteligentes, ocupados como él en labrarse la suya, bien que capaces de ayudarle para el logro de los objetos que desea, se percibe que estos seres no le serán favorables mas que cuando su bien estar tenga en ello un interes; y concluye que para hacer su dicha es preciso que se conduzca en todos tiempos de una manera capaz de conciliarse el afecto, la aprobacion, la estimacion y la asistencia de los seres mas inclinados á concurrir á sus miras; vé que el hombre es lo mas necesario para la felicidad de su semejante, y que para hacer que el uno tome los intereses del otro, es menester que encuentre alguna ventaja en ello. Pero, para procurarselas es preciso tener virtud; todo hombre de entendimiento conoce que es de su interes el tenerla.

La virtud no consiste mas que en saber ser dichoso con la felicidad de los otros. El hombre virtuoso es el que comunica su felicidad á los seres capaces de devolversela.

Tal es el fundamento de toda moral, y el merito y la virtud tienen el suyo de la naturaleza del hombre y de sus necesidades, de lo que su felicidad depende enteramente. (1) La sociedad no puede subsistir ni ser util sin virtud, ni procurar ninguna ventaja, á menos de que esté compuesta de seres que quieran agradarse mutuamente, y dispuestos á trabajar en su utilidad recíproca. No puede haber felicidad en una familia, á menos que los miembros de que se compone no esten todos dispuestos á socorrerse, á participar en las penas de la vida, y en los males á que estan sujetos por su naturaleza. El nudo conyugal no puede hacernos dichosos, si no identifica los intereses de dos seres reunidos por la necesidad de un placer legítimo, de que pueda resultar la tranquilidad de la sociedad política y de los buenos ciudadanos. La amistad encanta porque con-

(1) *Est autem virtus nihil aliud quàm in se perfecta et ad summum perducta natura. Cic. de Legibus, I.* El mismo dice en otra parte: *virtus rationis absolutio definitur.*

siste en la asociacion particular de los seres virtuosos, es decir, que estan animados del sincero deseo de cooperar á su felicidad reciproca. Enfin la virtud sola puede hacernos merecer el buen concepto, la confianza, el amor de todos aquellos con quien tratamos, y en una palabra, ningun hombre puede ser dichoso estando solo.

Efectivamente, la felicidad de cada individuo de la especie humana depende de los sentimientos que hace nacer en los corazones de los que le rodean. Las grandezas pueden engañarles, el poder puede arrancarles algunos respetos involuntarios, la opulencia puede seducir algunas almas bajas y venales; pero la humanidad, la generosidad, la compasion y la equidad son solas capaces de obtener sin esfuerzo la ternura, la estimacion y el respeto, que todo hombre sensato conoce serle necesario. Luego el ser virtuoso no consiste mas que en hacer nuestra felicidad, lo que hace la de los demas, y en gozar de los favores y placeres que se les proporciona. Aquel á quien su naturaleza, su educacion, sus reflexiones y sus costumbres han hecho susceptible de estas disposiciones, y que sus circunstancias le ponen en estado de satisfacer sus deseos, es el objeto mas interesante para los que le conocen. Un hombre semejante goza continualmente, y

tiene el placer de ver la alegría pintada sobre todas las caras ; su muger, sus hijos, sus amigos y sus criados se le presentan con un rostro sereno, y le hacen ver una paz y una tranquilidad que ha sido hecha por él ; todo cuanto le rodea desea participar en sus placeres y sus penas : querido, respetado y considerado de los demas, todo le hace considerarse con satisfaccion ; conoce el poder que ha adquirido sobre los corazones, y se felicita á cada momento de haber sido la causa de la felicidad que hace que todo el mundo dependa de él. El sentimiento natural de amor propio, que tenemos para nosotros mismos, se multiplica á lo infinito, cuando vemos que todo el mundo participa en él ; la costumbre de ser virtuosos hace que nuestras necesidades no dependan mas que de la virtud, y este es el motivo porque lleva siempre la recompensa con ella misma.

No hay duda que nos diran, y aun que nos podran probar, que en el estado actual de cosas, la virtud lejos de procurarnos la felicidad, es un motivo para que seamos desgraciados ; en ninguna parte encuentra su recompensa, ó por mejor decir, no hay país en que no sea despreciada, perseguida, y aun aborrecida de los hombres. No puedo responder á esto, sino que, por una consecuen-

cia de su ceguedad, la virtud hace rara vez obtener los objetos en que el vulgo fija su felicidad. La mayor parte de las sociedades gobernadas por unos hombres, corrompidos á fuerza de lisonjas, vanidad y preocupaciones, prodigan generalmente su estima á los que no la merecen, y, lejos de sostener la virtud, no hacen mas que recompensar las calidades mas frivolas y dañosas. Pero el hombre de bien no ambiciona ni las recompensas, ni la aprobacion de una sociedad tan mal constituida; satisfecho con gozar de una felicidad domestica, no quiere adquirir mas relaciones, que no harian mas que multiplicar sus peligros; y como sabe que una sociedad viciosa es un torbellino en el cual un hombre de bien no puede existir, sale del camino frecuentado, de miedo de que le suceda alguna desgracia; hace todo el bien que sus medios le permiten, y deja el campo abierto para los malos que desean medir sus fuerzas; se entristeze al ver los golpes que se dan, y se felicita de su mediocridad, que le aparta de todo peligro; se acongoja al ver las naciones tan desgraciadas por las pasiones y el error, que hacen que no consistan mas que en ciudadanos desgraciados que, en igual de tratar de sus verdaderos intereses y de su felicidad mutua; que, en igual de convencerse de lo util que es

la virtud, no hacen mas que combatirse abiertamente ó destruirse ocultamente, y detestar una virtud que combate sin cesar sus pasiones desordenadas.

Cuando decimos que la virtud se recompensa á sí misma, queremos decir que, si hubiese una sociedad bien constituida, y cuyas miras fuesen todas guiadas por la verdad, la experiencia y la razon, cada individuo conoceria sus verdaderos intereses, el objeto de su asociacion, y veria que hay verdaderamente una ventaja en llenar su deber; en una palabra, estaria convencido que para ser dichoso debe ocuparse del bien estar de sus semejantes, y merecer su estima, su ternura y sus socorros. En fin, en toda sociedad bien constituida, el gobierno, la educacion, las leyes, el ejemplo y la instruccion conspirarian todas á dar á conocer al pueblo que la nacion no puede ni ser dichosa ni subsistir sin virtud. La experiencia le convence que el bien estar de las partes depende del bien estar del todo, y la justicia le hace ver que para que la sociedad fuese ventajosa, seria preciso que fuese un sistema de voluntades en el cual, los que obran de un modo ventajoso para el todo, recibiesen absolutamente una reaccion ventajosa.

Pero, por desgracia, los hombres han re-

vuelto de tal modo el orden de las cosas, que la virtud es perseguida, desgraciada y desterrada de la sociedad; de modo que tienen que prometerla sus recompensas en el otro mundo, y que engañar, seducir é intimidar á los mortales para hacerles que sigan la virtud, que les disgusta, y que se aparten del vicio, que todo conspira á hacerles amar. Este es el modo con que la política y la superstición quieren que, unas ilusiones vagas, reemplazen los móviles verdaderos, que la naturaleza, la experiencia, un gobierno sabio, la ley, la instruccion y el ejemplo pueden dar á los hombres. Estos, arrastrados por el ejemplo, autorizados por la costumbre, cegados por las pasiones, no menos peligrosas que necesarias, se burlan de las promesas y amenazas inciertas que les han hecho: el interes actual de sus placeres, de sus pasiones, de sus costumbres, tiene mucha mas fuerza para con ellos, que el interes de obtener una felicidad futura, ó las desgracias que no pueden ponerse en comparacion con las ventajas presentes.

Este es el motivo por que la superstición, lejos de hacer los hombres virtuosos por principios, no hace mas que imponerles un yugo tan duro como inútil, y que no puede ser soportado mas que por entusiastas ó pusilán-

nimes, que se hacen desgraciados ó dañosos con él. Efectivamente la experiencia nos demuestra que la religion es una barrera insuficiente para resistir á la fuerza de la corrupcion, que tantas causas conspiran en aumentar; ó, por mejor decir, ¿ esta religion no acrecenta ella misma el desorden público con el desfreno de las pasiones mas peligrosas que al paso santifica? Casi en todas partes la virtud no se encuentra, sino en alguna alma cuyas fuerzas pueden resistir á las preocupaciones, y que, fijando todo su contento en derramar sus beneficios en la sociedad, se consideran félices cuando, ademas de la satisfaccion que les resulta, logran la aprobacion de un corto número de personas, justas apreciadoras de los hechos; y finalmente, que dejan á parte las fútiles ventajas que las sociedades injustas no conceden demasiado frecuentemente, sino á la bajeza, á la intriga y á los crímenes.

A pesar de la injusticia que reyna en el mundo, hay sin embargo hombres virtuosos; en el seno mismo de las naciones mas viciosas, hay seres benéficos que, instruidos del precio de la virtud, saben que arranca, aun de sus enemigos, los respetos que la son debidos; y hay tambien que al menos se contentan de las recompensas interiores y ócultas

que nada sobre la tierra es capaz de frustrar. En efecto, el hombre de bien adquiere siempre unos derechos sobre la estima, la veneracion, la confianza y el amor aun de aquellos cuya conducta es opuesta á la suya, porque el vicio cede forzosamente á la virtud, de quien, aunque con vergüenza, reconoce la superioridad. Independientemente de este ascendiente, tan dulce, tan grande y tan seguro, el hombre de bien tiene siempre la ventaja, aun cuando el universo entero fuese injusto para él, de amarse y de estimarse á sí mismo; de leer con placer hasta en lo mas remoto de su corazon, y de mirar sus acciones con los mismos ojos con que los demas las mirarian si se diesen á la razon. Nadie le puede quitar la estima de sí mismo, que no es ridícula, sino cuando es mal fundada; este sentimiento es digno de menos precio, cuando se demuestra de de un modo humillante y desagradable para los demas; en este caso, le llamamos *orgullo*; si se funda sobre unas bagatelas, se le llama *vanidad*; y si no se le puede condenar, ó que se le crea legítimo ó bien fundado, se le llama *elevacion*, grandeza de alma, y nobleza.

No escuchemos pues las declamaciones de los supersticiosos que, enemigos de nuestra dicha, han querido destruirla hasta en nuestros corazones; que nos quieren hacer abor-

recernos á nosotros mismos, y que quieren arrancar al hombre de bien la única felicidad que le queda en este mundo perverso; que quieren des terrar de él, el sentimiento tan justo de un amor propio bien fundado, lo que seria romper el resorte mas poderoso que nos inclina á hacer bien. Si llegasen á hacer esto, ¿ que móvil podria hacer obrar al hombre en una sociedad tan corrompida? ¿No vemos en ella la virtud despreciada, el crimen audaz y el vicio recompensados, el amor del bien público denominado locura, la exâctitud en sus deberes llamada hipocrisia, y la sensibilidad, la ternura, la fidelidad conyugal, la amistad sincera é inviolable despreciadas y tratadas de ridiculas? El hombre tiene necesidad de algunos motivos para obrar; si lo hace bien ó mal es con el deseo de ser dichoso, y lo que llama su felicidad no es mas que su interes. Nada hace gratuitamente, y, si le retienen el salario de sus buenas acciones, se vé en la precision de ser ó tan pícaro como los demas, ó de pagarse á sí mismo.

Siendo esto así, es claro que el hombre virtuoso no puede ser enteramente desgraciado, y no podria nunca ser privado totalmente de la recompensa que merece, porque la virtud vale tanto como todos los bienes y felicidades de opinion. Esto no es decir que el hombre de

de bien esté exento de afliciones, porque tiene que sufrir los mismos males físicos que el hombre viciado sufre, excepto aquellos que el mismo vicio acarrea á este último; puede verse indigente, y estar expuesto á la calumnia, á la injusticia, á la ingratitud y al aborrecimiento; pero, en medio de sus desgracias, de sus penas y de sus sentimientos, encuentra en sí mismo un sustento; está contento con sus acciones, se respeta, conoce su propia dignidad, y la justicia de su causa. Estos apoyos no pueden de ningun modo pertenecer al pícaro; sujeto como el hombre de bien á toda especie de azares, pues que no halla como él, un alivio en su corazon, su conciencia no le puede sostener, y tanto su entendimiento como su cuerpo se ven sobrecargados á la vez. Ningun hombre de bien puede ser estóyco, porque la virtud no dá la insensibilidad; pero aun, hallándose infirme, es mas dichoso que un malvado en el mismo estado.

La felicidad del hombre depende del modo con que su temperamento fué cultivado; la naturaleza le dá los primeros fundamentos para ser dichoso; pero la cultura, la instruccion y la reflexion hacen valer el terreno que la otra ha formado. Se dice que un hombre es bien nacido porque ha recibido de la naturaleza un cuerpo sano, unos órganos capa-

ces de obrar con precision, un entendimiento justo, y un corazon cuyas pasiones y deseos son análogos y conformes á las circunstancias en que la casualidad le ha puesto. De modo que la naturaleza ha hecho todo por nosotros, cuando nos ha dado la dosis de vigor y de energía suficiente para poder obtener lo que nuestro estado, nuestro modo de pensar y nuestro temperamento nos hacen desear; y al contrario la naturaleza nos hace el regalo mas funesto, cuando nos dá una sangre demasiado caliente, una imaginacion demasiado activa, y unos deseos demasiado impetuosos de lograr los objetos imposibles de alcanzar, ó á lo menos dificilísimos de obtener, capaces de hacer correr peligro á nuestro bien estar, y de turbar el reposo de la sociedad. Los hombres mas dichosos son regularmente los que tienen el alma mas tranquila, y que no desean mas que lo que se pueden procurar por medio de un trabajo capaz de mantener su actividad, sin darles ninguna emocion demasiado violenta. Un filósofo, cuyos deseos son fáciles de satisfacer, enemigo de la ambicion, y que se contenta con tener un corto número de amigos, es seguramente mas dichoso que el ambicioso conquistador que se desespera porque no tiene mas que un mundo que destruir. Un hombre bien nacido, ó capaz de ser por su natu-

raleza modificado de un modo conveniente, está muy lejos de ser nocivo á la sociedad. Esta se vé turbada en general por hombres turbulentos y descontentos con su suerte, arrastrados por sus pasiones, y enamorados de unos objetos muy difíciles, que los ponen en combustion para poder obtener los bienes imaginarios en que hacen que consista su dicha. Un Alexandro no se contenta con menos de naciones destruidas, imperios anegados en sangre, y ciudades en cenizas; ¡y hé aquí sobre que funda su ambicion, y lo que llama un noble deseo de gloria! Un Diógenes no pide mas que una cuba, y la libertad de ser extraordinariamente original; y un Socrates está contento con poder hacer discípulos á la virtud.

Como el movimiento es absolutamente necesario para el hombre, no puede menos de estar continuamente deseando; este, sin duda alguna, es el motivo por que, cuando logramos las cosas con demasiada facilidad, se nos hacen insipidas. Para gozar de la felicidad, nos ha de haber costado caro el obtenerla; y para que la posesion nos encante, es necesario que nuestros deseos hayan sido antes fuertemente irritados, porque los bienes que nada nos cuestan, nos son mas que indiferentes. La esperanza de la felicidad, el trabajo que necesi-

tamos para lograrla, las pinturas variadas y multiplicadas que la imaginacion nos hace de ella, dan á nuestro cerebro el movimiento de que necesita, le hacen ejercer sus facultades, ponen todos sus resortes en movimiento; en una palabra, le dan una actividad agradable, de que el goze de la misma felicidad no puede indemnizarnos. La accion es el verdadero elemento del entendimiento humano, de que cesa de obrar, cae en el fastidio. Nuestra alma tiene necesidad de ideas, como la tiene nuestro estómago de alimentos. (1)

Asi es que la impulsion que nos dá el deseo, es para él un grand bien, y es para el entendimiento lo que es el ejercicio para el cuerpo; sin él no hallamos ningun placer en los alimentos que nos presentan; del mismo modo la sed hace que el gusto de beber nos sea tan agradable.

(1) La ventaja que los sabios tienen sobre los ignorantes, no es debida mas que á la multitud y á la variedad de las ideas que la reflexion y el estudio dan al entendimiento: el de un hombre capaz de sentir y de pensar halla mas satisfaccion en leer un buen libro, que el de un ignorante no encuentra en la que todos sus placeres y riquezas le procuran. El estudiar es recoger un almacen de ideas; la multitud y la combinacion de estas son las que ponen tanta diferencia entre los hombres, y les dan unas ventajas sobre los demas animales.

La vida es un círculo perpetuo de deseos nacientes y de deseos satisfechos. El descanso no es un bien sino para el que trabaja, y es un manantial de fastidios, de tristezas y de vicios para el que no ha trabajado. El gozar sin interrupción no es gozar, pues que el hombre que nada tiene que desear es sin la menor duda más desgraciado que aquel que sufre.

Estas reflexiones, fundadas sobre la experiencia, deben probarnos que el mal, así como el bien, depende de la esencia de las cosas. La felicidad no puede ser continua; el trabajo es necesario al hombre para poner un intervalo entre sus placeres, y como su cuerpo necesita de ejercicio y su corazón de deseos, el desagrado puede solo hacernos sentir el bien estar, siendo él, quien forma las sombras en el cuadro de la vida humana. Una ley irrevocable del destino hace por fuerza que esten descontentos con su suerte, que se esfuerzen en cambiarla, y en envidiarse reciprocamente una felicidad de la cual ninguno de ellos goza perfectamente. Así es que el pobre envidia la opulencia del rico, mientras que este con frecuencia se encuentra mucho menos feliz que él, y que al contrario desearia las ventajas de la pobreza, que vé activa, sana, y á veces risueña en el seno de la miseria.

Si todos los hombres estuviesen perfecta-

mente contentos, no habria mas actividad en el mundo ; es necesario para ser feliz desear, obrar y trabajar ; tal es el orden de una naturaleza cuya vida depende de la accion. Las sociedades humanas no pueden subsistir mas que por un cambio continuo de cosas en las cuales los hombres hacen consistir su felicidad. El pobre está obligado de desear y de trabajar, para lograr lo que sabe necesario á la conservacion de su ser ; nutrirse, vestirse, alojarse y propagarse son las primeras necesidades que la naturaleza le impone. ¿Las ha satisfecho ? pronto se vé en la precision de crearse otras nuevas, ó por mejor decir, su imaginacion no hace mas que refinar las primeras, buscando á diversificarlas y hacerlas mas picantes, y tan luego como, llegado á la opulencia, ha recorrido todo el círculo de las necesidades y de sus combinaciones, cae en el fastidio. Así que se vé dispensado del trabajo, su cuerpo se llena de humores ; desprovisto de deseos, su corazon cae en la languidez ; privado de actividad, se vé precisado á hacer parte de sus riquezas á unos seres mas activos y mas laboriosos que él ; estos, por su propio interes, se encargan de trabajar por él, de subvenir á sus necesidades, de sacarle de su languidez, y de llenar sus fantasias. De este modo los grandes y los ricos excitan la energía,

la actividad y la industria del indigente ; este, trabajando para los otros, trabaja en su bien estar ; es de esta manera que el anhelo de mejorar su suerte hace que el hombre sea necesario al hombre, y que los deseos, que siempre renacen insaciables, sean el principio de la vida, de la salud, de la actividad y de la sociedad. Si cada hombre se bastase á sí mismo, no habria precision de vivir en sociedad ; nuestras necesidades y deseos nos ponen en la dependencia de los demas, y hacen que cada uno de nosotros, por su interes propio, tenga que ser util á los seres capaces de procurarle los objetos que él por sí no posee. Una nacion no es mas que una grande reunion de hombres, que no se unen mas que por sus necesidades y sus placeres ; los mas dichosos entre ellos son los que tienen menos deseos y mas modos de satisfacerlos.

La progresion de necesidades es una cosa enteramente necesaria, tanto en los individuos de la especie humana, como en los de una sociedad política ; esta progresion está fundada sobre la esencia del hombre, y es preciso que las necesidades naturales, despues de haber sido satisfechas, sean reemplazadas por otras que llamamos *imaginarias* ó de *opinion* ; y estas llegan á ser tan indispensables como la primeras. La costumbre, que permite al salvag

de América andar desnudo, obliga á vestirse á una nacion europea ; en esta el pobre se contenta con un vestido ordinario que le sirve todo el año, al paso que el rico quiere uno para cada sazon ; y se hallaria muy disgustado si no pudiese cambiar á menudo, y mucho mas si este vestido no diese á conocer su opulencia, su rango y su superioridad. Este es el modo con que la costumbre multiplica las necesidades del rico, que su vanidad hace indispensables para él, y en fin, ella es la que procura á los indigentes una subsistencia. Aquel que se ha acostumbrado al fausto y al lujo en sus vestidos, se hallará tan miserable si estos le faltan, como el pobre que se vé enteramente desnudo. Las naciones mas civilizadas en el dia, eran antes salvages, y no se ocupaban mas que de la caza y de la guerra ; pero poco á poco se llegaron á fijar, se acostumbraron al comercio, y se dieron á la agricultura ; desde entonces sus necesidades se empezaron á refinar, extendieron su esfera, é imaginaron mil medios para contentarlas ; progresion natural y necesaria de los seres activos, que tienen precision de sentir, y que para ser dichosos es menester que cambien de sensaciones.

A medida que las necesidades de los hombres van creciendo, la dificultad de satisfacer-

las se va aumentando ; se ven en la precision de depender de un mayor numero de sus semejantes , y para excitarlos á la actividad , y hacer que concurren en sus miras, es preciso que tengan los objetos necesarios para hacer que los demas accedan á sus deseos. El salvaje no tiene mas que alargar la mano para coger el fruto que basta para su subsistencia, en igual que el ciudadano opulento necesita de millares de brazos para crear los manjares delicados de que su apetito estragado necesita para rehacerse ; lo que nos demuestra que á medida que nuestras necesidades se multiplican, tenemos que aumentar los modos de satisfacerlas. Las riquezas no son mas que el medio de convencion, con el cual hacemos que un gran número de hombres se apresuren en satisfacer nuestros deseos. ¿ Que hace el hombre rico, sino es el anunciar al indigente, que tiene los medios de hacerle subsistir, con tal que quiera prestarse á sus voluntades? El hombre poderoso, ¿ que hace, sino es facilitar á los demas el modo de ser dichosos? Los monarcas, los príncipes y los ricos, nos parecen dignos de envidia, solo porque tienen los medios de hacer que una infinidad de hombres se ocupen en darles gusto.

Cuanto mas consideremos las cosas, mas nos convenceremos que la verdadera causa de la

desgracias de los hombres dimana de sus ideas. La felicidad no es rara entre ellos, sino porque la fijan en unos objetos que son ó indiferentes ó inútiles; las riquezas son indiferentes en sí mismas, y solo el uso que hacemos de ellas puede hacernoslas útiles ó dañosas. El dinero, despreciado por un salvaje á quien de nada podria servir, es acumulado por un avaro, para quien se hace inútil ó gastado por un pródigo, que no se sirve de él, mas que para comprarse infirmitades y arrepentimientos. Los placeres no son nada para aquel que no puede disfrutar de ellos; al contrario se constituyen en verdaderos males cuando, destructores para nosotros mismos, disturbán nuestra máquina, hacen que perdamos de vista nuestros deberes, y que seamos despreciables para los demas. El poder no es nada en sí mismo, nos es inútil si no nos servimos de él para nuestra felicidad; se hace funesto cuando abusamos de él, y odioso, cuando solo lo empleamos en hacer infelices á los otros. Por falta de talento, los hombres que mas tienen en su poder el ser dichosos no lo son; el arte de gozar es el menos conocido de todos, y no obstante él es, el que deberiamos aprehender antes de empezar á desear. La tierra está llena de hombres que no se emplean mas que en procurarse los medios de que no se sirven jamas; todos de-

sean la fortuna y el poder, y sin embargo hay muy pocos que puedan ser dichosos con ellos.

Es muy natural, muy justo y muy necesario el que deseemos todo aquello que puede formar nuestra felicidad : los placeres, las riquezas y el poder, son unos objetos dignos de nuestra ambicion y de nuestros esfuerzos, siempre que sepamos servirnos de ellos para hacernos mas dichosos ; pero seran muy odiosos si despues de haberlos obtenido , nos servimos de ellos para dañar á los demas. Deseemos el poder y el credito , con tal que los podamos obtener sin pagarlo con nuestro reposo; deseemos las riquezas, siempre que sepamos servirnos de ellas de un modo ventajoso para nosotros y para nuestros semejantes ; pero no nos las procuremos jamas con medios que tengamos que echarnos despues en cara á nosotros mismos ; acordemonos siempre que nuestra verdadera felicidad depende de nuestra propia estima y de las ventajas que podemos procurar á los demas, y que de todos los proyectos no hay ninguno mas dificil, para un hombre que vive en sociedad, como el de querer ser exclusivamente dichoso.

CAPITULO XVI.

EL ERROR DE LOS HOMBRES SOBRE LO QUE
CONSTITUYE LA FELICIDAD, ES EL VER-
DADERO ORIGEN DE TODOS SUS MALES. DE
LOS REMEDIOS INUTILES QUE LES HAN
SIDO DADOS.

La razon no quiere impedir que el hombre forme vastos deseos; la ambicion es la pasion mas util del género humano, siempre que tiene su felicidad por objeto. Las almas grandes quieren moverse en una esfera considerable; los grandes talentos, ilustrados, benéficos, y que se hallan en circunstancias favorables, derraman sus mercedes á lo lejos, porque para ser felices tienen que hacer la felicidad de muchos mas. El que los príncipes gozen tan rara vez de esta felicidad, es porque su entendimiento se vé obligado á obrar en una esfera demasiado grande para que pueda llenarla. Este es el motivo porque la inaccion,

la indolencia y la incapacidad de sus gefes, hacen que las naciones deperezcan y se encuentren en la miseria, porque estos soberanos son tan incapaces de hacer su felicidad propia, como la de sus vasallos. Por otra parte, las almas demasiado violentas y activas se encuentran muy á lo estrecho en el círculo que les rodea, y su calor mal entendida las hace ser el castigo del género humano. (1) Alejandro fué un monarca tan nocivo en la tierra, y tan descontento con su suerte, como el despota indolente que logró destronar, y las almas de ambos fueron poco proporcionadas á sus esferas.

La felicidad del hombre no puede resultar sino de la simpatía de sus deseos con sus circunstancias. El poder de la soberanía no es ninguno, para aquel que no sabe con él, hacer su felicidad; es al contrario un mal real si le hace desgraciado, y el abuso mas detestable si labra el infortunio de una porcion de la especie humana. Los principes mas poderosos no son por lo regular infelices, ni sus vasallos tan comunmente expuestos á la adversidad,

(1) *Æstuat infelix angusto limite mundi.*

Séneca dice de Alejandro: *Post Darium et Indos pauper est Alexander; inventus est qui concupiscere aliquid post omnia.* Sén. epist. 120.

mas que porque los primeros, que poseen los medios para hacer su dicha, no los ponen en practica ó no saben sino abusar de ellos : un sabio sobre el trono, seria el mas afortunado de los hombres. Un monarca es un hombre cuyo poder, por grande que sea, no puede darle unos órganos, y unos modos de pensar distintos de aquellos que puede tener el último de sus vasallos ; y las solas ventajas que tiene sobre él , se las debe á la grandeza, á la variedad, á la multiplicidad de los objetos de que puede ocuparse, que, dando una accion perpetua á su entendimiento , le impiden el marchitarse y caer en el fastidio. Si su alma es virtuosa y grande, su ambicion se satisface á cada instante con el poder de reunir las voluntades de sus vasallos á la suya, el de interesarles en su conservacion , de merecer su amor, y el de atraerse enfin el respeto y los elogios de todas las naciones. Estas son las conquistas que la razon propone á todos aquellos que la suerte destina al gobierno de los imperios, que sin duda son bastante grandes para satisfacer la imaginacion mas viva, y la ambicion mas vasta. Los reyes no son mas felices que los demas hombres, sino porque tienen el poder ó la facultad de hacer un gran número de dichosos, y de multiplicar así las causas de un contento legitimo en ellos mismos.

Estas ventajas del poder soberano estan distribuidas entre los que contribuyen al gobierno de los estados, y por consiguiente la grandeza, el rango y el crédito son objetos dignos de ser deseados por aquellos que saben el modo de emplearlos en su felicidad; son inútiles para los que no tienen ni energía ni capacidad suficiente para hacérselos provechosos, y detestables cuando, para obtenerlos, ha sido necesario el comprometer nuestro reposo y el de la sociedad : esta hace muy mal en respetar unos hombres que no emplean su poder mas que en dañarla, en igual que deberia apreciar solo los que la sirven.

Las riquezas, que en las manos del avaro son inútiles, y en las del vicioso peligrosas, pueden servir de mucho al hombre de bien, porque con ellas puede aumentar su felicidad; pero, antes de desearlas, es preciso saber el uso que se ha de hacer de ellas : el dinero es el signo representativo de la felicidad; saber gozar y servirse de él para hacer dichosos á los demas es la realidad. El dinero, segun las convenciones de los hombres, procura todos los bienes que podemos desear; el único que no procura, es el de saber servirse de él. El tenerlo sin saber gozar, es como si se tuviese la llave de un palacio en el cual no se pudiese entrar; y el prodigarle, es echar la llave en un rio.

Cuantos mas tesoros se le den: el hombre de bien ilustrado, mas medios se le darán de ser feliz; si tiene el alma grande y noble, los distribuirá convenientemente en todas partes; se merecerá el cariño de una infinidad de hombres; será respetado por los que le rodean; comedido en sus placeres para poder disfrutar mas largo tiempo de ellos, porque sabrá que el dinero es incapaz de pagar, ó de restablecer una alma usada por el placer, unos órganos debilitados por los excesos, y un cuerpo laso é incapaz de sostenerse mas que á fuerza de privaciones; y enfin sabrá que el abuso de las voluptuosidades, no hace mas que arruinar una salud que todos los tesoros del mundo no pueden renovar.

Esto nos demuestra cuan frivolas son las declamaciones de esa triste filosofia que quiere que no tengamos ni ambicion, ni deseos de riquezas; todos estos objetos son muy dignos de ser deseados por nosotros, con tal de que nuestras circunstancias nos lo permitan, ó que sepamos el uso que hemos de hacer de ellos; la razon no puede menos de estimarlos con tal de que no sirvan mas que para hacernos dichosos. El placer es un bien, y es de nuestra naturaleza el amarle; las riquezas son los simbolos de la mayor parte de los bienes de este mundo, y se hacen una realidad, cuando

caen en las manos de quien sabe usar de ellas. El poder es el mayor de todos los bienes, cuando el que le posee ha recibido de la naturaleza y de la educacion, una alma grande, noble, y bastante fuerte para extender sus benéficas influencias sobre unas naciones, á quienes dá con esto una dependencia legítima, y de quienes recibe el precio encadenándolas y adquiriendose el derecho, que solo al benévolo es debido, de mandar á los hombres porque les hace dichosos.

Los derechos del hombre, en cuanto á sus semejantes, no pueden ser fundados mas que sobre la felicidad que este les procura ó que les dá margen de esperar; sin esto, el poder que ejerce sobre ellos seria una violencia, una usurpacion, y una tiranía manifiesta; pues que no es mas que sobre la facultad de hacernos dichosos, que toda autoridad legítima está fundada. No hay ningun mortal que reciba de la naturaleza el derecho de mandar á otro; pero se lo concedemos voluntariamente á aquel de quien esperamos nuestro bien estar. El gobierno no es mas que el derecho de mandar á todos, conferido al soberano para el bien de los gobernados. Los soberanos son los defensores y los guardianes de la persona, bienes, y libertad de sus vasallos; no es sino bajo esta condicion que estos le prestan obe-

diencia; pero, si el gobierno se sirve de las fuerzas que se le han confiado para hacer la sociedad desgraciada, entonces es digno de castigo. El imperio de la religion no está fundado mas que sobre la opinion en que se vive, de que tiene el poder de hacer la dicha de las naciones, pues que hasta los dioses no serian mas que unas fantasmas odiosas si hiciesen á los hombres desgraciados. (1) El gobierno y la religion no serian instituciones razonables si no contribuyesen á la felicidad de la especie humana ; y seria tan grande locura el someterse á un yugo del cual no puede esperarse sino un mal resultado; como seria una injusticia el forzar los mortales á renunciar sus derechos, sin la menor ventaja para ellos.

La autoridad que un padre ejerce sobre su familia, no está fundada mas que sobre las ventajas que se sabe le procurar. Los rangos en las sociedades políticas tienen solo por base

(1) Ciceron dice : *Nisi homini Deus placuerit, Deus non erit*. Dios no puede obligar á los hombres á obedecerle, si no les hace conocer que está en su poder el hacerles félices ó desdichados. Véase *Defensa de la religion*, tom. 1, pag. 433. Es menester concluir de estos principios, que el hombre está en derecho de juzgar la religion y los dioses, vistas las ventajas ó los daños que procuran á la sociedad.

la utilidad real ó imaginaria de algunos ciudadanos, en favor de lo que los otros les distinguen, respetan y obedecen. Los derechos que el rico adquiere sobre el indigente, dimanán del bien estar de que disfruta, y de la posibilidad que tiene de hacerselo sentir. El ingenio, el talento, el entendimiento, las ciencias y las artes, no tienen derechos sobre nosotros sino en razon de la utilidad, del gusto y de las ventajas que procuran á la sociedad; en una palabra, solo la dicha, ó la esperanza de obtenerla, y solo su imagen, es lo que estimamos y que adoramos incesantemente. Los dioses, los monarcas, los ricos y los grandes pueden muy bien imponernos, deslumbrarnos é intimidarnos con su poder ; pero, jamas obtendrán la sumision voluntaria de nuestros corazones, á quien pertenece exclusivamente el conferir unos derechos legítimos, por el medio de unos beneficios y de unas virtudes reales. La utilidad no es otra cosa, sino una verdadera dicha ; el ser util, es ser virtuoso ; y ser virtuoso, es el hacer dichosos.

La felicidad que nos procuran, es la medida invariable y necesaria de nuestros sentimientos para los seres de nuestra especie, para los objetos que deseamos , para las opiniones que abrazamos, y para las acciones que juzgamos ; y seriamos victimas de nuestras

preocupaciones, si cesásemos de servirnos de esta medida para reglar nuestros juicios. No correremos el riesgo de engañarnos, si examinamos cual es la verdadera utilidad que resulta para nuestra especie, de las religiones, de los gobiernos, de las leyes y de todas las instituciones, las invenciones y las acciones de los hombres.

Una mirada superficial es á veces suficiente para seducirnos; pero las experiencias y la reflexion nos vuelven á la razon, que no puede engañarnos: esta nos enseña que el placer es una felicidad momentanea, pero que muchas veces llega á ser un mal; que el mal es una pena pasagera que freqüentemente se vuelve en bien; nos hace conocer tambien la verdadera naturaleza de los objetos y presentir sus efectos, y nos hace distinguir las inclinaciones á las cuales nuestro bien estar puede entregarse, de aquellas cuya seduccion debemos de resistir. Enfin, ella nos convencerá siempre, que el interes de los seres inteligentes, amantes de su dicha, y que desean la de su existencia, quieren que se destruyan para ellos, las fantasmas y las preocupaciones que en este mundo ponen obstáculos á su felicidad.

Si consultamos la experiencia, veremos que donde debemos buscar el verdadero manantial de esta turba de males, que por todas par-

es agobian al género humano, es en las ilusiones y en las opiniones sagradas. La ignorancia creó los dioses ; la impostura se los pintó terribles ; esta funesta idea persiguió al hombre sin mejorar su condicion, le hizo temblar sin fruto, llenó su imaginacion de ilusiones, se opuso á los progresos de su razon, le impidió el buscar su felicidad. Sus temores le hicieron esclavo de aquellos que le engañaron bajo pretexto de su bien ; hizo el mal cuando se le dijo que sus dioses pedian crímenes ; vivió en la infelicidad, porque le hicieron entender que sus dioses le condenaban á estar en la miseria ; nunca se atrevió á resistirles ni á deshacerse de sus yerros, porque se le hizo comprehender que la estupidez, el renunciar á la razon, el entorpecimiento del entendimiento y la abjeccion de su alma, eran los medios mas seguros de lograr una dicha eterna.

Las mismas preocupaciones han alucinado á los hombres en sus gobiernos, porque las naciones no conocieron jamas los verdaderos fundamentos de la autoridad ; no se atrevieron á exigir su felicidad de unos reyes que no tenian otros deberes mas que de procurársela ; y se imaginaron locamente que los soberanos, como dioses, recibian al nacer, el derecho de mandar á los mortales, y podian disponer á

su albedrío de la felicidad de los pueblos, de quien no tenían que dar cuenta á nadie. La consecuencia natural de estas opiniones fué, que la política degeneró en un arte fatal que consistia en sacrificar la felicidad de todos al capricho de un solo, ó de unos cuantos mal privilegiados ; y las naciones insensatas, á pesar de los males que sufrían, adoraban los idolos que ellas mismas se habían forjado, y respetaban tontamente los instrumentos de sus miserias, obedeciendo á sus injustas voluntades, y sacrificando su vida, su sangre y sus tesoros para satisfacer su ambicion y su insaciable avaricia ; teniendo siempre una veneracion estúpida por todos los que poseían el poder de dañarlas, echándose siempre á los pies del rango, del crédito, de los títulos, de la opulencia y del fausto; y en fin, víctimas de sus preocupaciones, esperaron siempre en vano su bien estar de algunos hombres que, desgraciados ellos mismos por sus vicios y por su incapacidad de gozar, no se hallaban de ningun modo dispuestos á ocuparse del bien de sus pueblos : de modo que su bien estar físico y moral fué completamente perdido bajo tales gefes.

La misma ceguera encontramos en la ciencia de las costumbres. La religion, que no tiene nunca por base mas que la ignoran-

cia, y por guia mas que la imaginacion, no se ocupó en fundar la moral sobre la naturaleza del hombre, sobre sus relaciones con los demas, ni sobre los deberes que precisamente dimanaban de estas relaciones, prefiriendo al contrario fundarla sobre la intimidad imaginaria que queria subsistiese entre él y un poder invisible, que ella habia sin ningun motivo imaginado. Estos dioses invisibles fueron siempre representados por la religion como unos tiranos perversos, que eran arbitros, y daban el ejemplo de conducta á los hombres; por consiguiente, estos, queriendo imitar á estas divinidades, se hicieron insoeciabiles, inútiles, turbulentos y fanáticos; los interpretes de esta religion fueron los solos que se aprovecharon de las tinieblas en que ponía á el entendimiento humano. Las naciones desde entonces no conocieron ni la naturaleza, ni la razon, ni la verdad, contentándose con ser religiosas, sin tener la menor idea de la moral y de la virtud. Cuando un hombre hacia daño á sus semejantes, creia haber ofendido á su dios; pero se imaginaba que podia limpiarse de esta culpa humillandosele, haciendole algunos regalos, ó sobornando alguno de sus curas; de modo que la religion, lejos de dar una base segura, natural, y conocida á la moral, no le dió mas que una idea impo-

sible de ser conocida, ó por mejor decir, la corrompió enteramente, y sus expiaciones la acabaron de arruinar; siempre que quiso combatir las pasiones de los hombres, lo hizo en vano, porque, entusiasta y sin experiencia, no conocia los verdaderos remedios; los suyos, que eran acerbos, y capaces de repugnar mas y mas á los enfermos, fueron considerados como divinos, porque no podian servir para los hombres; ineficaces, porque las ilusiones no sirven de nada contra unas pasiones engendradas en los corazones por los motivos mas fuertes y poderosos.

La voz de la religion ó de Dios no pudo hacerse entender en el tumultuo de las sociedades, en que todo decia al hombre que no podia ser dichoso sin dañar á los demas; y sus vanos clamores no hicieron mas que poner en el caso á la virtud de ser aborrecida, porque se las representaban siempre como enemiga de la felicidad y de los placeres)humanos. No se le dió á considerar al mortal, en la obligacion de sus deberes, mas que el sacrificio total de todo lo que mas amaba, sin jamas darle el menor motivo de por que era semejante sacrificio. Lo presente tuvo siempre mas fuerza que lo venidero, lo visible mas que lo invisible, lo conocido que lo desconocido, y el hombre fué malo y vicioso,

porque todo concurría en darle á entender que esto era necesario para ser dichoso.

Este fué el motivo porque la suma de desgracias del género humano, lejos de ser disminuida, no hizo mas que aumentarse con sus religiones, sus gobiernos, su educacion, sus opiniones, y en una palabra, con todas las instituciones que le hicieron adoptar bajo pretexto de hacerle mas dichoso. No se puede repetir bastante, que la verdadera causa de todos los males que afligen la raza humana es debida al error, y de ningun modo á la naturaleza; no es un Dios irritado que quiso que viviese en la amargura; ni una depravacion hereditaria, la que ha hecho los mortales malos y desgraciados, sino unicamente el error, á quien solo se deben atribuir todos estos deplorables efectos.

El soberano bien, tan buscado por los sabios, y que ha sido anunciado con tanto enfasis, puede ser considerado como una mera ilusion, semejante á la panacea maravillosa que algunos *iniciados* han querido hacer pasar por un remedio universal. Todos los hombres estan malos; su nacimiento les entrega al instante al contagio y al error; solo que cada cual, segun su organizacion natural y sus circunstancias particulares, se halla diversamente afectado con sus males. Si es verdad que haya

un remedio particular que se pueda aplicar á toda especie de enfermedades, este remedio no puede ser otro que el de la verdad, que es preciso sacar de la naturaleza.

Viendo los errores que ciegan á tantos hombres que se ven obligados á mamarlos con la leche; viendo los deseos de que estan continuamente agitados, las pasiones que les atormentan, las inquietudes que los roen, los males tanto físicos como morales que les sitian por todas partes, podria uno pensar que la felicidad no ha sido hecha para este mundo, y que seria en vano el querer curar unos males que al parecer son sin remedio. Cuando se consideran las supersticiones que les alarman, dividen, y hacen insensatos, los gobiernos que les oprimen, las leyes que les embarazan, las injusticias multiplicadas bajo las que vemos gemir casi todos los pueblos de la tierra, y enfin los vicios y los crímenes, que hacen la sociedad tan aborrecible para todos los que se hallan en ella, tiene uno mucho trabajo en apartar de sí la idea de que la desgracia es hereditaria al género humano, que este mundo no ha sido hecho mas que para contener desgraciados, y que la felicidad es una ilusion, ó á lo menos un punto imperceptible, é incapaz de ser fijado.

¿Que extraño es que los supersticiosos atrabi-

liarios hayan creído que la naturaleza ó su autor eran enemigos declarados de la especie humana, y se imaginasen que el hombre buscando sus placeres irritaba al cielo, que no lo habia criado para ellos? Viendo que los objetos que mas deseamos no son nunca capaces de llenar nuestro corazon, los empezaron á denigrar como dañosos, odiosos y abominables, prescribiéndonos el huir de ellos, y mandándonos apartar de las pasiones mas útiles para nosotros mismos; han querido que el hombre se hiciese insensible enemigo de sí mismo, que se separase de sus semejantes, que renunciase á todo placer, y en una palabra, que se desnaturalizase. « Mortales, » han dicho « habeis nacido para la desgracia; el « autor de vuestra existencia os condenó al « infortunio; seguid pues sus miras, y haceos « infelices; combatid esos deseos rebeldes que « tienen por objeto la felicidad; renunciad á « esos placeres que amais por naturaleza; no « ameis nada en este mundo; id lejos de una « sociedad que no hace mas que inflamar « vuestra imaginacion, con unos bienes que « debeis rehusaros; romped el resorte de vuestra alma; reprimid esa actividad que se emplea en poner un fin á vuestras penas; sufrid, « afligios, y temed; tal es para vosotros el camino de la felicidad. »

¡ Que ciegos deben haber estado estos médicos para haber tomado el estado natural del hombre por una enfermedad peligrosa! ¿ Como no han visto que sus pasiones y sus deseos le son esenciales, y que el privarle de amar ó de desear es privarle de su mismo ser; que la actividad es la vida de la sociedad, y que el decirnos que nos aborrezcamos y nos despreciemos, es quitarnos el movíl de inclinarnos á la virtud? Este es el motivo porque la religion , lejos de curar los males de los hombres, no ha hecho mas que empeorarlos con sus remedios sobrenaturales; en igual de calmar sus pasiones, no ha hecho mas que hacerlas mas peligrosas y envenenadas, las que la naturaleza les habia dado para su conservacion y su dicha. No se nos puede hacer dichosos quitándonos nuestras pasiones; para hacerlo, es preciso dirigirlas hácia un punto verdaderamente util para nosotros y los demas.

A pesar de los errores que ciegan al género humano; á pesar de la extravagancia de sus instituciones religiosas y políticas, y á pesar de las quejas y murmuraciones que hacemos continuamente contra la suerte, hay muchos que son dichosos sobre la tierra. Vemos en ella algunas veces unos soberanos animados de la noble ambicion de hacer las naciones florecientes y su fortuna; encontramos en ella

Antonino, Trajano, Juliano y Enrique; unas almas elevadas que fijan toda su gloria y felicidad en estimular con el premio el merito, en socorrer la indigencia, y en dar la mano ó ayudar á la virtud oprimida; encontramos en ella, enfin, unos genios ocupados del deseo de grangearse la admiracion de sus conciudadanos, sirviéndoles utilmente, y gozando de la felicidad que procuran á los demas.

No creamos de modo alguno que aun el pobre esté excluido de la felicidad: la modicidad y la indigencia le procuran muchas veces unas ventajas que la opulencia y la grandeza estan precisadas á conocer y á envidiar. El alma del pobre, siempre en accion, no cesa de formarse ideas, mientras que el rico y el poderoso estan en una casi continua y cruel alternativa de no saber que desear, ó de apetecer unos objetos que les es imposible el procurarse. (1) Su cuerpo, acostumbrado al trabajo, conoce las dulzuras del reposo; y este reposo es la fatiga mas ruda para aquel que se fastidia en su ociosidad. El ejercicio y la frugalidad dan á el uno vigor y salud, mientras que la intemperancia y la inercia de los otros no les

(1) Petrone dice: *Nescio quomodo bona mentis soror est paupertas.*

procuran mas que disgustos é infirmitades. La indigencia tiende todos los resortes del alma, y es la madre de la industria; es de su seno que sale el ingenio, los talentos y el merito, á que estan obligadas la opulencia y la grandeza de rendir homenaje; y enfin, el pobre se ofrece como una caña flexible á los golpes de la fortuna.

Luego la naturaleza no es como se dice, una mala madrastra para la mayor parte de sus hijos, pues aquel que la fortuna ha colocado en un estado obscuro no conoce la ambicion que devora al cortesano, las inquietudes del intrigante, los remordimientos, los disgustos ni las penas del hombre enriquecido con los despojos de las naciones. Quanto mas el cuerpo trabaja, mas la imaginacion reposa; la diversidad de los objetos la acalora, y la saciedad la disgusta. La del indigente es circunscripta por la necesidad; conoce pocos objetos, recibe pocas ideas, y por consiguiente sus deseos son muy limitados. Este se contenta con poco, en igual que la naturaleza entera es algunas veces insuficiente para el hombre rico que ha corrido y apurado todos los objetos que le podian satisfacer. Los que la preocupacion nos hace considerar como los mas desgraciados de todos los hombres, gozan muy á menudo de algunas ventajas mas reales y mas grandes que aquellos

que los oprimen, los desprecian, y algunas veces los envidian. Los deseos limitados son el mayor de todos sus bienes; el hombre del pueblo no desea mas que pan, lo obtiene con su sudor, y lo comería con delicia, si la injusticia no se lo hiciese regularmente amargo. Por un efecto de delirio del gobierno, los que nadan en la abundancia, disputan al cultivador los pocos frutos que sus brazos han hecho dar á la tierra. Los príncipes sacrifican su felicidad y la de sus estados, á pasiones y caprichos que desaniman á los pueblos, que llenan las provincias de miseria, y que hacen millones de desgraciados sin que de esto les resulte ningun bien. La tiranía hace que el humilde ciudadano maldiga de sí mismo, abandone el trabajo, y no tenga animo para dar la vida á unas criaturas que serán tan desgraciadas como sus padres: el exceso de la opresion les obliga algunas veces á conjurarse y á cometer atentados para vengarse de las injusticias que les han hecho; viéndose reducidos á la desesperacion, tienen que buscar en el crimen algun recurso para su desgracia. El gobierno inicuo produce siempre el abandono; sus opresiones despueblan las campiñas, y de aquí provienen las hambres, las enfermedades y las pestes. Las desgracias causan revoluciones, y los hombres, agobiados con el infortunio, entran en fer-

mentacion, de lo que resulta la destruccion de los imperios; de modo que lo fisico y lo moral estan siempre unidos, ó por mejor decir, son los mismos.

Si la iniquidad de los gefes no produce siempre estos efectos, á lo menos produce la pereza; y esta, llena las sociedades de *por dioseros* y de malhechores, que no pueden ser expectadores indiferentes de una felicidad que no pueden obtener, en cuyo caso ni la religion ni la ley tienen ningun poder sobre ellos. Estos desgraciados buscan su felicidad pasagera á costa de su misma vida, porque la injusticia les ha cortado el camino del trabajo, y de la industria, que les hubiera hecho útiles y hombres de bien.

Que no nos digan que un gobierno no puede hacer toda una nacion feliz; es verdad que no lo podrá hacer á algunos ciudadanos ociosos, que no saben como componerse para quitarse de disgustos; pero puede, y debe ocuparse en la felicidad de toda la nacion en general. Una sociedad goza de toda la dicha que puede desear, cuando la mayor parte de sus miembros estan vestidos, alojados, y que pueden procurarse, sin un trabajo excesivo, las cosas que la naturaleza les ha hecho indispensables: su imaginacion está satisfecha siempre que tienen la seguridad de que ninguna fuerza les podrá quitar el fruto de su trabajo y de su

industria. Una de las peores consecuencias de la locura humana, es que las naciones enteras se ven forzadas á trabajar, á sudar, á regar la tierra con sus lágrimas, para entrete-
ner el lujo, las fantasias, la corrupcion de un pequeño número de insensatos, y de algunos hombres inútiles, á quienes la felicidad ha abandonado, porque su imaginacion extra-
viada no conoce ya los límites. Así es, como los errores religiosos y políticos han cambiado el universo en un valle de lágrimas.

Por no consultar la razon, no conocer el precio de la verdad, no estar instruidos de sus verdaderos intereses, no saber en que consiste la felicidad sólida y real, los príncipes y los pueblos, los ricos y los pobres, los grandes y los chicos, estan sin duda muchas veces muy lejos de ser felices; pero si echamos una mirada imparcial sobre la raza humana, hallaremos mayor número de bienes que de males. Ningun hombre es feliz en masa; pero lo es en particular. Los que se quejan mas amargamente del rigor del destino, tienen su existencia sujeta, muchas veces, á unos hilos imperceptibles que les impiden salir de ellos. Efectivamente la costumbre hace que las penas nos sean mas ligeras; el dolor suspendido llega á ser un verdadero goze; cada necesidad es un placer en el momento en que se satis-

face; la ausencia de la tristeza y de las enfermedades es un estado feliz del cual gozamos sin que lo notemos; y la esperanza que raramente nos abandona del todo, nos ayuda á soportar los males mas crueles. El preso sería aun entre cadenas; el campesino cansado, entra cantando en su cabaña; y finalmente, el hombre que se dice el mas desgraciado, no vé llegar la muerte sin temor, á menos que la desesperacion no haya desfigurado totalmente á sus ojos la naturaleza. (1)

Mientras que deseamos la continuacion de nuestro ser, no estamos en derecho de llamarnos completamente desgraciados; y en tanto que la esperanza nos sostiene, gozamos aun de un bien muy grande. Si fuésemos mas justos, cuando contamos nuestros placeres y nuestras penas, conoceríamos que la suma de los primeros excede la de las últimas, y veríamos que tenemos un registro tanto exácto del mal, quanto inexácto del bien; y al fin, confesaríamos que hay pocos dias enteramente desgraciados en todo el curso de nuestra vida. Nuestras necesidades periódicas nos procuran el placer de contentarlas; y nuestra alma, perpetuamente removida por mil obje-

(1) Véase lo que se ha dicho sobre el suicidio en el capítulo 14.

tos, cuya variedad, multiplicidad, y novedad nos regocija, suspende nuestras penas y divierte nuestros pesares. Si los males físicos son violentos, á lo menos duran poco tiempo, y nos conducen en breve á nuestro término; los del entendimiento nos conducen á él del mismo modo; y si la naturaleza nos rehusa la felicidad, á lo menos nos abre una puerta para salir de la vida. Si rehusamos pasar por ella, es porque encontramos algun placer en la existencia. Cuando las naciones se ven reducidas á la desesperacion, y que la medida de sus desgracias se ha llenado, entonces tienen recurso á las armas, y con riesgo de perecer hacen sus esfuerzos para acabar sus desdichas.

Pues que tantos hombres aman la vida, debemos concluir que no les es tan pesada como parece; luego no exágeremos los males de la especie humana; impongamos silencio á los que nos dicen que estos males son incurables; disminuyamos poco á poco el número de nuestros errores, y nuestras calamidades disminuirán á proporcion. El que el corazon del hombre no cese de desear, no quiere decir que es desgraciado; el que su cuerpo tenga necesidad de estar alimentado todos los dias, nos hace conocer que está sano, y el que el corazon desee, quiere decir que á cada instante requiere el ser con

movido; que las pasiones son esenciales para el corazón de un ser que siente y que piensa, que recibe ideas, y que necesariamente debe amar y desear lo que le promete un modo de existir análogo á su naturaleza.

Mientras que dure nuestra existencia, que el resorte de nuestra alma tenga su fuerza, esta no puede menos de desear; mientras que desee, es preciso que tenga su actividad, y mientras que la tenga, tiene que vivir. La vida puede ser comparada á un río, cuyas aguas corren y se suceden sin interrupción; obligadas á correr sobre un terreno desigual, se ven algunas veces detenidas en su curso; pero no por eso dejan de apretarse unas á otras, hasta que rompen el impedimento que las detiene.

CAPITULO XVII.

UNAS IDEAS VERDADERAS Y FUNDADAS SOBRE LA NATURALES, SON EL SOLO REMEDIO PARA LOS MALES DE LOS HOMBRES. RECAPITULACION DE ESTA PRIMERA PARTE. CONCLUSION.

Siempre que abandonamos la experiencia caemos en el error, y este se hace mas peligroso é incurable, cuando tiene la religion por base ; entonces es invariable, porque cree que su interes exige que cierre los ojos contra la verdad. Si la mayor parte de los morálistas han desconocido el corazon humano, si se han engañado sobre las enfermedades y los remedios que le podian convenir ; si los que le han administrado han sido ineficaces y aun peligrosos, es porque han abandonado la naturaleza, porque han resistido á la experiencia, y no se han atrevido á consultar su razon, dejandose llevar de los caprichos de una ima-

ginacion turbada por el entusiasmo ó por el temor. Es por no haber querido sentir que un ser inteligente no puede perder un solo instante de vista su conservacion, su interes, su bien estar, y en una palabra, su felicidad falsa ó verdadera, y por no haber considerado que los deseos y las pasiones son unos movimientos naturales, esenciales y necesarios para nuestra alma. Los doctores las han supuesto unas causas sobrenaturales, y no han aplicado á sus males mas que unas medicinas inútiles; y, diciendo que perdamos nuestros deseos y combatamos nuestras pasiones, han creido remediarlo todo, cuando no han hecho mas que dar unos preceptos estériles, vagos é impracticables que no han podido retener sino á algunos cuantos mortales, cuyas almas pacíficas no se inclinaban al mal que debilmente. Enfin, las promesas y las amenazas de la supersticion no han hecho mas que fanáticos, entusiastas, y seres inútiles ó peligrosos, y de ningun modo hombres verdaderamente virtuosos, es decir, útiles á sus semejantes.

Estos charlatanes, guiados por la rutina, no han llegado á conocer que el hombre mientras vive, tiene que desear, que sentir, que tener pasiones, y que satisfacerlas segun la energia de su organizacion; no se han apercebido tampoco de que la costumbre arraigaba estas pasio-

nes, que la educacion las sembraba en sus razones, que los vicios del gobierno las fortificaban, que la opinion pública las aprobaba, que la experiencia las hacia necesarias, y que decir á los hombres así constituidos de destruir sus pasiones, era echarles en la desesperacion, ó bien mandarles unos remedios demasiado desagradables para que consintiesen tomarlos. En el estado actual de nuestras sociedades opulentas, el decir á un hombre que sabe por experiencia que las riquezas procuran todos los placeres, que no debe desearlas, es decirle que pierda su felicidad. El decir á un ambicioso que no desee el poder y la grandeza, es hablar á un sordo; decir á un amante de un temperamento fogoso que olvide su passion, es el decirle que renuncie á su dicha; y el oponer la religion á unos intereses tan poderosos, es combatir la realidad con unas especulaciones ilusorias.

Efectivamente, si examinamos las cosas sin preocupacion, veremos que la mayor parte de los preceptos que la religion, ó que la moral sobrenatural nos dá, son tan ridículos, como imposibles de seguir. El querer que los mortales no tengan pasiones, es querer que no sean hombres; aconsejar á una persona de una imaginacion ardiente el moderar sus deseos, es aconsejarla que cambie su organizacion, y

mandar que su sangre corra mas lentamente en sus venas. Decir á un hombre que renuncie á sus costumbres, es decir á un ciudadano acostumbrado á vestirse que ande desnudo ; tanto valdria aconsejar á un hombre que cambiase de cara y destruyese su temperamento, como el mandarle que destruya la energia natural de sus pasiones, y que renuncie á la costumbre que las circunstancias le han hecho contraer y han convertido en necesidad. (1) Hé aquí los remedios tan decantados que la mayor parte de los moralistas oponen á la depravacion humana. ¿Que tiene de extraño que, lejos de producir un buen efecto, no hagan mas que reducir el hombre á la desesperacion por el combate continuo que excitan entre las pasiones de su corazon, sus vicios y sus costumbres ? Los vicios de la sociedad, los objetos de que se vale para irritar nuestros deseos ; los

(1) Vemos que estos consejos, á pesar de su extravagancia, han sido sugeridos á los hombres por todas las religiones : los Indios, los Japones, los Mahometanos, los cristianos y los Judios hacen consistir la perfeccion en ayunar, en abstenerse de los mas simples placeres, en huir la sociedad, en darse mil tormentos y en trabajar continuamente en contradecir la naturaleza. Entre los Paganos, los sacerdotes de la diosa de Siria se mutilaban voluntariamente.

placeres y las riquezas que el gobierno nos presenta como tan seductores; los bienes que la educacion nos hace amar, nos tiran por un lado, mientras que la moral nos solicita en vano por otro, nos turba, y produce en nuestro interior un conflicto violento, que de nada la sirve; y si alguna vez obtiene lo que desea, no es mas que para hacer romper el resorte de nuestra alma haciéndonos desgraciados.

Las pasiones son el solo contrapeso para las pasiones; no las destruyamos pues, pero tratemos de dirigir las. La razon, fruto de la experiencia, es el arte de escoger las pasiones que debemos seguir para nuestra felicidad; la educacion es el de sembrar y cultivar en los corazones de los hombres las pasiones ventajosas; la legislacion es el de contener las peligrosas, y excitar las que pueden contribuir al bien público; la religion es el de sembrar y alimentar en las almas las ilusiones, los prestigios funestos para ellas mismas y para las demas.

La razon y la moral no pueden nada sobre los mortales, á menos que hagan ver á cada uno de ellos que su interes consiste en ser útil para sí mismo, y que es solo lo que puede conciliarle la amistad de sus semejantes, en lo que consiste su felicidad. Es pues del interes y de la utilidad del género humano, por el amor

y las ventajas que de ello resulta, el que la educacion diriga desde luego la imaginacion de los ciudadanos. El gobierno con sus recompensas debe animarles á seguir este plan, y con sus castigos asustar los que quisieren turbarlo. Esto haria que la esperanza de un bien estar duradero, y el temor de un mal venidero, fuesen unas pasiones capaces de contrabalanar las que pudiesen dañar á la sociedad; á lo menos estas últimas serian raras, si no se hablase á los hombres mas que la verdad.

El hombre es malo, solo porque cree conocer que su interes es de serlo: si se le ilustrase seria mucho mejor. Un gobierno justo y equitativo haria que todos sus ciudadanos fuesen honrados, dándoles unos motivos reales y palpables para que así lo fuesen; haciéndoles instruir y seduciéndoles con la idea de su propia felicidad; sus promesas y sus amenazas, ejecutadas con fidelidad, tendrian sin duda mas poder que las de la supersticion, que no propone nunca mas que unos bienes ilusorios, ó unos castigos de que los malos dudarán siempre que quieran. Los viciosos son tan comunes sobre la tierra, y estan tan metidos en sus desarreglos, solo porque no hay un gobierno que les haga encontrar alguna ventaja en ser justos y benéficos; al contrario en todas partes los intereses mas poderosos les incitan al crimen,

y favorecen las inclinaciones de una organización viciosa que nada ha rectificado. (1) Un salvaje que no conozca el precio del dinero, no hará bien seguro caso de él; pero si se establece en nuestro clima, no tardará en desearle y en hacer todos sus esfuerzos para obtenerle, y aun si puede hacerlo sin peligro, acabará por robar, sobre todo, si no le han enseñado á respetar las propiedades de sus conciudadanos. Un salvaje y un niño estan en el mismo caso, en nosotros consiste el hacerlos malos ó buenos. El hijo de un grande aprende á desear el poder, á mayor edad se hace ambicioso, y si tiene la felicidad de insinuarse en el favor de su soberano, se hará impunemente un malvado. Luego no la naturaleza, sino nuestras instituciones son las que hacen un hombre perverso. Un muchacho criado entre ladrones será siempre un ladrón; si lo hubiese sido entre hombres de bien, lo sería él tambien.

Si buscamos la margen de la ignorancia profunda en que estamos, la hallaremos en la idea insensata que la mayor parte de los especuladores han hecho de la naturaleza humana. Si no se hubiese distinguido el alma de su cuerpo,

(1) Salustio dice : *Nemo gratuitò malus est*; pero se puede decir : *nemo gratuitò bonus*.

si no se la hubiese sacado del dominio de la física, para someterla á unas leyes fantásticas é imaginarias, y enfin, si no se la hubiese supuesto de una naturaleza diferente de la de todos los demas seres conocidos, la ciencia de las costumbres no se hubiera hecho un enigma impenetrable. Estas suposiciones han dado lugar á que se la atribuya una naturaleza y unos modos de obrar totalmente diferentes de los que se ven en los demas cuerpos. Los metafísicos á fuerza de sutilizar la han llegado á hacer desconocida, porque no se han apercibido que el movimiento era tan esencial para el alma como para el cuerpo. No han visto que las necesidades del uno se renovaban sin cesar con las del otro, ni han querido nunca creer que tanto las necesidades del alma como del cuerpo, son puramente físicas, y no pueden ser conmovidas mas que por objetos físicos y materiales. Obstinados en sus opiniones sobrenaturales é ininteligibles, no han querido reparar como, cuando el cuerpo sufre, el alma es desgraciada, y como, cuando esta está afligida, el cuerpo deperece. Tampoco han considerado que los placeres y penas del entendimiento influyen sobre el cuerpo; han creido que el alma sacaba sus pensamientos agradables ó lúgubres de sí misma, en igual de que estas ideas no provienen mas que de los objetos ma

teriales que obran sobre ella. En una palabra, no han podido llegar á conocer que esta alma puramente pasiva, estaba sujeta á las mismas mudanzas que el cuerpo, no era conmovida mas que por su intermedio, no obraba mas que con su socorro, y recibía á menudo, á su pesar, sus ideas, sus percepciones, sus sensaciones, su infelicidad ó su dicha, de los objetos físicos que la conmueven.

La consecuencia de estas opiniones fué, que se llegó á suponer que el alma era libre, tenia la facultad de moverse por sí misma, y gozaba del poder de obrar independiente de las impulsiones que sus órganos recibian de los objetos exteriores, asegurando que podia resistir á estas impulsiones y seguir las direcciones de su propia energía ; en una palabra, se persuadieron que el alma era enteramente libre.

De modo que esta alma, que fué supuesta de una naturaleza distinta de todos los demas seres conocidos, tuvo tambien un modo de obrar particular á ella sola, y no fué mas que un punto aislado y de ningun modo sometido á la cadena de movimientos que los cuerpos se comunican unos á otros. Estos especuladores no conocieron que, separando el alma de su cuerpo, se ponian en la imposibilidad de formarse una idea de ella ; no se quisieron percibir de la analogía que se encuen-

tra entre su modo de obrar y el del cuerpo, como tampoco de su correspondencia. Rehusaron ver que, como todos los demas cuerpos, estaba sujéta á una atraccion y repelion, debidas á las calidades de las substancias que hacian obrar sus órganos; que sus voluntades, pasiones y deseos eran siempre la consecuencia de los movimientos producidos por unos objetos físicos, y que estos objetos la hacian satisfecha ó descontenta, dichosa ó desgraciada, sin que pudiese remediarlo. Fueron á buscar al cielo unos móviles ficticios para conmovérta; presentaron á los hombres solo unos intereses imaginarios, y bajo pretexto de adquirir una felicidad ideal, se guardaron bien de darles á conocer los medios de obtener la verdadera: quisieron fijar sus ojos sobre el impíreo, para que no los tuviesen sobre la tierra, y pretendieron hacerles dichosos á fuerza de fantasmas y terrores; al fin, cegados ellos mismos, fueron dirigidos por ciegos en el sendero de la vida.

CONCLUSION.

De todo cuanto hemos dicho hasta ahora , resulta evidentemente, que los errores de los hombres provienen de haber renunciado á la experiencia, y de haberse dejado guiar por su imaginacion acolorada y por la autoridad siempre sospechosa. El hombre no conocerá nunca su verdadera felicidad, á menos que estudie la naturaleza, y saque de ella un remedio para sus males ; será siempre un enigma para sí mismo , mientras que se crea doble y movido por unas leyes de que ignora la naturaleza. Sus facultades intelectuales le seran ininteligibles, á menos que no las considere del mismo ojo que sus facultades corporales. Su sistema de libertad no tiene ningun apoyo, y es á cada momento desmentido por la experiencia, que le hace continuamente ver que está sometido á la necesidad ; verdad que , lejos de ser nociva para la moral, seria su base asegurada , pues que hace sentir la necesidad que hay de relaciones entre los seres sensi-

bles y reunidos en sociedad. De la necesidad de estas relaciones, nace la de sus deberes, y la de los sentimientos de amor que tienen para la virtud, como la de odio para el vicio. Estos son los fundamentos de la obligacion moral, que no consiste mas que en la necesidad que el hombre tiene de tomar los medios que necesita para obtener el fin que se propone en la sociedad, pues que su felicidad depende de los sentimientos favorables, para él mismo, que excita en sus asociados. En una palabra, la moral está fundada positivamente sobre la accion y reaccion necesaria de las voluntades humanas ; su acuerdo sostiene la sociedad, y su desunion la disuelve.

Se puede concluir de todo lo que hemos dicho, que los nombres que los hombres dan á las causas ócultas que obran en la naturaleza, no consisten mas que en la necesidad considerada bajo diferentes aspectos. Hemos conocido, que el orden es una consecuencia necesaria de causas y efectos de quien vemos ó creemos ver la union y la marcha, y que la amamos cuando es conforme á nuestro ser. Hemos conocido tambien, que lo que llamamos desorden, es una consecuencia de causas y efectos necesarios que juzgamos desfavorables para nosotros mismos, y poco convenientes á nuestro ser. La causa necesaria que opera

precisamente la seguida de los acontecimientos que llamamos orden, ha sido denominada *inteligencia*; y la que pone en acción una naturaleza en que todo obra según unas leyes inmutables y necesarias, se llama *divinidad*. Llamase *destino* ó *fatalidad* la conexión de las causas con los efectos desconocidos que vemos en este mundo; nos hemos servido de la palabra *casualidad* para designar los efectos que no podemos prever, y de que ignoramos el motivo de unión que tienen con sus causas. En fin, se han llamado, *facultades intelectuales y morales*, los efectos y las modificaciones necesarias del ser organizado que hemos creído distinto de su cuerpo, y que hemos llamado alma.

La consecuencia ha sido el creer este agente inmortal y no disoluble como el cuerpo. Hemos probado que el maravilloso dogma de la otra vida, no está fundado mas que sobre suposiciones ideales y constantemente desmentidas por la reflexión; que esta hipótesis es no tan solo inútil á las costumbres de los hombres, sino tambien que no puede servir mas que á entorpecerles, quitarles la gana de trabajar en su verdadera felicidad, alucinarles con prestigios, con opiniones dañosas para su tranquilidad, y en fin adormecer la vigilancia de los legisladores, y dispensarles de dar á la

educacion, á las instituciones y á las leyes de la sociedad toda la atencion que las deben. Hemos demostrado que la política ha hecho mal en reposarse sobre una opinion tan poco capaz de contener las pasiones, que todo contribuye á encender en el corazon de los hombres, que cesan de ver lo venidero, de que lo presente les seduce. Hemos hecho ver que el desprecio de la muerte es un sentimiento ventajoso, capaz de dar el valor, que es verdaderamente útil á la sociedad. En fin se ha dado á conocer lo que puede conducir el hombre á la felicidad, y hemos demostrado los obstáculos que el error opone á ello.

Que no nos acusen pues de demoler sin edificar, de combatir los errores sin substituirles alguna verdad, ni de minar sordamente los fundamentos de la religion y de la moral. Esta es necesaria para los hombres; está fundada sobre la naturaleza; sus deberes son ciertos, y deben durar tanto como la raza humana, porque sin ella ni los individuos ni las sociedades pueden subsistir, ni gozar de las ventajas que su naturaleza les obliga á desear.

Escuchemos pues la moral establecida sobre la experiencia de la necesidad de las cosas, y no la supersticion fundada sobre los sueños, las imposturas, y los caprichos de la imaginacion; sigamos las lecciones de la moral hu-

mana y dulce, que nos conduce á la virtud por el camino de la felicidad ; cerremos nuestros oídos á los gritos ineficaces de la religion, que no podrá jamas hacernos amar una virtud que hace fea y aborrecible, y que nos hace desgraciados en este mundo por los bienes que nos promete en el otro ; y enfin, véamos si la razon, sin ningun otro rival, no nos conduce mas seguramente al logro de nuestros deseos.

Efectivamente, ¿ que fruto ha sacado el género humano de las nociones sublimes de la teologia ? ¿ Todos estos fantasmas criados por la ignorancia, esas hipótesis tan insensatas como inútiles, esas palabras sin sentido, y enfin tanta esperanza fanática, y tanto terror pánico, como han sido inventados para dirigir las voluntades de los hombres, los han hecho acaso mas fieles á sus deberes ? ¿ Todos los sistemas maravillosos que han inventado para apoyarlos, han sido acaso capaces de aclarar nuestros entendimientos, nuestra conducta, y de hacer nuestros corazones virtuosos ? Al contrario todo esto, no ha hecho mas que echar el entendimiento humano en la mayor obscuridad, sembrar en nuestras almas unos errores peligrosos, y hacer nacer en nosotros unas pasiones funestas, verdadera margen de los males que nos afligen.

No te turbes, hombre, con las fantasmas que la impostura ha criado; renuncia á toda esperanza vaga; librate de tus temores, y sigue sin miedo el camino que la naturaleza te ha trazado; siembralo de flores si lo puedes, y aparta las espinas que el destino puede haber esparcido en él. No lieves tus miradas hasta lo venidero impenetrable; su obscuridad basta para probarte que es inutil ó peligroso; no pienses mas que en hacerte dichoso en esta vida; sé sobrio, moderado y razonable si quieres conservarte; no seas prodigo; abstente de lo que puede hacerte daño y á los demas aprehende á amarte y conservarte, que es el objeto que á cada instante te prepones; sé virtuoso á fin de gozar del afecto y de los socorros de los seres que la naturaleza ha hecho necesarios para tu felicidad: si son injustos, hazte digno de aplaudir y amarte á tí mismo; de este modo viviras contento, nada te turbará, y acabarás tu carrera sin menor remordimiento. La muerte será para tí la puerta de otra nueva existencia en la cual estaras sometido, como en esta, á las leyes eternas del destino, que quiere que para ser dichoso hagas que los demas lo sean; dejate pues llevar dulcemente de la naturaleza, hasta tanto que te adormezcas en paz sobre su casto seno

En cuanto á tí, malvado, desgraciado, que estas siempre en contradiccion contigo mismo, máquina desordenada, que no puede alternar ni con la naturaleza ni con sus asociados; no temas ningun castigo en la otra vida, bastante castigado estas ya en esta. ¿ Tus locuras y tus costumbres vergonzosas, no dañan á tu salud? ¿ no sostienes con disgusto una vida fastidiada por tus excesos? ¿ El vigor y la salud, no han hecho ya lugar á la debilidad, las enfermedades y los remordimientos? ¿ y en fin, los vicios no te estan cabando cada dia tu sepulcro? No temas pues lo venidero; esto no hará mas que poner fin á los tormentos merecidos que te afligen á tí mismo, y la muerte quitando de la tierra un objeto que la incomoda, te saltará á tí mismo de las manos de tu mayor enemigo.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN EL TOMO SEGUNDO.

	Pag.
CAP. XI. <i>Del sistema de la libertad del hombre.</i>	1
CAP. XII. <i>Exámen de la opinion que algunos tienen del peligro del sistema del ialismo.</i>	49
CAP. XIII. <i>De la inmortalidad del alma. Del dogma de la vida futura. Del temor de la muerte.</i>	90
CAP. XIV. <i>La educacion, la moral y las leyes son suficientes para contener á los hombres. Del deseo de la inmortalidad. Del suicidio. . . .</i>	126
CAP. XV. <i>De los intereses de los hombres. De las ideas que se hacen de su felicidad. El hombre no puede ser justo sin ser virtuoso. . . .</i>	156
CAP. XVI. <i>El error de los hombres sobre lo que constituye la felicidad es el verdadero origen de todos sus males. De los remedios inútiles que les han sido dados.</i>	185

CAP. XVII. <i>Unas ideas verdaderas y fundadas sobre la naturaleza, son el solo remedio para los males de los hombres. Recaptulacion de esta primera parte. Conclusion.</i>	218
---	-----

FIN DEL INDICE DEL TOMO SEGUNDO.





Biblioteca Pública de Soria

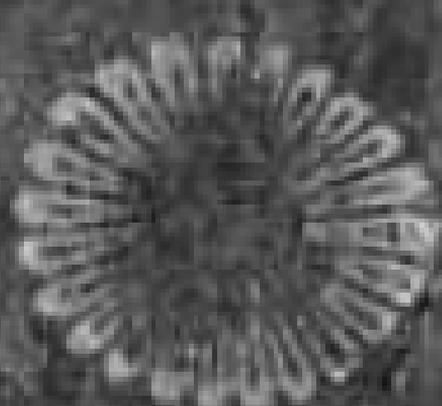


71665584 DR 10112 (V.2)

111

1

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



ISTEMA
DE LA
NATURAL



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

DR

10112

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO